



EL CEREBRO ESCINDIDO

*Antonio Trijueque Monge*



Círculo Rojo  
EDITORIAL

# EL CEREBRO ESCINDIDO

Antonio Trijueque Monge



Primera edición: septiembre 2019

ISBN: 978-84-1363-907-9

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Trijueque Monge

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: depositphotos

Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcirculo rojo.com](http://www.editorialcirculo rojo.com)

[info@editorialcirculo rojo.com](mailto:info@editorialcirculo rojo.com)

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

# EL CEREBRO ESCINDIDO

*Si los seres humanos tuviésemos dos cerebros, seguro que haríamos el doble de tonterías.*

[Woody Allen](#)

## EL CEREBRO ESCINDIDO

Yo era periodista. No me resignaba a dejar de trabajar en esa profesión aunque estuviera limitado por mi parálisis. Entré en el despacho maniobrando la palanca de control de mi silla de ruedas, movida por la batería eléctrica que producía un leve silbido, como si fuera dejando tras de sí finos hilos de cautela. Ese motor me daba autonomía suficiente para desplazarme sin problemas, a no ser que me encontrara con los descorazonadores obstáculos de los lugares en donde todavía no habían habilitado rampas que posibilitaran los movimientos a esta clase de vehículos. Pese vérmelas frecuentemente con esos amargos inconvenientes, al menos no dependía de nadie que tuviera que venir empujando pesadamente tras de mí.

—¿Le apetece un café, un té, o tal vez prefiere un refresco? —me ofreció amablemente el doctor Lizabe.

—Un té me vendría bien. Gracias. El café me da ardor.

Una enfermera fue la encargada de colocar, a los pocos segundos de haber terminado de pronunciar mis palabras, el platito con la taza sobre una mesa pequeña que había junto a mi silla de ruedas.

—Está perfecto —dije después de haber dado un sorbo de cortesía para probarlo—. Gracias.

—Mire estas radiografías —intervino Lizabe sin preámbulos, señalando la amplia pantalla holográfica del ordenador—. Bueno, no son exactamente radiografías. Son imágenes tomadas con diferentes dispositivos. Creo que ahora sobran explicaciones técnicas sobre ese respecto.

Yo asentí para que continuara.

—Observe también estas otras fotos tomadas en el mismo lugar del accidente.

Fijé la vista con el interés que supuestamente debía demostrar. De entre los densos matorrales que crecían en la cuneta de una carretera secundaria, aparecía un coche completamente destrozado.

—¿Se da cuenta de la proporción del siniestro? Cuando un mes después los chicos abrieron los ojos, a nadie se le ocurrió que pudiera haber algo oculto, como lo que precisamente a continuación le quiero explicar. Ya había bastante sufrimiento con la muerte de uno de los jóvenes.

»Es a causa de este suceso por lo que le he convocado a la cita. Ya ve, para hablarle de un caso olvidado desde hace ya tanto tiempo... ¿Se ha planteado alguna vez el concepto de tiempo? Se lo pregunto porque hay miles de versiones al respecto desde que el ser humano tomó consciencia de su entorno.

—El tiempo es lo que hay, dicen algunas existencias anodinas, para luego desaparecer como fugaces destellos de luciérnaga. Lo leí en algún poema —dije.

Observó mi gesto expectante y continuó.

—Ahora vuelva a contemplar las imágenes tomadas por mí. No he dejado que las viera nadie antes, a no ser que fuera una persona en quien confiara plenamente. Como puede comprobar, aparecen dos cráneos con la mitad de un cerebro cada uno.

—Sí, es cierto... Solo se ve la mitad de un cerebro. —Puse cara de escepticismo.

—Es algo que se presta a inventar chistes impertinentes sobre cierto tipo de gente... ¿No le parece?

Yo me limité a seguir observando las imágenes que rotaban lentamente, procurando no dar más juego al comentario.

—Fíjese bien. El de ella tiene el hemisferio izquierdo, y el de él el hemisferio derecho. El ADN de ambas masas cerebrales se corresponden mutuamente; mientras que los cuerpos, además de tener, como es natural, ADN diferentes entre sí, no tienen ninguna relación con cada una de las dos mitades del cerebro... Quería que usted lo supiera para que, como su profesión es la de periodista, se encargue de divulgarlo en su publicación.

Puse un semblante de incertidumbre, como quien de repente se percata de que le quieren vender una mercancía fraudulenta.

—Ya veo que incluso en nuestros días resulta difícil que este asunto sea creíble —añadió al ver mi expresión de duda.

El aspecto de Lizabe era como el de una persona sin perfil definido. Un hombre sin atributos destacables por el que se le pudiera describir pasadas unas horas después de haber hablado con él.

—Usted es un reportero de prestigio reconocido —prosiguió—, y seguro que encuentra la fórmula, para que todo esto que le estoy contando, resulte creíble y no una ficción insustancial.

—Yo no lo veo así en absoluto —le corté—. Solo veo que me está induciendo a que escriba una serie de falacias sin sentido ni realidad.

—Reconozco que es usted más perspicaz de lo que hubiera imaginado. Tiene razón. Evidentemente, lo que yo le trato de explicar cabe a la perfección en el largo catálogo de fraudes, a los que difícilmente se les puede dar crédito. Aun así, voy a continuar, porque seguramente, al igual que lo he conseguido yo, en alguna parte del mundo habrá otro u otros chalados que también ocultan logros similares. Muy pocas cosas suelen funcionar aisladamente.

Yo arrugué la boca con un gesto lleno de preguntas sucesivas que se apelotonaban por salir. Al final pregunté:

—¿Un inconsciente colectivo?

—Lleno de arquetipos.

Otra vez consiguió arremolinar mi mente:

—Demasiado para mí en estos momentos —dije chasqueando la boca con escepticismo—. Prefiero alejarme de esa deriva... Si, según usted, todo lo que me está mostrando es la pura verdad, no sé de qué tiene miedo. ¿Que por falta de ética corra el peligro de acabar entre rejas? Al doctor Barnard no le pasó nada cuando realizó el primer trasplante de corazón. Todo lo contrario. Quedó para la historia como un héroe y eso que el paciente sobrevivió tan solo una semana.

—Efectivamente, por ahí va bien su razonamiento. Como órgano, el cerebro no es más que lo que pueda ser el hígado, el bazo o el páncreas; salvo que el cerebro, además de consumir energía de manera similar, crea los pensamientos que nos llevan a ser o creer lo que somos. A poder decir «buenos días» o «buenas noches»... o «yo soy este que tienes delante».

—Entonces, ¿por qué no es un científico sin miedo y lo hace público usted mismo, aunque eso le

cause problemas? Está claro que recibirá el odio y la reprobación de mucha gente, pero sabe que también conseguirá el apoyo y la admiración de muchos más. No le hace falta el respaldo de ningún periodista como yo.

—Le comprendo perfectamente. Pero quiero volver al principio, cuando realicé toda la tarea en silencio y sin la ayuda de nadie. Lo hice porque sabía que no causaba ningún mal. Todo lo contrario —dijo sin mostrar sentimientos en su rostro inexpresivo.

Mientras hablaba, se había quedado mirando absorto a través de los cristales del amplio ventanal a la ciudad sin confines. Algo me indicaba que sus opiniones transmitían muchos más significados que los encerrados en las palabras anteriores, pronunciadas de una manera neutra, nebulosa...

—El problema —continuó— es que todavía me queda un segundo paso para superar todos estos inconvenientes éticos, morales, legales o como quieran ser llamados. Ustedes, los periodistas, también tienen un código ético, deontológico, igual que lo tenemos los médicos. De hecho, todo el mundo, se dediquen a la tarea que sea, vienen a tener unas reglas de convivencia con las que poderse entender y respetar.

—En las sociedades civilizadas es lo que se suele establecer como principio necesario. Pero no encuentro mucho la relación... que puede haber en todos estos conceptos que me está presentando.

Tras hacer una breve pausa, en la que pareció recopilar las ideas, continuó:

—Le contaré las circunstancias de lo que les sucedió a los tres amigos, como consecuencia del accidente...

Se quedó pensativo unos segundos más.

—Para que el asunto quede claro, se lo voy a detallar aplicando una letra para cada uno de los tres sujetos y así no perdernos en la explicación. Aunque le prevengo de que las narraciones lineales no son precisamente mi fuerte. Por eso le pido disculpas por las veces que pueda saltar de un asunto a otro sin motivo aparente, ya que suelo despistarme y repetir lo que ya he comentado con anterioridad.

—Por mí de acuerdo. No se preocupe.

Fui a apretar el icono en la pantalla del teléfono móvil para empezar la grabación, pero Lizabe me indicó que prefería que lo hiciera a la usanza clásica, o sea, utilizando una agenda y un bolígrafo.

—No me gusta cómo suena mi voz en las grabaciones —comentó con timidez forzada.

—Sobre ese respecto no tengo ningún inconveniente —le aclaré—. Soy un profesional precavido y siempre llevo material analógico de sobra por lo que pueda acontecer. Los aparatos digitales no me suelen dar problemas, pero como todo es susceptible de fallo, siempre llevo una libreta de apuntes y un bolígrafo. ¿Lo ve? En este estuche guardo varios bolígrafos por si a alguno de ellos se les acaba la tinta.

—De acuerdo —siguió Lizabe con sonrisa de aceptación, una vez vio que yo estaba preparado—. Para su conocimiento, no voy a utilizar los nombres verdaderos.

—¿Por qué no, si son ciudadanos perfectamente identificables?

—Tal vez por eso mismo.

—De acuerdo. Continúe.

—Para empezar, la letra A corresponderá al cerebro completo, perteneciente a la persona que llamaré Adán. La letra B es la mujer, Beatriz, que es el cuerpo que contiene la parte izquierda. Y por último C, o sea, el cuerpo del muchacho que fue el receptor de la parte derecha del cerebro, al que conoceremos como Carlos.

»Cuando examiné el cerebro de Adán, vi lo imposible que resultaba hacer nada por él. Estaba partido por la mitad, como una naranja cuando la desgajas. Pero descubrí que, por increíble que fuera, el encefalograma mostraba todavía síntomas de vida. Sin embargo, los de Beatriz y Carlos estaban definitivamente muertos.

»No sé, un impulso incomprensible me hizo pensar que podría salvarlo si lo trasplantaba a los otros cuerpos. Ya que todo estaba perdido, ¿qué más daba hacer el experimento o no? Fue un desafío contra mí mismo, porque la verdad era que en ningún momento albergué demasiadas esperanzas en el resultado; y, además, fue también un reto contrarreloj, ya que no quedaba ni un segundo más que perder. —Puso un gesto sin definir. Posiblemente de dolor contenido—. Si fallaba en el intento todo daba igual porque los tres eran oficialmente cadáveres. Pero ¿y si salía bien? Nadie tendría por qué enterarse, a no ser que murieran demasiado pronto y como consecuencia les tuvieran que realizar autopsias otros médicos intrusos. —Tomó aire como si la eternidad le perteneciera—. Ya ve, todo salió bien a pesar de que utilicé un tipo de cirugía ruda e inexperta. Los trasplantes arraigaron inesperadamente y sin problemas, como si Adán luchara por vivir a toda costa.

»En cuanto a los otros cerebros, uno lo metí en la incineradora; fue el de la pobre Beatriz el que tuve que quemar, estaba demasiado destrozado como para devolverlo a su cráneo. El de Carlos lo coloqué dentro de la cabeza de Adán para que aparentara ser el suyo.

»Mientras tanto me encargué de suministrarles todos los antibióticos posibles y todas las medicinas antirechazo que conocía.

Se volvió para mirarme, pero yo me limité a concentrar la vista en la libreta y seguir tomando nota sin hacer ningún comentario.

—Ninguno de los dos reconoció sus nuevos cuerpos cuando despertaron, así que imagínese lo difícil que les resultó concebir la idea de que su cerebro estuviera injertado en dos cuerpos diferentes. Adán se enfrentaba a dos caras conocidas, aunque ninguna de ellas se correspondía con la suya propia.

»Más tarde los guie solapadamente para que se encontraran, pero no se empezaron a dar cuenta de que algo extraño sucedía hasta que pasado cierto tiempo, en el que entre ellos, o sea, ahora ya hablaremos de Beatriz y Carlos, empezaron a contarse los recuerdos y tomaron conciencia de que cada detalle de sus narraciones del pasado coincidían justo hasta el día del accidente.

Al oír el ruido del papel cuando pasé la página paró de hablar. Yo me limité a aguardar sin decir nada.

—Aquello no tuvo nada de sofisticado. Le repito que el resultado me tomó tan de sorpresa que a mí mismo me costó asimilarlo. No me lo podía creer. Los sentimientos de alegría y culpabilidad se mezclaron de una forma extraña. Mi profesión se basa en la pura realidad; en la materialidad tal cual. Bueno... ¿qué le voy a decir a usted? En la suya sucede lo mismo, ¿no es cierto?

Encogí los hombros dando a entender una respuesta sobre algo obvio y ya redundante. Ahora sí que quise decir algo:

—Siga, no se preocupe, no quiero interrumpir su discurso, aunque cada vez me parezca más descabellado.

La comisura de los labios se le contrajo en un amago de sonrisa.

—Descabellado... Sí, eso tiene su gracia.

En ese momento fui yo quien aguantó la mirada sin complejos. Fue Lizabe el que rompió la expectación:

—Reconozco que también me ha gustado leer historias fantásticas de todos los géneros. Supongo

que a usted le pasará lo mismo.

—Por supuesto —le contesté—. Una cosa no quita la otra. Ese tipo de inventivas te hacen imaginar que todo es posible, pero por otra parte también ayudan en lo que no se debe hacer a la hora de escribir en un periódico...

—Seguimos estando de acuerdo.

—Según me cuenta, todo le sucedió como en uno de esos relatos en los que un científico introduce una sustancia desconocida en su experimento, que luego tratará de encontrar para repetir la prueba, pero le resultará imposible porque quien se la vendió era un personaje de algún país remoto, de un lugar desconocido por completo o, simplemente, porque nunca le dijo el nombre de esa supuesta tierra ni el origen de la sustancia; tal vez una sal añadida involuntariamente y, por supuesto, imposible de sintetizar. Creo que le debe sonar ese tipo de tramas, ¿verdad?

—Mucho —afirmó—. En ciertos géneros los esquemas se repiten de una manera ominosa. Tiene razón —esta vez pareció volver su mirada hacia lo más profundo de su ser—. Fue verdaderamente en esas historias de sustancias exóticas en lo único que no pude dejar de creer entonces. ¿Cómo lo podía explicar si toda la operación la llevé a cabo en una época y un hospital atrasado, de manera clandestina, al estilo de los científicos trastornados que aparecen en los cuentos a los que nos estamos refiriendo?

—Ese hospital lo derruyeron hace ya bastantes años, ¿no es así? —le pregunté.

Respiró hondo.

—Sí, así es. Y gracias al desmantelamiento, todas las pruebas inculpatorias que pudieran haber quedado contra mí desaparecieron para siempre.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora? Porque así nunca podrá justificar que su trabajo haya sido verdadero.

No hizo caso de mis palabras.

—¿Se da cuenta del logro? Se imagina estar en dos cuerpos a la vez...

—Sí, la situación perfecta para un narcisista...

Me sonrió mefistofélicamente de reojo. Pareció como si una chispa radiactiva saliera disparada por el rabillo de su ojo. Con la voz neutra que le caracterizaba prosiguió:

—Les proporcioné una nueva vida —continuó Lizabe—. Da igual que fuera en cuerpos de sexos diferentes. Bueno, dejemos eso... Hubo temporadas en las que sintieron celos. Temieron que el otro buscara una pareja diferente.

—¿Se imagina una comedia *picantona*? —le corté de manera desconsiderada—. Adán habría aprovechado los dos cuerpos para contarse luego las experiencias morbosas vividas cada uno por su cuenta.

—Bien pensado, es algo que a muchos guionistas les atraería.

—Tríos, cuartetos...

—Tiene razón, en cierta manera viene a ser una especie de historia sensiblera.

—Aunque tal y como usted me la ha ido exponiendo desde el principio, parece más una trama de terror. Una encerrona agobiante.

—Tuvieron un hijo que todavía viaja felizmente por el mundo, pilotando aviones comerciales, sin que nunca haya tenido conocimiento de su origen.

—¿Decidieron mantenerlo en secreto?

—Realmente, mi secreto. Porque cuesta mucho manipular a la gente para lograr que crean lo que, encubiertamente, les estás condicionando y que encima piensen que son ellos mismos los que deciden.

—Los misterios terminan siendo de lo más ordinario cuando se descubre la verdad.

—¿La verdad? —mantuvo la palabra flotando en el aire.

—¿Acaso no era eso lo que me quería contar? ¿La verdad?

Pareció afligido, como si una congoja le recorriera los huesos desde el mismo centro de la médula. Se dio cuenta de que su silencio se alargaba demasiado y volvió al relato:

—Sí, la verdad. Como le decía, ambos hemisferios al principio mostraban problemas serios para relacionarse con el resto de las personas. Por eso me esforcé tanto en ayudarlos. Cualquier padre que quiere a sus criaturas habría hecho lo mismo que hice yo. Si no se puede conseguir la felicidad, aliviemos el sufrimiento en lo que se pueda. ¿No le parece?

—En parte estoy de acuerdo.

—¿En parte? No hablo solamente de la felicidad filosófica. Me refiero a la pura aplicación farmacéutica. Soy médico, no gurú. He conseguido que Adán, o sus dos partes, hayan vivido hasta sobrepasar los ochenta años de una manera satisfactoria. No sé si fue paradójica o irónicamente, pero Adán consiguió portarse como un buen padre y como una buena madre a la vez. Aunque ahora debería subrayar, que ya era un buen muchacho incluso antes de morir.

—Según usted no murió.

—Eso también es verdad... —tomó aire—. Quería decir antes del accidente.

—El significado de individuo viene de indivisible, o sea, que no se puede dividir. Principio que no se cumplió en este caso.

—Sin embargo, yo conseguí que esa separación física se convirtiera en una unión como pareja, y que al final resultara una muerte casi cronometrada. Beatriz, o sea, el hemisferio izquierdo, cuando su cuerpo receptor ya no pudo resistir más, murió de un paro cardiorrespiratorio, lo que equivale a decir que fue por muerte natural; y Carlos murió un par de semanas después.

—Tal vez Carlos muriera simplemente por pena de amor o de pura soledad. Si cuando muere alguien al cual se le quiere, se dice que muere parte de uno mismo, imagínese ver morir a tu propio yo, dentro de un cuerpo receptor, al que querías desde la juventud.

—Me gusta esa interpretación, pero creo que habían transcurrido demasiados años como para seguir planteándose si eran todavía el mismo individuo.

—De todas formas, no dejaba de ser una situación terrible.

—En esos momentos de soledad, Carlos se había convertido en una existencia ya casi sin sentido —opinó Lizabe con cierto tono de dolor paternal.

—Algo en esas palabras que acaba de pronunciar me llevan a sospechar que usted mató a Carlos.

—Eso no deja de sonar de una manera... digamos que algo lejana a la realidad; por supuesto, tal como yo la considero. Simplemente tuve piedad de él. Al fin y al cabo yo le había dado una segunda oportunidad. No podía permitir que siguiera sufriendo indefinidamente. Ya era suficiente para él.

—Ahora empiezan a cuadrar ciertos silencios o equívocos de esta historia que me está narrando...

—Fíjese, a pesar de tener yo muchos más años que Beatriz o Carlos, aún sigo vivo. Lo he conseguido porque a lo largo de los años he ido implantándome todo tipo de dispositivos artificiales y renovándolos conforme los avances técnicos me los han proporcionado. Sin olvidarme de los implantes biológicos provenientes de otros cuerpos de donantes o los órganos clonados de mi propia masa biológica. Lo que pueda quedar del cuerpo original y propiamente mío ya ni me lo planteo. Está claro que debo ir preparándome para la caída del telón final, porque

tarde o temprano, por mucho que pretenda aferrarme a la vida, mi destino no puede ser diferente al de cualquier otro mortal.

—Ningún humano puede ser más que humano, por mucho que lo pretenda. Al menos de momento....

—Por eso yo ya voy notando que algo me empuja fuera de este mundo. Todo mi envoltorio, por eficientes que sean sus engranajes, empieza a dar fallos incontrolables. El sistema no va a tardar en sufrir una crisis en cadena que lo arrastrará al colapso definitivo. Cerebro incluido, por supuesto.

Hizo una pausa para respirar con algo de sosiego.

—Lo que quiero explicarle con todos estos añadidos, es que he procurado sobrevivir a mis hijos, por así decirlo, para asegurarme hasta el final de que mi trabajo había valido la pena.

Se mantuvo abstraído durante un rato. Sus ademanes daban a entender claramente que una nube negra se revolvía desde hacía mucho tiempo por el interior de su ser. Luego continuó:

—Admito que, sin ningún tipo de duda, todo esto no haya sido más que un imperdonable delirio de vanidad por mi parte...

Yo me revolví en mi asiento. En esos momentos era ridículo buscar justificaciones o compasiones de ningún tipo. De hecho, no llegaba a creer que, ese insensato que tenía delante de mi cara, tuviera ningún tipo de sentimientos. Para calmar la rabia que me habían producido sus últimas palabras, preferí tomar otro sorbo de té y no hacer ningún comentario. Pero ni aun así me pude contener:

—Me lo imagino a usted sosteniendo el cerebro de Adán en la palma de la mano y en la postura de Hamlet cuando se dirige al cráneo recién desenterrado de Yorick, el bufón —le espeté con sarcasmo.

Notaba que algo en mi interior estaba desinhibiendo mis palabras y arrastrándome al desvarío.

—Me gusta esa imagen, es usted muy original —me contestó sin alterar su carácter flemático.

—«Yo no soy Beatriz, soy Adán», dijo el hemisferio izquierdo cuando se vio ante el espejo. «Yo no soy Carlos, soy Adán», dijo el hemisferio derecho cuando vio también su reflejo.

Algo semejante fue lo que me contaron. Efectivamente. Ya se lo he dicho antes, perspicaz es el mejor adjetivo que usted se merece.

—Tampoco su asunto tiene nada que ver con la alquimia de Vidocq —sentía un desatino inexplicable dentro de mí que desinhibía la necesidad de expresarme—, en donde las almas son las transmutadas, desde el cuerpo del viejo al cuerpo del joven y viceversa. Seguro que sabe de lo que le hablo. Usted ha dicho que le gustan ese tipo de historias.

—Sí, no se preocupe. Conozco la historia de Vidocq. La ha resumido perfectamente. Y ¿sabe?, más que Frankenstein o Vidocq, fue otra... ¡película! —enfaticó la palabra *película*, que sonó como algo superfluo, banal, algo que le alejaba todavía más de la verosimilitud de su historia—, lo que me empujó a efectuar el trasplante. Recuerdo perfectamente que la película era checa y que la había visto en la televisión por la tarde, tirado despreocupadamente en el sofá, cuando todavía era estudiante de medicina y pensaba que algún día podría realizar algo tan imposible como lo que se mostraba en la cinta.

—Seguro que la película contaba algo sobre la inspiración que tuvo un médico loco, que ya no sabe ni lo que se dice, y de que tampoco yo sé muy bien qué demonios estoy esperando aún aquí.

Las palabras me salían abiertamente, como si estuviera envuelto en una embriaguez regocijante.

—Entiendo perfectamente su opinión y su enfado... —Le vi reflexionar unos segundos—. Incluso así le voy a contar esa película tal y como la recuerdo. En la trama se plantea cómo el cerebro,

perteneciente a una joven cuyo cuerpo quedó destrozado, era trasplantado al cuerpo de otra mujer en el que, precisamente, era el cerebro el que había muerto. También había sido a consecuencia de un accidente de tráfico. Es lo más común, lo más socorrido, ¿no le parece? Al recuperarse la mujer, la envían a la casa del cuerpo. Pero cuando empieza a recordar, se da cuenta de que esa familia no es la suya. Por eso decide ponerse a investigar, hasta que encuentra a la familia del cerebro. Sus padres, ahora estamos hablando de los padres del cerebro, ven en ella a una desconocida, una intrusa, una usurpadora y no admiten nada de lo que ella les cuenta. Se niegan a admitir que el cerebro de su hija esté dentro del cuerpo de esa otra mujer, y más después de que hubieran enterrado a su hija y llorado su pérdida hacía ya tanto tiempo. Es precisamente en esa parte cuando empiezan en serio los problemas de identidad del personaje. La soledad de una existencia metida en otra funda... Al final la mujer no tiene más remedio que admitir que debe comenzar una vida nueva, asumiendo las circunstancias reales de su presente.

—Me gusta el cine tanto como le pueda gustar a usted. ¡Pero por Dios! Usted me ha hecho venir aquí con la finalidad de que me documentara, para escribir un artículo serio, y no para que me diera una disertación sobre el arte de narrar disparates.

Se me había secado la boca y bebí un poco más de té. Al menos el aroma y el sabor de la infusión sirvieron para relajarme. Lizabe hizo caso omiso de mis palabras y continuó:

—No se preocupe, tiene razón; como muy bien ha dicho, siempre podrá escribir sobre las etapas sufridas por la mente desquiciada del doctor Lizabe, hasta que perdió la cordura por completo... Eso sí que le resultará perfectamente contrastable.

Noté un malestar contenido en la entonación de sus palabras.

—Siga, no se preocupe. Por lo visto la infusión me está tonificando y mis oídos cada vez están más receptivos.

Tomé otro poco. No quedaba ya casi té en la taza. Eso me molestó.

—Admito sinceramente que mis sentimientos han estado más escindidos que el cerebro de Adán —puntualizó Lizabe.

Una enfermera abrió la puerta y entró.

—Doctor, el quirófano ya está dispuesto.

Acerqué como en un sueño la taza de la infusión a los labios y apuré hasta la última gota por el temor de que la enfermera se la llevara. Las paredes se empezaron a convertir en gelatina a mi alrededor. En ese momento experimenté con mayor intensidad el deleite que había notado desde que, ya me resultaba imposible cuantificar el tiempo transcurrido, tomé el primer sorbo. Y entonces comencé a notar que el mismo gozo que sentía era lo que me había ido impidiendo mover los brazos con normalidad. Los músculos se habían relajado de tal manera que ahora hasta la palanca de control de la silla de ruedas se me hacía imposible de manejar.

—No se preocupe —me tranquilizó Lizabe con voz extremadamente amable—. Usted volverá a despertar. Ahora ya le puedo confesar que por fin he descubierto la solución de por qué la operación que le realicé a Adán funcionó. Por favor, no me odie cuando al abrir los ojos vea en el espejo la cara de otra persona. Le voy a hablar del tipo que le causó a usted la desgracia de su parálisis. ¿Sabe que ese hombre no paraba de vejar a su mujer cada vez más cruelmente? Ella murió como consecuencia de los golpes que le asestaba. Él fue el causante directo de la muerte cerebral de la joven.

»¿Entiende ahora todo lo que le he ido tratando de explicar desde que llegó? Ese culpable ha tenido una ejecución merecida por su doble crimen. Yo personalmente asumí la responsabilidad de ser el juez y el verdugo, sin ningún tipo de problemas de conciencia. Un simple pinchazo ha

sido suficiente para terminar con la continuidad cognitiva de sus enlaces neuronales. Pero le aseguro que no ha sufrido nada. Ni se ha enterado. A esa clase de personas no vale la pena leerles el veredicto para que entiendan las consecuencias derivadas de sus actos.

»Le voy a ofrecer, lo más brevemente que las circunstancias me empujan a hacerlo, algunas explicaciones más de por qué lo convencí para que acudiera a esta cita. Como anteriormente ya le he dicho, ese hombre lo dejó paralítico y se dio a la fuga sin ningún tipo de escrúpulo, sin preocuparse de si lo había dejado herido o lo había matado como a un perro. Ese hombre seguía libre sin que se hubiera podido hacer nada para que recibiera su merecido. Además, era un vil drogadicto incurable y un matón patológico. Lo hemos estado investigando y, con la vida que llevaba, tarde o temprano alguien lo habría matado o él mismo se habría buscado la muerte por sus propios excesos. Por suerte para usted, él mismo se encargó de apretar la palanca de su propia condena al matar a su mujer. Le aseguro que nada se pierde con la desaparición de ese canalla. Antes de que lo encerraran en la cárcel, vimos que había que aprovechar rápidamente la ocasión. Lo atrapamos por sorpresa, lo dejamos sin sentido y luego lo trajimos a esta clínica. Como nadie sabe su paradero, simplemente le han declarado prófugo y se halla en busca y captura.

—Por favor, no... —balbuceé, ya sin poder mover un solo músculo.

—Tranquilo, todo lo he hecho para favorecerle a usted... Cuando encuentren el cuerpo que ahora lo alberga, se creará que ha sido un suicidio por verse postrado en esa silla. —Sacó una agenda—. Respeto profunda y sinceramente su persona. Mire, la definición de persona la he anotado aquí para esta ocasión. «Del latín, *persōna* ‘máscara de actor’, ‘personaje teatral’, ‘personalidad’, ‘persona’, este del etrusco *persu*, y este del griego *πρόσωπον* *prósōpon*». Por esto le vuelvo a repetir que la intervención que le voy a practicar es por respeto a su propio ser. Cuando extraiga su cerebro, colocaré en su lugar el cerebro muerto de la chica. El del granuja que le atropelló lo tiraré directamente al horno, con todas las consecuencias infernales de condena eterna... —hizo una pausa—. Ahora usted no se preocupe, respire hondo. Así... Muy bien... Se me ha presentado otra oportunidad y es algo que debo aprovechar. Le aseguro que no soy un científico chiflado. Y en el caso de serlo, ¿qué le puede importar a un loco el mundo de los cuerdos? Al infierno conmigo también. Pero que le quede claro desde este momento, que yo me considero un legítimo defensor de la justicia burlada por tanto desalmado que se aprovecha de la debilidad de la gente buena.

Lizabe percibió cómo aún me quedaba algo de fuerza para contraer los músculos faciales.

—Espere un momento... ¿Mi concepto de justicia no es éticamente correcto con respecto a las leyes civilizadas? Lo asumo. Vale. Estoy de acuerdo con usted. La ciencia a lo largo de la historia ha sido una justificación perfecta para los psicópatas, que siempre encuentran motivos para producir daño. Pero permítame pasar al punto siguiente. Ya tampoco hay mucho tiempo que perder.

»Ahora soy yo quien controla personalmente este centro médico. Esto no es un hospital público donde tarde o temprano todo termina sabiéndose. Además, ahora ya no actúo solo, he conseguido agrupar un equipo de profesionales que colaboran fielmente conmigo. Son sólidos amantes de la ciencia y de la justicia.

»Escúcheme bien, le voy a ofrecer otra oportunidad de levantarse nuevamente de su postración, a la que fue condenado sin compasión. ¿O tal vez preferiría seguir viviendo hasta la muerte en esa silla automática? Por supuesto que no.

»Lo vamos a trasplantar dentro de la cabeza de la mujer. Ella es veinte años más joven que usted. Está completamente sana. Al cuerpo del novio tan solo le tendremos que dejar limpio de las

drogas que consumía y todo volverá a marchar perfectamente. O eso esperamos.

Miré hacia mi mano derecha para obligarla a que moviera la palanca de control y huir de aquella pesadilla lo más rápido que pudiera, pero los miembros permanecieron paralizados, completamente ajenos a mi voluntad. Cinco dedos, cinco apéndices inertes pegados al cuadrado de mi mano cuyas venas inflamadas de color verde estaban a punto de reventar.

—Por otra parte, debe saber, que además del atropello que le causó la inmovilidad en las piernas, sufrió un golpe en la cabeza —hizo una pausa, se aclaró la garganta y continuó—. Debido a ese trauma, se ha desarrollado un tumor en su hemisferio izquierdo, que ha ido empeorando paulatinamente... Hemisferios... Otra vez... Ya ve... Esa parte dañada la colocaremos dentro del cuerpo del canalla. Nos servirá de experimento para ver si podemos salvarla a pesar de todo. Lo dudo, pero lo intentaremos. Su hemisferio derecho lo tiene perfectamente sano, pero no iba a tardar mucho tiempo en ser afectado por el cáncer que se está extendiendo inexorablemente y, le aseguro, que sin cura posible. Bueno, sin cura posible si lo dejamos como está ahora, dentro de usted. Por eso probaremos a colocarlo en el cráneo del..., vamos a llamarlo simplemente cuerpo masculino o M mayúscula. Utilizaremos todos los medicamentos posibles para ayudar a la salvación de ese hemisferio dañado. También tenemos previsto aplicar un protocolo psicológico para que usted pueda asumir la sorpresa, en el caso de que tenga que enfrentarse a la cara del sujeto M.

»Si eso llegara a suceder, tenemos un amplio espectro de sedantes y cualquier otra cosa que pueda repercutir positivamente en su bienestar. Por mucho que lo pretendamos, sabemos que nunca se consigue anticipar todos los factores que usted experimentará cuando despierte. En el caso de que muera, tenemos previsto que se crea que el sujeto murió por una sobredosis. O lo haremos desaparecer sin más. No creo que nadie se vaya a encargar de hacer demasiadas averiguaciones sobre tal infeliz.

»Pero tranquilo, ahora debemos quedarnos con la parte positiva. Mantenemos la absoluta confianza de que conseguirá vivir sin problemas en el cuerpo de la mujer. Cuando se recupere no tendrá problemas en mirarse al espejo. Le aseguro que la muchacha es muy bella.

»Y ya para finalizar, le diré que, una vez vuelva a su nueva vida, nadie le va a impedir que cuente esta experiencia a quien usted quiera y, por supuesto, como crea más conveniente hacerlo. Dentro de su nuevo cuerpo, joven y sano, tendrá todo el tiempo del mundo para expresar lo que desee... —Me observó en silencio—. Ya casi no me oye, ¿verdad? Perdona, no le molestaré más. Ahora, por favor, cierre los ojos y relájese...

FIN

## **EL ENTIERRO**

—¿De quién es el entierro?

—Del escritor.

—¿Cómo murió?

—Desangrado.

—¿Lo mataron unos ladrones?

—Nada de eso. Es que al cortar el final de un relato se le escapó demasiado la mano.

## EL ESPEJO MÁGICO

—Te noto raro.

—¿Raro?

—¿No sé, de dónde vienes?

—De una tienda de espejos.

—¿Qué tienda?

—La que han inaugurado en la esquina. Al entrar vi una infinidad de espejos, con una infinidad de marcos y tamaños. Me fijé en uno que estaba cubierto con una tela y pregunté si lo podía ver.

—¿Te gustó?

Se tapó la cara con las manos y empezó a exhalar jadeos y sollozos, que no supe exactamente si era porque se moría de la risa o del dolor.

## **EL UNIVERSO**

Creé un universo virtual en mi ordenador. Me lo pasé bien jugando a ser Dios. Cuando me aburrí lo apagué. Me pareció oír millones de voces pidiendo auxilio. «Sería una falsa conexión», pensé. Mañana lo miraría, ahora estaba cansado. Salí al balcón a tomar un poco de aire y vi cómo el mundo se iba oscureciendo y desaparecía ante mis ojos. Me volví para entrar de nuevo, pero ya no había casa. «Esto no es más que un sueño», me dije. Pero nunca he podido despertar. Cuando descubra el botón de encendido, todo se solucionará.

## DESILUSIÓN O ESPEJISMO

### UNO

*El proyector se encendió y empezaron a aparecer las primeras imágenes sobre la pantalla. El público se calló expectante:*

El calor del sol marchitaba la llanura. Esporádicos torbellinos se levantaban de entre la calina, revolviendo el polvo fino y formando siluetas de delirio.

Un mediodía despiadado caía a plomo sobre la casa, dándole un aspecto de abatimiento. Las puertas parecían bocas abiertas, jadeantes. A través de la tela de las cortinas, que colgaban como lenguas ansiosas de un poco de humedad, solo pasaban bocanadas de aire ardiente. Las ventanas, con las persianas completamente bajadas, eran unos párpados caídos que, con un estoicismo imperturbable, aguantaban el pesado bochorno hasta la llegada del atardecer.

Las generaciones se habían ido sucediendo bajo el techo de aquella vigorosa estructura, firmemente levantada para que sus moradores pudieran ahondar las raíces hasta las capas más profundas del suelo. Pero el tiempo y la dureza de la vida, a la que fueron sometidos a lo largo de los años, se habían ido encargando de reducir la progenie hasta los últimos supervivientes que ahora la habitaban. La terrible sequía que asolaba las tierras, evaporando hasta la última gota de esperanza, hacía que las cosechas salieran tan secas y escasas que no merecían ningún esfuerzo por ser recolectadas.

Para llevar adelante la hacienda, ya solo quedaban dos pares de brazos, que seguían empecinados en extraer un fruto incierto a lo imposible. Dos hombres se afanaban en una lucha que casi no les daba ni para llevarse a la boca un trago de agua turbia con la que humedecer sus gargantas reseca. El pasto empezaba a ser un recuerdo del pasado, por lo que el hijo y el padre se veían obligados a mover el rebaño hasta pozos cada vez más lejanos. Aunque no lo quisieran reconocer, lo que estaba sucediendo era el final. De hecho, no eran los únicos que estaban sufriendo semejante catástrofe. Estaba sucediendo lo mismo en el resto del mundo. Se daban mil explicaciones, pero hasta el momento nadie había encontrado una solución que aportara un mínimo de alivio al suplicio.

Ambos contemplaban con forzada serenidad cómo todo lo que poseían se iba momificando, de la misma manera que los cadáveres de las reses que, consumidas hasta la extenuación, doblaban las patas para morir bajo la exposición de los implacables rayos del sol. Pero por terrible que fuera aquella tragedia, no iba a conseguir que el padre diera la lucha por perdida, porque siempre había salido triunfador de cuantas calamidades se le habían puesto en el camino; y, en esos momentos, no iba a ser él quien doblara la cerviz, como si fuera una de las cabezas de su propio ganado.

Recordaba haber superado años terribles, en los que al final la tierra siempre se había recuperado y había producido alimento de sobra.

—Enhorabuena —dijo, poniéndole la mano sobre el hombro a su hijo—, al fin podré ver cómo una nueva criatura llena con sus juegos y con sus gritos esta casa abandonada por la mano de Dios.

En ningún instante podía olvidar la gran fortuna de que un nieto viniera de camino. Pero el hijo no pudo silenciar las ideas que le venían rondando por la cabeza desde hacía tiempo.

—Verás padre... ella nunca ha trabajado en el campo. Mi mujer siempre ha vivido en la ciudad y...

—Por eso no hay problema —le cortó el padre con gesto de complacencia, sin prestar atención a lo que su hijo trataba de explicarle—. Tu madre, y antes tu abuela, también eran delicadas como amapolas, pero supieron llevar adelante su hogar y colaboraron con el mismo tesón que el más esforzado de los peones.

—Sí, lo sé, pero estas tierras las consumió tan rápidamente, que nunca llegaron a saber si realmente habían vivido o no. Cuando les llegó la hora de la muerte, seguro que lo primero que pensaron fue el alivio que daba, por fin, poder descansar de una vez en paz.

El padre lo miró con extrañeza, como si no comprendiera el desatino de aquellas palabras, porque en su interior reconocía que de haberlo intentado él no las habría podido pronunciar con tanta exactitud. Aquellas mujeres de su vida... Sin embargo, un sentimiento contradictorio de soberbia, que se revolvió repentinamente en su interior, le empujó a exclamar con rabia:

—¡Tu madre nunca pronunció una palabra de queja!

Tras el súbito arrebató se volvió a tranquilizar, y permaneció callado, recapacitando. Un espíritu nefasto revoloteaba sobre su suerte. La realidad destrozaba su corazón al observar el resentimiento en la mirada de su hijo. Luego prosiguió:

—Yo tampoco me he quejado jamás. Ninguna adversidad ni aun procediendo del diablo más maligno han conseguido que desfalleciera en mi empeño. Estas tierras me pertenecen y por nada del mundo voy a renunciar a sacarles el provecho que sea necesario, por muy malos tiempos que corran. En peores situaciones me he visto.

La misma serie de palabras las había repetido un millón de veces, pero, por orgulloso que le hicieran sentirse, sabía que, en los tiempos actuales, nada de lo que había dicho era cierto.

Una mañana en la que ordenaba los preparativos para iniciar otra jornada de trabajo, vio cómo el hijo y su mujer cargaban unos bultos en la desvencijada camioneta. Incitado por la curiosidad, aseguró los pies en los estribos y se irguió sobre el caballo. Después de haberlos observado durante un momento, azuzó con las riendas al animal y se aproximó despacio hasta donde la pareja se afanaba por colocar unos sacos sobre la plataforma de carga. En la mano libre llevaba una piedra que había cogido para lanzarla contra el ganado y provocar que las escuálidas osamentas casi sin vida, que husmeaban aletargadas en busca de algún oculto brote de hierba, logran despegar las pezuñas del suelo.

Mientras se acercaba, un resto de esperanza le hizo pensar que los preparativos eran para acercarse al pueblo con el fin de hacer las compras necesarias. Pero la confusión duró el término fugaz que se concedió a sí mismo en su negativa de ver la clara evidencia. Esa huida desleal solo podía traer un enfrentamiento inevitable.

—Compréndelo padre. No quiero secarme en una lucha perdida.

El hijo siempre había deseado que todo quedara claro entre ellos. Conocía de sobra lo que su padre le pudiera reprochar, pero tenía ya decidido que no consumiría su vida ni la de su esposa en una lucha inútil, porque ellos no eran unos minerales sin alma que se dejaran erosionar dócilmente

por el viento y la tierra suelta. Escupir injurias contra la impotencia nunca había traído la anhelada salvación a nadie y, por mucho énfasis que dedicaran a las maldiciones, a esas alturas no iban a conseguir que el más leve soplo de humedad se acercara para consolarlos.

El brusco silencio, que fue como poner una botella llena de veneno sobre una hoguera crepitante, produjo en el padre un estallido de furia sin control:

—¡Tú no eres mi hijo! ¡Vete de aquí con esa zorra! ¡Fuera de mi vista, sucio cobarde!

Levantó la mano en la que empuñaba la piedra y la lanzó contra la mujer. La joven, que se había apartado discretamente a la espera del resultado de la disputa, recibió tan inesperadamente el impacto contra su pecho que, constreñida por la sorpresa, no pudo emitir ningún gemido de dolor. Aguantándose como mejor pudo sobre las piernas, protegió instintivamente su vientre para que el hijo que se gestaba en su seno no sufriera daño. Por sus mejillas empezaron a resbalar unas lágrimas que trató de ocultar, bajando la cabeza y dándole la espalda al marido.

La acción había sido contemplada por los ojos incrédulos del esposo, que se había quedado paralizado, imposibilitado de replicar nada. A pesar de la ira que le embargaba, su boca se obstinó en permanecer tan muda como lo estaba la de su mujer. Era imposible encontrar palabras para aquel acto. Jamás hubiera concebido tal crueldad por parte de su padre, que se mostraba hierático sobre su montura, con el rostro impassible, desabrido por la pesadumbre, pero tratando de no mostrar ningún signo de arrepentimiento.

Cuando por fin el hijo pudo reaccionar, fijó la mirada en la esposa que, dolida y humillada, permanecía con el torso penosamente encorvado. Se acercó a ella, le pasó el brazo por los hombros y la ayudó a montar en la camioneta.

Conforme el renqueante automóvil se alejaba, una nube de remolinos polvorientos lo fue ocultando hasta que terminó por desaparecer en la lejanía. Cuando el polvo se posó de nuevo sobre la tierra, quedaron dos marcas paralelas que el soplo de un viento, cálido y ligero, no tardó en borrar para siempre.

## DOS

*Se tumbó en el sofá, encendió la televisión y se dispuso a mirar el capítulo de la telenovela de esa noche:*

Mascullando sordas palabras para sus adentros, el padre meditaba cabizbajo, sentado completamente inmóvil en una silla. Cuando se marchara con su mujer le iba a ser imposible sobrevivir solo. Le resultaba imposible desviar de su pensamiento la charla que habían mantenido durante la cena; y trataba inútilmente de alejar de sus oídos los deseos que había pronunciado su hijo. Aunque lo abandonaran a su suerte, no se iba a mover de ese lugar por nada del mundo. En el mismo sitio donde había nacido era donde tenía que morir. En otros tiempos estas tierras eran fértiles, campos mojados por aguas limpias y frescas, y no marchitas como ahora. En aquellos tiempos, jamás se le hubiera pasado por la imaginación que llegaría un día en el que tuviera que emigrar a otra parte. Pero ahora ya ni eso era posible. Su hijo no lo quería comprender, pero no existía ningún rincón de la Tierra en donde buscar cobijo, porque el mundo entero estaba en las mismas condiciones.

—Compréndelo, padre, en la ciudad tendremos más oportunidades de salir adelante y, si conseguimos el suficiente dinero, podremos volver cuando todo el mal haya pasado.

Las mismas palabras de la conversación le seguían golpeando los oídos una y otra vez. Conforme el desastre había ido empeorando sin remisión, supo con claridad que llegaría el momento en el que su hijo iba a ceder. En la familia siempre habían sido muy testarudos a la hora de tomar una decisión e igual de obstinados a la hora de llevar la resolución adelante, por muy equivocados que estuvieran. Y esa noche, su hijo le había demostrado que de ninguna manera se echaría para atrás en su propósito de abandonar esa tierras sin vida.

—Compréndelo padre.

Lo comprendía perfectamente. Pero por su parte, tampoco se iba a cansar de repetir lo mismo una y otra vez. No sería él quien diera un paso, por terribles que se hubieran vuelto las circunstancias, para alejarse de la casa que había sido su hogar durante toda su vida. Además, tampoco tenía fuerzas ni ganas para influir en la decisión de su hijo, porque ya estaba cansado de ser quien dictara lo que se tenía que hacer o lo que no. Incluso consideraba perfectamente acertada la determinación de marcharse de una vez. Si eso arruinaba todos los planes que se había forjado a lo largo de su vida, que así fuera.

—Está bien, hijo. —A esas horas de la noche no había nadie que pudiera escuchar sus murmullos, porque la pareja dormía relajadamente en su habitación—. Si esta es tu voluntad, ya no me queda nada más que añadir...

La silla crujió al levantarse. Sus pasos sigilosos le acercaron hasta el soporte de la pared, donde colgaba la escopeta. La descolgó y la cargó. Había conseguido buenas piezas con aquella arma. Tras acariciarla durante un rato, como si la sintiera palpitar con vida propia, salió de la casa. El cielo estaba completamente despejado, repleto de estrellas. En la distancia no se distinguía ni el más tímido asomo de nube.

La pareja se despertó sobresaltada por la seca detonación que había retumbado en el silencio de la noche.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el joven, arrebatado violentamente de su sueño.

Ella lo miró, sin decidirse a pronunciar ninguna palabra. Poco a poco, cuando el hijo fue saliendo de la somnolencia, comprendió:

—¡Padre, no!

Lo enterraron por la mañana y, antes de que el sol ascendiera demasiado por el horizonte, se alejaron del lugar en el desvencijado automóvil, cuyo motor tosía como si de un momento a otro fuera a escupir el definitivo aliento de vida.

## TRES

*Tenía mucha costura atrasada. Se sentó en la mecedora y apretó el botón de la radio. Por los altavoces empezó a sonar la voz del narrador y de los personajes del serial de las cinco.*

Solo les quedaban dos angustiosas alternativas: o se marchaban para salvarse todos o permanecían allí expuestos a una lenta agonía. A la mujer, el fino polvo la estaba matando y, debido a su constitución, bajo aquellas condiciones solo iba a aguantar unos pocos meses más. Al hijo también le dolía tremendamente en el alma la situación y, por eso, seguía buscando la manera de evitar que ella se fuera, que se le escapara de las manos ahora, que la quería tan profundamente que estaba dispuesto a sacrificar la vida por ella. El dilema de estar entre la espada y la pared nunca había tenido tanto significado para él como en esos momentos. Si la quería viva, no le quedaba otra opción que enviarla lo más lejos posible de ese lugar.

—Por favor, amor mío, entiéndelo, yo te quiero, pero no puedo dejar a mi padre solo en la hacienda. Es imposible que únicamente él lleve todo esto adelante. Sí, ya sé, lo comprendo. Esto no es vida para ti, pero qué puedo hacer para convencerle de que los tres debemos marcharnos. Él no lo comprenderá. Estos campos han sido el único propósito en su vida desde que nació y no los abandonará aunque acabe desplomándose, muerto de sed sobre la tierra ardiente. Aquí murió mi madre y mis abuelos. Aquí también tengo yo mis raíces. Me cuesta tremendos esfuerzos la idea de dejar todo atrás. Lo haría por ti, pero estoy seguro de que mi padre no lo soportaría... No, él nunca podría...

La estrechó entre sus brazos. Llevaba la camisa totalmente abierta y ella le besó en el pecho. En sus labios se quedó impregnado el gusto del sudor, que el intenso y duro trabajo había secado sobre la bronceada piel de su esposo. Lo amaba hasta el delirio y, por eso, le resultó imposible vocalizar sus sentimientos. Sabía que la solución que pudiera traer felicidad para todos hacía ya mucho tiempo que se había evaporado. *Evaporado...*, en semejantes circunstancias sonaba hasta como una broma siniestra. Era verdad, ¿cómo podría abandonar a su propio padre, allí, solo?

Cuando llegó el día, los músculos del hijo permanecieron tan inmóviles como el mismo paisaje que les rodeaba. Su organismo había dejado de funcionar, porque no podía hacer nada para impedir que ella se marchara. Solo pudo contemplar cómo su esposa se fue alejando, sentada en el coche que había venido a recogerla. En todo momento permaneció inmóvil, ajeno a cualquier mota de polvo que le rozara la piel de la cara y contemplando, sin pestañear, los destellos del sol que se reflejaban con cada sacudida de la carrocería, hasta que terminaron por esfumarse definitivamente en los confines del páramo.

Mientras todo eso sucedía, el padre se dedicó a apretar con decisión las cinchas de la montura para reanudar las faenas del día. Un nudo, como un alambre de espinos, le atenazaba la garganta al contemplar de reojo aquella escena tan despiadada, de dos vidas que se separaban, tal vez, para siempre.

## CUATRO

*Quería saber cómo continuaba la historia y abrió el libro por la página en donde la había dejado la última vez:*

—En la ciudad tal vez nos vaya mejor.

—Pero entiéndelo, hijo, que estas tierras nos pertenecen y por eso no podemos abandonarlas.

—Padre, yo quiero luchar como lo has hecho tú, pero ella...

—Tu madre luchó.

—Sí, pero para nada.

—Hijo, igual que la adversidad nos está destrozando, si perseveramos, conseguiremos salir adelante. Ya lo verás. Tal vez mañana llueva y se solucione la sequía.

—Sí, tal vez; pero, mientras tanto, nunca acaba de llegar ese tal vez...

Debían buscar un remedio y conseguir que la vida de la mujer no fuera tan agónica. Pero la verdad era que cada vez se trataba menos del bienestar de ella, porque la realidad maltrataba a todos de la misma forma. La partida definitiva de la hacienda era cuestión de tiempo. Realmente, de poco tiempo. Allí ya no se podía arreglar nada, porque ya no se trataba de derrotar a un entorno salvaje e indómito, como lo fue en su tiempo, sino de huir de una vez por todas de un sueño ya perdido, de una pesadilla sin solución.

Les había llevado días de enfrentamiento y de ásperas disputas en las que, una y otra vez, se fueron sucediendo las mismas discusiones angustiosas. Sin embargo, al final y en el breve instante en que las catástrofes se encargan de destruir hasta las figuras más grandiosas, todo quedó sentenciado por una absurda y traicionera caída. El hijo quedó tumbado sobre el polvoriento terreno, inmóvil, inerte, desnucado contra el madero de la valla. El pobre muchacho no sintió ni el golpe sordo que acabó con todas sus ilusiones.

Mientras se apartaban del túmulo de tierra seca, que cubría el cuerpo de un hombre joven, la fatalidad obligó al padre a contemplar el alma desdichada que caminaba a su lado y que se iba desmoronando como un árbol que, en plena floración, fuera atacado por millones de voraces termitas. La veía llorar desconsolada, sin que ninguna palabra de lamentación se escapara por sus labios. Tan solo sollozos rotos. Espasmódicos lamentos interiores. Se mostraba tan reservada y discreta como había sido siempre. Desde el primer día se quedó prendado de la nobleza que manifestaba el corazón de aquella mujer. En el momento en que llegó, la había querido como si fuera su propia hija. Ahora la miraba y notaba cómo el mismo dolor les atenazaba el pecho a ambos por igual. Ella había sido el centro pasivo, silencioso, de una amarga discordia que al final quedó en nada. Ella que, sin nunca pretenderlo, se había interpuesto entre padre e hijo; y todo por culpa de aquel condenado secarral sin fin.

¡Qué podría hacer ahora por aquella joven destrozada, sin alivio posible! ¡Qué culpa tenía ella de nada! ¡Maldita suerte la suya! Y maldito el caballo, al que los martillos de aquel fuego insoportable volvieron tan loco, que en un relincho de desesperación había acabado con la vida de su hijo.

Las jornadas se fueron sucediendo, una tras otra, de manera indiferente, sin que nada cambiara. El eterno y árido ventarrón siguió soplando sin pausa, desde la salida hasta la puesta del sol. Allá, en la lejanía, una casa, un establo, un pozo, un falso escenario de cartón piedra se difuminaba en medio del llano quemado por el gigantesco sol abrasador. Tres figuras desvanecidas se movían cada mañana, entre una pesada atmósfera que producía movimientos turbadores de alucinación.

FIN

## EL GALEÓN VARADO

—¡Tío, tío! —gritaron los niños—, ¿nos puedes contar una historia de miedo de las que tú te sabes?

—Bueno, vale, pero aunque os parezca mentira, yo no soy muy bueno narrando esa clase de historias. Siempre me distraigo, me pierdo y al final estropeo el desenlace con una tontería.

—No importa, tú nos lo cuentas mientras merendamos y así pasamos la tarde sin aburrirnos.

—Sí, tengo que reconocer que las tardes de domingo siempre han sido largas y aburridas... Me sé una historia que transcurre en el pasado, pero es que lo mezclo todo: ropaje, armas...

—Eso da igual tío. Tú cuéntala y ya está.

—Bueno, está bien, está bien... A ver niños, ya que han venido muchos amiguitos, sería mejor que os sentarais todos a mi alrededor. Muy bien, así. Venga, a ver, a ver... Sí, ya lo tengo:

*El coche de caballos esperaba en la puerta con el equipaje firmemente amarrado y en perfecto orden. Maldonado se preguntó, como acostumbraba a hacer siempre que partía por un dilatado periodo, si se olvidaba de algún detalle que le pudiera ser imprescindible en caso de necesidad. Estaba seguro de que lo había revisado todo exhaustivamente para afrontar el largo viaje a las Indias.*

*Se encasquetó el tricornio de fieltro y salió mientras se arreglaba las mangas de la chaqueta, que le había ayudado a ponerse su criado en el vestíbulo. Su destino era encontrarse en la otra orilla con su amigo el marqués de Villaespesa.*

—¿Tío, en esos tiempos ya existían las chaquetas?

—No lo sé, pero hemos quedado en que eso da igual. Vosotros mismos lo habéis dicho.

—Sí, sí —afirmaron todos—; da igual, da igual...

—Chaqueta o como se dijera. Posiblemente sería *casaca*, no lo sé... Bueno, ¿por dónde iba?: Maldonado caminó despacio hacia el coche... de caballos... Coche de caballos, ¿está claro?

Los niños le miraban expectantes, con los carrillos llenos de comida, los ojos abiertos y sin intención de expresar más objeciones.

*Se paró en seco, provocando que las suelas de los zapatos hicieran crujir la tierra suelta cuando se volvió para mirar la fachada principal. La visión de la casa le produjo una tristeza muy intensa, pues presentía que esa iba a ser la última vez que la contemplara. Pestañeó, subió al carruaje, se sentó y cerró la portezuela. Mientras se acomodaba en el asiento, suspiró y se quedó meditando sobre todo lo que dejaba en aquel lugar.*

—Vamos —dijo al cochero, dando con la mano dos golpes secos sobre la madera de la puerta. La voz le salió áspera entre los labios finos.

El cochero hizo restallar el látigo en el aire para que a los caballos se movieran y el carruaje dio un brusco empujón, obligando a Diego Maldonado a recostar la cabeza en el respaldo del asiento.

Arrastrado por el tiro de los dos briosos caballos, que mostraban el lustre de su excelente cuidado, el coche se fue alejando al trote. El metal que recubría las ruedas, junto con las herraduras de los animales, hacían chasquear las piedras que iban aplastando en su camino. La fachada neoclásica fue quedando atrás, inmersa en la fría quietud de la bruma matinal de finales del otoño. Las últimas hojas caían ya sin vida, haciendo que los árboles mostraran su desnudez retorcida y majestuosa a lo largo de la amplia alameda que desembocaba en los límites de las propiedades de la mansión.

—Un momento, niños. Un traguito de agua y sigo:

El galeón había zarpado una mañana, hacía ya cuatro días. Maldonado no ignoraba que aún le quedaban bastantes más hasta llegar a Cartagena de Indias. Mientras tanto, en las tranquilas noches, cuando la luz de la luna se reflejaba formando nítidas lucecillas ondulantes sobre la superficie del mar en calma, los marineros hablaban de los hechos increíbles que les habían acontecido en sus largos viajes y narraban fantásticas historias que, por lo inverosímiles que eran, resultaban imposibles de creer. Algunas de las historias eran ya viejas y muy conocidas, copias de muchas otras, pero las seguían contando sin que por eso perdieran la amenidad y el atractivo de siempre. Otras, por el contrario, se hacían aburridas y lograban que los párpados de los que escuchaban comenzaran a pesarles como piedras. Cuando llegaban esos momentos, obligados por la fatiga, algunos aprovechaban la ocasión para disculparse y retirarse a descansar.

—Fatiga que, por cierto, también veo en la cara de alguno de vosotros.

—No, no, por favor, tío, sigue, sigue...

Una noche, receloso a causa del temor que le producía, un viajero advirtió del peligro de los piratas que campaban a sus anchas por las islas del mar Caribe. Cualquiera nave que se atreviera a internarse en esas aguas, siempre correría el terrible peligro de ser abordada y saqueada. Pero, rápidamente, un oficial se impuso orgulloso, objetando que por eso no había que preocuparse, puesto que los costados del barco iban perfectamente guarnecidos de potentes cañones y de diestros artilleros dispuestos a no parar de cañonear al enemigo más fiero que se atreviera a acercarse.

—¿Quién ha visto una película de piratas?

—¡Yo! —gritaron todos al unísono, levantando la mano con la que no sujetaban el bocadillo.

Días después de la escala en Santa Cruz de Tenerife, el tiempo empeoró y las olas se encrespaban, teñidas de un color tan plomizo como el cielo que se había cerrado sobre ellos. Por suerte, y para alivio de todos, después de una agobiante noche de tormenta, cuando de nuevo llegó la mañana, vieron como el día clareaba esplendoroso.

*Esa misma mañana, después del desayuno, Diego Maldonado conversó con un tripulante, cuyo curtido rostro mostraba la continua exposición al salobre aire marino. Era, no obstante, un hombre de complexión poco robusta que no se acoplaba a la tipología común de las rigurosas faenas de la vida en la mar. Aparentaba más edad de la que en realidad tenía, pero aparte de las rudas características físicas, mostraba unos ademanes educados y se expresaba con un lenguaje que reflejaba una cultura esmerada. Maldonado pensó que, probablemente, sería el renegado de alguna familia de alcurnia, que se había lanzado a la aventura despreciando las comodidades de una lujosa mansión...; pero eludió indagar más sobre el tema porque no quería inmiscuirse en lo que podría ser el secreto personal de ese hombre.*

*Máñez, que así fue como se presentó el avezado marinero ante Maldonado, explicó alguna de las supersticiones de los indígenas de las tierras adonde se dirigían. Algunas leyendas eran incomprensibles e incluso ridículas para una persona racional. Porque cualquiera podía creer que las olas del mar se movían, pero no que las montañas pudieran flotar por el aire impulsadas por el viento de los espíritus.*

*A pesar de lo inverosímil que fueran, todas esas leyendas eran las que motivaban los deseos irrefrenables de viajar que tenía Máñez, y fue por eso mismo que a continuación derivó sus comentarios para expresar entusiasmado su deseo de hacer un viaje a la tierra de hielo, más allá del extremo sur del continente americano, de la que había oído magníficas y extraordinarias historias. Según le habían contado, era aquel un territorio aún sin explorar y completamente deshabitado de seres humanos. Tan solo había animales monstruosos. Sentía la gran ambición de descubrir todo lo que ocultase el tan enigmático continente, porque, seguramente, allí hallaría gigantes de hielo y otras muchas figuras imposibles de ser descritas, incluso después de haber sido observadas.*

*Las jornadas fueron sucediéndose de una manera placentera, hasta que se encontraron con un acontecimiento que resultó tan extraño como los narrados en las horas de asueto. Aquello se hacía imposible de entender si no era explicándolo como una alucinación colectiva. El horizonte se había perdido en una oscuridad infinita. El día debería haber despuntado hacía ya horas, pero la noche seguía envolviendo al galeón. En el cielo no brillaban las estrellas y tampoco parecía estar cubierto por ninguna espesa capa de nubes. Un verdadero pánico asfixiante cundió en toda la tripulación. Ningún hombre se atrevía a aventurar comentarios, pero todos temían una calamidad contra la que no se iba a poder hacer nada.*

*Máñez, acompañado por Maldonado, que estaba a su lado con un semblante igual de sorprendido, mostraba en silencio el profundo temor que le impedía apartar la vista de la insondable negrura. Tenuemente iluminados por los faroles del barco, los dos hombres permanecieron de pie, manteniendo sus mudas reservas sobre una cubierta que no se mecía en absoluto, mientras una fina llovizna, proveniente de ninguna parte, les humedecía friamente las caras.*

*—De aquí no saldremos —dejó escapar finamente el marinero, conocedor de tantas historias, leyendas y supersticiones.*

*—Si os aburre la historia o si os da demasiado miedo, me lo decís.*

*—No por favor sigue, sigue...*

*—Ya despierta —creyó escuchar Maldonado, mientras entreabría los ojos.*

*Alguien rozó una lámpara prendida del techo que comenzó a balancearse, provocando que la llama se encogiera en temblores mortecinos. Maldonado vio que le rodeaba un grupo de rostros interrogativos. Estaban en un camarote donde no había ningún tipo de ventanuco. Después de tragar saliva, preguntó cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Le contestaron que tres días y, cuando se aseguraron de que se encontraba bien, fueron saliendo uno tras otro, salvo Máñez, que permaneció de pie, en silencio, con la vista perdida por encima de la cabecera del catre.*

*Como respuesta a esa mirada, Maldonado tuvo la sensación de que el corazón se le saltaba del pecho. En un principio no llegó a comprender exactamente qué era lo que le atormentó tan de repente, pero una sacudida de la mente le hizo recordar la oscuridad sin fin en la que se vieron atrapados. No quiso expresar nada al respecto, porque pensó que todo había sido fruto del mismo delirio febril del que acababa de despertar, pero un impulso interior le obligó a incorporarse con lentitud de su posición de reposo. El gesto inquisitivo de su cara se esfumó en el momento en que comprendió que la mirada ausente de su amigo, fija en el vacío, no era otra cosa que la confirmación de sus propios temores.*

*—Entonces, ¿es verdad que...? —dijo mientras asía a Máñez de la muñeca, tratando de mantener la calma para exhortarle a que respondiera a su pregunta inacabada y a la espera de que realmente todo hubiera sido un mal sueño. Al atrapar el brazo de Máñez notó lo extremadamente delgado que era ese hombre y cómo sus músculos estaban más endurecidos que el puro hueso.*

*—Así es —le contestó lacónicamente el marino, quien por fin le devolvió la mirada extraviada que penetró como un puñal en las pupilas de Maldonado. Este no se atrevió a pronunciar ninguna palabra más. Atónito, se dejó caer de nuevo sobre el duro colchón y, casi sin fuerzas, trató de recordar cuándo y por qué había perdido el conocimiento, pero le resultó imposible.*

*Los dos compañeros permanecieron en silencio durante un rato. La lámpara que colgaba del techo hacía tiempo que había dejado de moverse porque la nave permanecía completamente quieta. No se oía el crujido habitual de ningún aparejo, jarcia, mástil o cuaderna, en un barco que navega por las aguas inquietas del mar abierto.*

*Los labios resecos de Máñez, lívidos como el mármol, se despegaron. Se pasó parsimoniosamente la lengua para humedecerlos y con una aspiración suave, dijo:*

*—Resultaba imposible que una noche pudiera durar tanto y que en ningún momento se viera una sola estrella en el firmamento. Ahora todo ha cambiado por completo. Esto es lo más parecido al limbo que nadie haya podido describir. Cuando por fin ha salido el sol... —las palabras le salían casi imperceptibles en un cansino y adormilado murmullo—, hemos descubierto que la nave se encuentra varada sobre un desierto de dunas, un mar de arena que no parece tener fin. Es como si el océano se hubiese secado de repente debajo de nosotros. No se ven señales de vida por ninguna parte. Nada que se arrastre, ni nada que surque el aire. El cielo está tan limpio de nubes que los rayos del sol te ciegan cuando sales a cubierta. Además, ni la brújula, ni ningún otro instrumento de navegación nos pueden ayudar a averiguar las coordenadas en las que nos encontramos.*

*Maldonado, absorto aún en una niebla de semiinconsciencia, se preguntaba si lo que oía no era una prolongación del delirio en el que seguía sin poder escapar.*

*—¡No puede ser, eso es increíble! Es..., es demasiado exagerado para ser verdad —balbuceó con voz temblorosa—. Es imposible de creer si no lo veo con mis propios ojos —dijo, saltando*

*de la litera decidido para encaminarse hacia la cubierta.*

*Una vez fuera pudo observar lo que en efecto era completamente verídico. Pero, incluso así, le costó tremendos esfuerzos llegar a creer. Toda la superficie era una serie de ondulaciones infinitas de color ocre y la nítida atmósfera que reverberaba bajo un cielo completamente blanco.*

*—¿Cuánto tiempo hace que estamos así? —preguntó sin dejar de mirar al frente, al horizonte difuminado por el calor.*

*—Los tres días que ha permanecido sufriendo los delirios. Cayó enfermo cuando todo desapareció y ha despertado unas horas después de que el sol saliera. El día ha amanecido con toda normalidad —dijo señalando al sol—, pero si la noche fue increíble, cuando vimos el desierto... —Dejó caer los brazos como muertos y, luego, sacándose un objeto de un bolsillo, prosiguió—. Mire la brújula. Hacia donde se dirija, la aguja sigue sin moverse. Si se apunta hacia otro sitio, lo mismo. Nunca señala la dirección exacta en donde debería estar el norte. Desde el amanecer, el transcurso del tiempo se ha sucedido de una manera pesada, asfixiante, sin movimiento. El sol se ha detenido en el cenit y permanece quieto sobre nuestras cabezas. Al no haber movimiento, no podemos tener ninguna referencia temporal. Demasiado bíblico para ser verdad. Si es el maleficio de algún brujo malvado, lo es con toda la perversidad imaginable.*

*—Y el sol se quedó quieto y la luna se detuvo, hasta que la nación de Israel se vengó de sus enemigos —recitó Maldonado.*

*—¿No está escrito esto en el libro de Jaser? Y el sol se paró en medio del cielo y no se apresuró a ponerse casi un día entero —continuó Máñez.*

*Después de haber mantenido esa conversación, no se les ocurrió que pudieran añadir ninguna palabra más.*

*A partir de ahí, el tiempo se hizo imposible de discernir y perdieron por completo la noción del transcurso de las horas o de los días. No había ningún cambio sobre el que poder percibir una diferencia.*

*La precaria situación provocó una epidemia desconocida entre la tripulación, que vino a empeorar aún más la grave situación. La siniestra enfermedad empezó a causar muertes horripilantes. Los marineros iban cayendo uno tras otro, sin que nadie conociera un remedio que pusiera fin al desastre. Los víveres se fueron terminando poco a poco, por lo que quienes no morían a causa de la enfermedad, lo hacían de hambre y de sed, consumidos por una larga agonía llena de desvaríos y alucinaciones.*

*Los más desesperados se atrevieron a bajar por las escalas de cuerda que lanzaron a ambos costados del barco y se alejaron caminando con dificultad sobre las dunas ardientes. Pero no consiguieron llegar muy lejos porque terminaron tragados por las arenas, finas como el polvo, en las que se hundieron lentamente mientras gritaban pidiendo ayuda.*

*Los cadáveres de los que no se habían atrevido a la imposible aventura de atravesar el desierto se fueron corrompiendo y secando en el mismo lugar donde caían. Ninguno de los vivos se atrevió a tocarlos, porque no les quedaba fuerza suficiente para lanzarlos por la borda.*

*Así, poco a poco, acabaron muriendo todos, y sus despojos quedaron inmóviles con los cráneos pelados a la merced de los remolinos de arena.*

*El galeón permaneció inmóvil, con la quilla clavada entre los médanos gigantescos, indiferente a todos los males que transportaba. Parecía el caparazón de un escarabajo gigante*

*panza arriba, secándose al sol. Los mástiles se elevaban como las patas quitinosas del insecto, envueltos por el raído velamen que se podría sin que ni una brizna de viento lo moviera.*

*Inesperadamente, la superficie incierta y movediza crujió bajo la nave y, de la misma manera que si hubiese naufragado en el mar, el barco desapareció engullido por la casi inmaterial arena.*

—Lo podríamos dejar aquí y punto final. ¿No os parece?

—No, no, sigue, sigue...

—¿Aún queréis que siga para ver si encuentro alguna salvación? Pero si están todos muertos.

—Da igual, tú continúa, continúa... Tú siempre encuentras soluciones.

—Está bien, pero no os aseguro nada. Después de la cita bíblica ya no sé para dónde tirar...

*Las primeras gaviotas graznaron, revoloteando alrededor del barco, al tiempo que se escuchó el grito del vigía, que había avistado tierra a lo lejos.*

*Pocas horas después, el galeón arribaba a la bocana del puerto, dando así por terminada definitivamente su singladura.*

*Tras amarrar en el muelle, los pasajeros fueron desalojando la cubierta, mientras los marineros preparaban las faenas para el desembarco de la carga.*

*Entre la gente de la ciudad había corrido el rumor de la desaparición de aquel navío, hundido por una galerna, y del que se habían encontrado parte de sus restos flotando a la deriva. Pero esas aciagas noticias quedaron rápidamente olvidadas cuando por fin lo vieron atracar, sin que ni el capitán ni ningún tripulante informara de la menor novedad.*

*El viajero del tricornio de fieltro, cuyo semblante denotaba la satisfacción de encontrarse por fin en tierra firme, se dirigió caminando con parsimonia hacia una calesa que permanecía inmóvil a la espera de un cliente.*

*Después de girar varias esquinas, atravesar calles llenas de transeúntes y balcones repletos de flores, después de que el adjetivo variopinto se quedara insuficiente para describir tanta explosión de colores, olores, voces...; el carruaje llegó al palacio del marqués de Villaespesa, donde el viajero debía presentarse para tomar posesión de sus ocupaciones en el Nuevo Mundo.*

*Le estaban esperando y, sin ninguna demora, los criados le acompañaron hasta el despacho del marqués.*

—Pase, pase Maldonado. ¡Qué alegría! —exclamó el marqués, haciendo gala de toda la hospitalidad que le era característica. Se le acercó y le estrechó la mano—. Me alegro sinceramente de poder tenerle aquí sin que haya sufrido ninguna eventualidad. Pues no sé si conocerá los rumores que corren por la ciudad, de que se les creía desaparecidos... Bueno, pero, por fortuna, veo que esos malos augurios ya los podemos desterrar para siempre. Me alegro de que se encuentre a salvo y bien. Pero tome asiento, hombre, tome asiento y ya me irá contando con tranquilidad qué nuevas trae de España. Ardo en deseos de conocer esas noticias —decía, mostrando una sonrisa de satisfacción mientras se acercaba a su escritorio para abrir un cofrecito que contenía unas cajas pequeñas de delicado diseño—. Este es el mejor rapé que haya probado nunca.

*Cogió una para ofrecérsela a Maldonado, pero cuando de nuevo levantó la vista, súbitamente su voz se quedó cortada a causa de la sorpresa que tenía ante él.*

*Los ojos del viajero le miraban fijos, penetrantes, con el ceño desagradablemente fruncido. El marqués se movió hacia atrás temeroso, carraspeando para tratar de aclararse la voz y*

*comprender la causa de esa situación. No entendía aquel gesto amenazante, y tampoco se atrevió a preguntar por qué Maldonado le apuntaba con la pistola.*

*La sorda detonación fue absorbida por las lujosas alfombras y los artísticos tapices que decoraban las paredes del despacho. El rechoncho cuerpo del marqués se estremeció cuando recibió el impacto de la bala en el centro del pecho. Emitió un gemido de sorpresa, mientras los labios se le contraían en una mueca grotesca de dolor. Su rostro palideció y todos sus rasgos, antes relajados y cordiales, se transformaron en un rictus esperpéntico. Se desplomó sobre la mesa, a la que trató vanamente de sujetarse, y lentamente su cuerpo, al tiempo que perdía el aliento, se fue deslizando hasta caer sobre la alfombra. En el suelo, aún le quedó un último impulso. Luchando por sobrevivir respiró como un pez agonizante, al que súbitamente se le hubiera sacado del agua, hasta que su mirada, desencajada de terror, se desvaneció definitivamente en forma de dos ojos de cristal sin vida.*

*La puerta del despacho se abrió violentamente y los criados entraron en tropel. En seguida se dieron cuenta de que ya no podían hacer nada. Permanecieron quietos como estatuas, con caras de petrificado asombro, al descubrir que el viajero sostenía, con la mano que tenía pegada al muslo, el cañón humeante.*

*Cuando por fin pudieron reaccionar, se acercaron despacio para quitarle el arma, pero se sorprendieron al ver que el hombre no era más que un esqueleto de huesos podridos, envueltos en un traje que se convirtió, ante la mirada atónita de los criados, en unos harapos sucios. Sin que a nadie le diera tiempo de tocar tan absurda estructura, esta se desplomó como una torre de naipes polvorientos.*

Lentamente se había hecho de noche sin que los niños se hubieran dado cuenta y, entonces, de repente, el tío se puso a gritar:

—¡Mirad, el sol ha desaparecido! ¡Oh no, Dios mío, estamos perdidos! ¡Estamos condenados!

Como si de verdad los niños hubieran sido pillados de improviso, siguieron el juego de su tío, y simulando asustarse se levantaron y empezaron a correr y a chillar por todo el salón.

FIN

*El hábito literario es asimismo el hábito de intercalar rasgos circunstanciales y de acentuar los énfasis.*

Borges

## EL INSTANTE EN QUE ABRIÓ LA PUERTA

### HABLA EL DIRECTOR

No consigo borrar de la memoria el instante en que abrió la puerta, cuando me acerqué por primera vez a su casa para interesarme por su situación personal. El mismo Álvaro Retana describe perfectamente en su diario nuestro encuentro. La inesperada imagen que ofrecía su rostro completamente demacrado, esquelético, mirándome con aquellos ojos desorbitados, causaba ciertamente un horror irreprimible que, durante unos segundos, me hizo perder el control sobre mí mismo. Las pupilas se le habían dilatado de tal manera que sus ojos parecían dos negros abismos sin fondo. Su cuerpo había sufrido un terrible cambio de como yo lo recordaba hacía pocas semanas, antes de que abandonara las clases sin dar ningún tipo de explicación. Entonces era un joven alto y espigado; mientras que ahora lo veía encogerse y retorcerse sobre sí mismo, como si un organismo indefinidamente repulsivo se estuviera mezclando con él, degradándolo de una manera vejatoria. Además, de toda esa abyección emergía un olor espantosamente molesto, que se alejaba notablemente de cualquier pestilencia con la que bromear por su falta de higiene.

Desde ese día no me atreví a volver a su casa, hasta que ayer, por fin, me decidí a hacerlo. Pude entrar sin ningún problema, porque encontré la puerta entornada, y pese a que pronuncié su nombre en voz alta varias veces para pedir permiso, no recibí ninguna contestación. Allí no había absolutamente nadie. No obstante, cuando entré en una habitación que estaba completamente vacía, al mirar al suelo encontré su manuscrito abierto, abandonado de cualquier manera, así como el «mamotreto estropeado» del que habla en su diario, chamuscado por un fuego de hacía días, que reposaba pegado al zócalo, en un rincón resquebrajado por una grieta que se extendía desde el suelo hasta el techo y de donde salía un penetrante olor como de escape de gas.

Cuando regresé a la calle y escuché el ruido de los autos y de la gente, me di cuenta del profundo silencio que reinaba en la escalera de aquel edificio, porque desde el momento en que entré hasta que volví a pisar otra vez la acera, no oí la voz de ningún vecino, el rumor de bisagras que chirriaran accidentalmente en el interior de alguna vivienda o el zumbido esporádico de una mosca revoloteando.

\*\*\*

Retana comienza el diario hablando de su vida cotidiana, pero luego lo complica todo con acontecimientos que contradicen por completo la sensatez de los primeros días. Es precisamente a partir del momento en que termina de leer el sorprendente libro, cuando comienza su camino hacia la locura. Pierde incluso la continuidad numérica de las jornadas corrientes y empieza a encabezar las páginas con una serie de efemérides inventadas y sin sentido. Algunos fragmentos están

escritos con unos rasgos inseguros y de tan difícil comprensión que me vi obligado a reescribirlos para poderlos entender.

Termina usando un estilo pretencioso de profesor de Literatura, que no consiste en otra cosa que en la repetición cansina de una serie de circunloquios absurdos; siempre tratando de que el asunto parezca descabellado, al tiempo que le da un tinte racional para que parezca verdadero, y que sus patéticas palabras consigan tener algo de credibilidad.

Enseguida me di cuenta de que no era otra cosa que un farsante al que le gusta aparecer como una especie de enajenado «lúcido», o lúcido «enajenado». El juego de palabras viene a significar lo mismo, lo reconozco, por eso creo que su relato no consigue ir más allá de un intento fallido. Salta a la vista que quiere aprovecharse de una confusión muy manida y sobradamente utilizada a lo largo de la historia por las mentes atormentadas que claman a gritos su dolor, pero esas ostentaciones a mí no me engañan. No hay más que leer el relato para darse cuenta de cómo los excesos retóricos eliminan cualquier autenticidad a los renglones trazados por Retana.

Busca una verosimilitud que prometa algo interesante, pero que al final se queda en una especie de motor descompuesto, en un volcán apagado, o en cualquier otro símil de los que él conoce mejor que yo, que describen perfectamente la impotencia de su intención creativa. Cómo me gustaría encontrarme con Retana para exponerle mi opinión. Le diría que también yo conozco la idea de que si quitamos todo lo que suena a sobrenatural en una historia, nos quedaremos con la pura realidad, limpia de asuntos fantásticos, de la misma manera que un gato comilón deja mondada la raspa de un pescado, sin plantearse si el pececillo pudiera tener más o menos valor para otro que no fuera su propio estómago. Me tranquiliza pensar que Retana tampoco es el primer lunático que llega a confundir la realidad con la ficción literaria. Eso constituye un recurso demasiado clásico, que además ya se encarga él de introducir de una manera casi de pasada, subrepticamente, para hacer alarde de erudición.

Por otra parte, entiendo perfectamente los delirios de la mente cuando todo el organismo se desbarata, porque también reconozco que el pobre lo estaba pasando muy mal. Yo también he sufrido pesadillas terroríficas a causa de cenas opulentas o fiebres delirantes por culpa de una enfermedad dañina. Y como cualquier persona, he tenido mis días de depresión sin saber el porqué. Por todo lo dicho, espero que dondequiera que viva Retana ahora, ya recuperado, esté maquinando otra de sus escabrosas aventuras; porque, si a pesar de todas las dudas lógicas, resulta que lo que cuenta es verdad, me temo que ya nadie podrá remediar su infausto destino. Aunque al final, según cuenta, su destino no resulte tan malo para él.

\*\*\*

Si me decidí a leer el diario, fue porque era la única fuente que podía orientarme sobre la desaparición de Retana. De todas formas, aún no me he atrevido a abrir el extraño ejemplar, para ver si son ciertos los detalles tan terribles que encierran esas desgastadas y amarillentas páginas llenas de maldiciones mortales.

Por otra parte, debo admitir la sorprendente veracidad con que describe el aspecto tan sojuzgante que posee el libro, porque desde el momento en que lo recogí del suelo, que lo toqué por primera vez, aunque me cueste reconocerlo, lo observo con un recelo instintivo que me empuja a pensar que algo abominable palpita entre sus páginas. Además, me resulta sorprendente recordar que lo encontré con los bordes quemados y, sin embargo, en estos momentos ya no estoy tan seguro, ya que no se aprecian huellas de fuego por ninguna parte. Seguramente fue la inquietud del descubrimiento, en aquel cuarto en penumbras, lo que me hizo verlo así. Irónico e increíble.

Ahora el poseedor del libro enigmático soy yo. Todo parece seguir su curso de una manera engañosamente accidental. Todo indica que me toca a mí ser la siguiente víctima propiciatoria.

No tengo ni idea de por qué este asunto me está afectando de manera tan absurda. ¿Qué trato de justificar? No lo sé, pero personalmente odio las preguntas retóricas, así que no voy a continuar por ese camino. Sospecho que ahora me he convertido en una especie de doble personalidad de Álvaro Retana, que está tratando de justificar su existencia otra vez.

Siempre me han aburrido los asuntos disparatados de este estilo, por eso, a partir de ahora, me limitaré a copiar lo que el mismo Retana escribió.

## **COMIENZA EL DIARIO**

### **DÍA 28 DE MAYO**

Hoy se cumple el aniversario de la muerte de mis padres. Eran geniales por dedicarse tan intensamente a la traducción de lenguas poco conocidas, o incluso completamente ignoradas en nuestros días. Ya hace tres años que murieron al sufrir un accidente sobre unas montañas casi inexploradas del centro de Asia. Nunca se encontró ni rastro de la avioneta que utilizaban para desplazarse entre los valles perdidos de la cordillera. Sucedió en extrañas circunstancias, según informaron los medios sobre el acontecimiento. Cuando no sabemos nada, no tardamos ni un segundo en sacar a la luz palabras como: *extraño, insólito o misterioso...* Pero la incompreensión no es más que la ausencia del conocimiento que nos falta.

### **DÍA 1 DE JUNIO**

Esta mañana he encontrado un libro que me llamó la atención en una librería de lance llena de títulos y ediciones descatalogadas. Al principio me pareció que había hecho un hallazgo valioso, sobre todo por su aspecto tan manifiestamente arcaico. Ofrecía toda la apariencia que se espera de un ejemplar antiquísimo, incluso milenario. Pero pasada la sorpresa, pensé que con toda seguridad no era más que un remanente olvidado de una edición de pega que no tuvo éxito comercial.

No soy aficionado a coleccionar antigüedades, pero el volumen me asombró lo suficiente como para que me atrajera su portada llena de inscripciones sorprendentes, repleta de simbología completamente desconocida para mí, con dibujos de lo que supuse serían monstruos atroces o dioses de mundos de fantasía.

Sin pararme a descifrar las grafías en que estaba escrito, porque de hecho me habría resultado imposible, me distraje examinándolo con suma curiosidad, fijándome especialmente en la textura de las páginas y, sobre todo, en el increíble material de la encuadernación que no paraba de asombrarme; porque los lectores de literatura de terror ya conocen la leyenda del libro encuadernado y escrito sobre pergaminos elaborados con piel humana, lleno de mitologías terroríficas y de horrores infinitos.

En un momento en que levanté la vista, me encantó observar cómo el librero colaboraba en la formación del ambiente adecuado para el misterio. Mientras yo sopesaba el libro, parecía como si tratara de animarme telepáticamente para que lo comprara. Se mostraba ansioso por deshacerse de una carga insoportable en su tienda, e incluso creí apreciar en su semblante un reflejo de alarma cuando aparenté dudar en llevármelo. Si en ese instante me hubiera arrepentido, estoy seguro de que se me habría acercado rápidamente para ofrecérmelo sin cobrarme nada. Fue precisamente

esa desazón la que logró despertar mi definitivo interés y lo que me convenció para pagar el poco dinero que el tendero me pidió por él.

Cuando abandoné el establecimiento, me pareció que el hombre respiraba a mis espaldas con el desahogo del condenado a muerte que acababan de amnistiar. Yo me alejé aparentando despreocupación, porque todavía no podía estar seguro de si había hecho una compra realmente buena o no. Supuse que ya tendría tiempo de averiguarlo más tarde en casa.

Por el camino consideré que el singular episodio de la librería ofrecía una buena base para empezar a escribir un relato de misterio. Pero acabé admitiendo que tal circunstancia no tuvo más fundamento que lo que mi imaginación quiso desarrollar ante lo embrujado que me encontraba por lo fascinante del local. No me cabía la menor duda de que el librero actuó completamente ajeno a mis elucubraciones novelescas. Pero ¿quién, en alguna ocasión, no ha jugado a fabular intrigas?

Recordé narraciones cuyos personajes, en trance de ser poseídos, pronunciaban conjuros malignos, oían voces extrañas y se encontraban con apariciones inesperadas. En esas narraciones solo se ofrecen alusiones breves sobre el entorno, esperando que el lector adivine el resto como una serie de situaciones ocultas y prohibidas que resultan imposibles de describir. Son siempre opiniones y referencias sesgadas. El atractivo reside precisamente en lograr imaginarlas, en situar al personaje en un estado de terror lo suficientemente espeluznante, que aunque posea una mente lúcida, equilibrada y racional, quede completamente condenado, para luego ser arrastrado a un inframundo sin posible salvación o quedar en un estado catatónico irreversible.

## **DÍA 2 DE JUNIO**

Cuando alguien abre un libro, aunque se encuentre escrito en el propio idioma del lector, debe ser la propia persona que lo lee quien reconstruya los significados que hay almacenados en cada palabra. Obviamente, lo que ya no resulta tan fácil es descubrir las ideas de una lengua de la que se desconoce todo por completo. Es prácticamente un principio lingüístico fundamental o, incluso, algo todavía más infantil por lo evidente.

Bueno, a lo que quiero llegar con esta introducción es, que cuando llegué a casa y me dispuse cómodamente en mi sillón para tratar de descifrar los esotéricos jeroglifos, cual no sería mi sorpresa, cuando de repente, me di cuenta de que podía entenderlos tan perfectamente como si ya los conociera desde el día de mi nacimiento.

## **DÍA 3 DE JUNIO**

A pesar de la sorpresa por la instantánea comprensión de las runas, no encuentro nada especial en la lectura del libro. Es una lectura insustancial que me absorbe durante horas, pero de la que no encuentro nada que valga la pena reseñar aquí. No entiendo por qué tengo que perder tantas horas de sueño por simplezas semejantes. Me siento decepcionado por completo.

## **DÍA 4 DE JUNIO**

Siguiendo con el argumento de ayer, aunque lo intentara, no sabría explicar lo que voy leyendo en ese ominoso volumen, por llamarlo de alguna manera. No es el estilo ni lo narrado lo que produce terror, y hablar de que hay algo mágico que me posee cuando lo abro es como no decir nada. Tal vez sea que me dejo sugerir muy fácilmente, porque suponer que estoy siendo

arrastrado a un estado peligroso de demencia me pone en un doloroso estado de alerta y de angustia.

Cada vez me cuesta más controlar que mis pensamientos deriven hacia visiones de atrocidades espeluznantes. Debo reconocer que determinados pasajes han conseguido hacerme sentir un frío incorpóreo, como un gusano rollizo horadando el tuétano de la columna vertebral o una gélida mano arañándome la nuca con sus uñas afiladas. No exactamente... Todas estas comparaciones me parecen demasiado lejanas, tópicas y pueriles. No puedo seguir con semejante catálogo de descripciones, porque resulta imposible explicar esas formas y sensaciones auténticamente horripilantes. Cuestan de ser concebidas, pero todavía cuesta más el intento de describirlas.

Lo que al principio me resultaban pensamientos insustanciales, conforme voy avanzando en la lectura me hacen sufrir más incertidumbres. Al releer algunos pasajes me doy cuenta de hasta qué punto no había captado el significado atroz de lo que al principio parecía tan simple. Bestialidades cuyo significado es imposible separar de las grafías de su idioma originario. Cualquier pretensión de traducirlo llevaría directamente al suicidio a quien lo intentara. Más que ideas, siento como si mis ojos fueran atravesados por agujas ponzoñosas que me remueven los miedos más ancestrales. Frase por frase, grafía tras grafía..., el reptil asesino que se esconde en la amígdala del cerebro se retuerce dando cuchilladas traicioneras a la mente, para ir aniquilando las esencias más débiles de mi naturaleza humana.

## **DÍA 5 DE JUNIO**

Vivo en una espiral que me obliga a repetir lo dicho una y otra vez, pero me resultaría imposible comentar a alguien las aberraciones que voy leyendo. No quiero dar la ridícula imagen de que me afecta tanto un simple libro de terror. Es el libro perfecto para el lector amante de ese miedo que va calando lentamente, que al cabo de horas de haber leído un párrafo o una palabra aislada que no la tuvo en cuenta, que en un principio le resultó trivial y aparentemente tosca, le va obsesionando y taladrando las sienas hasta socavar lo más profundo del espíritu, hasta sentir cómo un germen malsano toma cuerpo en el cerebro y, después de reblandecerlo con su veneno corrosivo, se dedica a devorarlo lentamente... La ponzoña anestésica nunca permitirá que el cuerpo anfitrión sepa qué es lo que realmente le da miedo, qué le causa esa desazón inexplicable. El lector tan solo conseguirá recordar las terribles palabras leídas, pero no logrará entender por qué encierran tanto mal en su interior. Lo que en un principio le pareció una ingeniosa idea literaria, irá tomando fuerza hasta convertirse en un monstruo sólido, de cuya presa le resultará imposible deshacerse.

Conforme avanzo en la lectura, más pesadumbre experimento; y es ese mismo terror el que me ata de forma subyugante a unas páginas que me resultan imposibles de abandonar. Por cada palabra que avanzo aumenta más el tormento y cada párrafo se convierte en una condena insufrible. Cuando llegué a un cierto pasaje, el horror fue de tal magnitud que me vi obligado a repudiar la lectura y marcharme a la calle para vagar sin rumbo. Necesitaba eliminar la angustia que me estaba degradando, pero no conseguí ni un segundo de tranquilidad... Completamente ofuscado, me sumergí en reflexiones y pensamientos abominables que me hicieron perder la noción del tiempo.

Caminé por las calles dialogando conmigo mismo como si fuese un enajenado mental, como un auténtico esquizofrénico. «Del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio», era una cita que no paraba de darme vueltas y más vueltas en la cabeza

porque, aunque suene irónico, trágico, cómico, o lo que sea, era eso justamente lo que me estaba sucediendo también a mí. Me sentía incapaz de volver a casa para encontrarme otra vez con el libro detestable, que me estaría esperando impasible encima de la mesa del despacho. Así que dejé que esas palabras resonaran libremente en mi cabeza durante el resto de la noche, hasta que, al rayar el alba, no tuve más remedio que volver al amargo hogar.

Al entrar en casa, después de sufrir penosas tribulaciones, me pareció que me había reanimado un poco. Eso pensé en esos momentos, porque el supuesto restablecimiento fue algo peor que una resaca después de haber ingerido decenas de botellas de alcohol. Los pensamientos que creí haber eliminado aprovecharon mi confianza para atacarme de una manera más horrorosa que nunca antes.

## DÍA 6 DE JUNIO

La sonrisa de complacencia y superioridad intelectual con que al principio me asomaba a las páginas, aceptando el retorcido deleite que producen los sufrimientos de un relato de terror, ahora no pasa de ser una mueca de amargura que cada vez más me hace sentir la sumisión de un perro apaleado.

Me reconfortaba suponer que otras copias del libro se encontrarían en manos de lectores que al leerlo sentirán lo mismo que yo. Pero he investigado por todos los medios de comunicación y he preguntado en los catálogos de las librerías, pero no he hallado referencias de él por ninguna parte. Las únicas reseñas que he podido encontrar están dentro del propio mundo de la ficción literaria, en donde unos libros inexistentes mencionan a otros también imaginarios, y así hasta rendirte. Las agotadoras pesquisas me han conducido a admitir que es único. Inexistentemente único. Una joya envenenada para el coleccionista que terminará siendo destruido. Si se cumple que no existe otro propietario, con otro ejemplar, estoy condenado a que nadie pueda entender mi angustia. Cada día que pasa me resulta más increíble que un libro tan rudimentario pueda tener semejante poder para anular la mente, y hacer que una persona se sienta como una rata apestosa.

Resulta increíble pensar que este libro haya estado perdido durante siglos hasta llegar a mis manos de una manera casual. Solo si pudiera comprobar, que el maquinador de tal exhibición de atrocidades es humano, podría recuperar la seguridad de estar aún cuerdo. Pero estoy seguro de que no es humano... No puede ser humano... Tengo que recuperar mi juicio, mi razón, y abandonar la repugnante lectura de tantas descripciones sórdidas, espeluznantes y de ese estilo tan necio..., de esa redacción caótica que cada vez odio más.

Ahora voy comprendiendo por qué el librero se quería deshacer de él y manifestó tanto alivio cuando me vio salir de su tienda. No fue invención mía. Tengo que encontrar a ese canalla en donde quiera que esté escondido.

A veces dudo de si no serán más que sugerencias mías, o tal vez, seguramente..., no sé... Veo que aún puedo mantener opiniones lúcidas y... ¿lógicas? ¿Desvarío? Se me caen los párpados... Tengo sueño...

## DÍA 7 DE JUNIO

No puedo creer lo que estoy escribiendo... Un estado de sopor me domina y me anula durante todo el día. Necesito dormir...

## DÍA 8 DE JUNIO

La puerta grande de madera gruesa y maciza no mostraba mucha diferencia con las de las otras casas típicas de ese barrio antiguo. Yo no conocía la existencia de esa tienda de libros viejos hasta el día en que compré la maldita reliquia perdida, pero cuando he vuelto a pasar por la calle, siempre he encontrado la puerta cerrada, sin ningún signo especial que indicase que en ese sitio hubiera existido alguna vez comercio de ningún tipo. Parece como si la puerta hubiera sido abierta exclusivamente para que yo comprara el libro y que, una vez ya lo tenía en mi posesión, la cerraron de nuevo porque su finalidad había sido resuelta. Inocente de mí. Esta sería una explicación aceptable, que ofrecería algo de originalidad al tema, si no fuera el simple remedo de un cuento que leí hace bastante tiempo.

## DÍA 9 DE JUNIO

Acabo de finalizar la lectura del libro, o eso creo..., que me ha adentrado en conocimientos secretos, incluso muy anteriores a la aparición de la raza humana y me ha hecho descubrir que es poseedor de una sabiduría inconcebible para nuestra especie. Sin embargo, solo podía leer las páginas que me eran permitidas y que no podía rechazar por repugnantes que me parecieran. Página tras página, una salvaje y primordial naturaleza que en ningún momento abandonó el control sobre mí, dirigía mis ojos para que saltaran, sin voluntad propia, a aquellos párrafos que me eran designados; porque los otros carecían de interés para mi preparación, para mi ineludible destino. Era como si me obligara a seguir una guía de lectura predeterminada, con el fin de adiestrarme en la aceptación de una sumisión degradante.

Al final aparecieron otra serie de criaturas que causaban un vértigo terrorífico y que me señalaron los rincones, los ángulos, los lugares escondidos de los edificios, inapreciables para los sentidos humanos, donde se ocultan los resquicios que serán abiertos cuando llegue el momento de la invasión.

Nunca hubiera pensado que acabaría utilizando términos arcanos como lo hacen los tratados sobre ocultismo y bravatas semejantes. Tengo miedo... Necesito que me ayuden...

## DÍA 88 934

*Las grietas profundas e insondables del territorio baldío son arrasadas por las tropas leales al cúmulo oscuro.*

Nadie puede acusar a los sueños de absurdos, y luego pensar que entiende algo en la vigilia. Cuando llegamos a pensar que los demás nos juzgarán como locos por cada palabra que pronunciamos, es porque la enfermedad ha llegado a extremos tan graves, que ya nada se puede hacer para que te ayuden. La angustia me crea espirales interminables de indecisiones. Me imagino a la gente mirándome con los ojos desorbitados por la sorpresa ante tantas majaderías. Fauces completamente abiertas ante mis necesidades, ante la serie de vilezas ridículas saliendo de mi boca. Más que tomarme por loco simplemente pensarían que trato de burlarme de ellos o de insultarlos.

Un pitido constante martiriza mis tímpanos. Mi deber es aislarme cada vez más... El pitido....

## **DÍA 7 342, AÑO 3000**

*(Este día, la mayor parte de las palabras son completamente ilegibles. Aún no sé si es debido a que la mano temblorosa del profesor no podía sostener el bolígrafo o porque están escritas con unas grafías que me son desconocidas. Las pocas frases comprensibles aparecen inconexas).*

*Resquebrajamiento del altar aturdidor. Templos malditos...*

La obsesión se repite...

...desde el momento mismo de cerrarlo, más difícil me resulta definir qué es lo que he leído...

...me parece imposible poder explicar...

...conforme voy olvidando las palabras, más miedo y angustia me causan...

...pero no me atrevo a abrir el libro de nuevo para recordarlas, ya no...

...tiemblo solo de pensarlo...

...volver a leer una sola de las palabras, sería abandonarse aún más a la espiral de esta locura recurrente y destructiva...

...debo esconderme...

## **DÍA 97 487 DEL AÑO 746**

*Caída de la espada de Límbart.*

Cada vez temo más salir a la calle. En los momentos de lucidez, cuando me miro al espejo y contemplo mis ojos desorbitados y mis orejas cárdenas, me horrorizo al pensar que mi desvarío está alcanzando límites peligrosos. Es innecesario tratar de dar un diagnóstico a los síntomas de mi supuesto trastorno. Si pretendiera aclarárselo a un especialista, sería la condena a la total incompreensión y al rápido internamiento donde nunca más se supiera de mí. La paranoia es un estado superior de consciencia en estos días extraños, y la peor demencia es el total y permanente conocimiento de tu propio destino.

El temor de los descreídos es la falsa interpretación de los delirios maníacos. Seguramente todo lo que diga a partir de ahora serán las puras contradicciones de un loco luchando contra su claudicante cordura. Eso ya me da igual. Mi razón está dividida. La conciencia muere irreversiblemente cuando se consigue la completa percepción del otro lado, donde voy naufragando poco a poco. Todo es tan simple como marchar mansamente hacia el pozo donde se hunden los que son poseídos. Es algo inexorable contra lo que no se puede combatir, que te arrastra a la derrota tanto si te rebelas como si permaneces impasible. En la misma lucha está la derrota, porque no puede haber ninguna victoria. En los ratos que conservo alguna clarividencia es cuando me convengo de que, por mucho que busque un camino para escapar, la única salida posible es el sometimiento sin condiciones.

El tipo de enajenación es el mismo para todos los convocados, lo único que cambia son las toscas interpretaciones de los que tratan de huir inútilmente del horror, creyendo que tan solo se trata de un trastorno neurológico pasajero y curable. Muchos enfermos mentales han intuido la llamada, sin que pudieran saber qué sucedía de verdad. A esta gente se les ha considerado iluminados o poseídos, y ahora veo lo acertado de esas definiciones.

Los factores esenciales para el desvarío son... Las conjuras... No puedo más... No resistiré...

## **DÍA CINCUENTA Y SIETE DEL TRIGÉSIMO MES**

*Día en el que se conmemora el renacimiento del imperio abrasador.*

No logro expulsar el libro perverso de mi cabeza. Mi obsesión se va agravando todavía más. El maldito está permanentemente ante mis ojos, aunque no lo mire, atormentándome aunque apriete los párpados con todas mis fuerzas. He pensado esconderlo entre los tomos de una estantería al azar, en la biblioteca más inmensa y remota que encuentre, como leí que hacía el protagonista de un relato fantástico, y olvidarme de él para siempre, pero una fuerza aterradora me impide llevármelo a ninguna otra parte.

## **DÍA INCIERTO**

*Los huesos destrozados crujen bajo los golpes de los mazos orgadianos.*

Hoy me ha sorprendido algo nuevo mientras miraba fijamente la mesa del rincón donde lo había dejado. Las paredes fueron desvaneciéndose a mi alrededor y comenzaron a perder consistencia hasta que desaparecieron por completo. Solo había oscuridad. El desgastado lomo del libro era la única figura consistente flotando en el vacío. Descolorido, apestando a cuero viejo y podrido, al material correoso que me hizo pensar que sería mi propia piel muerta desde hacía siglos. Desde la primera vez que rozó mis dedos, cuanto más me lavo las manos, más sucias y pestilentes las encuentro.

He pensado contratar a alguien para que embale todos los libros y que los quemem donde ellos quieran, pero que, sobre todo, no me digan dónde. Y también les pagaré para que se lleven los espejos de la casa. No quiero ver mi mirada enajenada y vidriosa, ni mi rostro consumido por el insomnio y la desesperación.

## **DÍA 848 009**

*Hacia los años finales de la eterna hambruna.*

Durante dos días se han producido fuertes tormentas y ha llovido torrencialmente. Los truenos retumbaron sin parar como gigantescas descargas de guerra. Pese a tener las persianas completamente bajadas, algunos destellos de los relámpagos pudieron colarse por las rendijas que me resultaron imposible tapar del todo.

Agarré con determinación el libro, dispuesto a deshacerme de él como fuera, y me marché a la calle, a perderme por la ciudad, para dejar de ver las paredes moviéndose a mi alrededor como gelatina descompuesta. Estaba decidido a cruzar el puente y a lanzarlo a la corriente del río. Cuando cae tanta agua el cauce siempre baja desbocado.

Mientras caminaba entre la gente, enfrascado en mis pensamientos, he notado con amargura lo inexplicablemente asustados que quedaban algunos transeúntes al pasar por mi lado. Yo notaba que les invadía un malestar confuso y sombrío. Algunos se volvían para observarme sin saber a ciencia cierta lo que les pasaba. A otros los vi mirar a su alrededor completamente desorientados, como si buscaran alguna bestia aberrante que súbitamente pudiera aparecer para devorarlos.

El tremendo dolor en la médula de los huesos me impidió que lanzara el libro al río. Tuve que volver lleno de desconsuelo, deseando encerrarme y echar todos los cerrojos de la puerta de la casa. Apretaba el libro contra el pecho pidiéndole perdón como si fuera una criatura viva que me reprochaba mi propósito traicionero. Había caído inocentemente en su engaño, porque eso no era otra cosa que una retorcida prueba para dominarme con más crueldad.

Ya en mi cuarto me arrodillé y me puse a llorar como si fuera el más vil de los pecadores, sin parar de sollozar gimoteos de retrasado. Me encogí sobre el suelo helado sintiendo que había cometido el pecado más imperdonable del universo, y en esa postura continué pidiendo perdón durante horas. Por favor, perdón... Por favor, perdón...

## **DÍA 389 345**

*Conmemoración del nacimiento de O'feklij-gohosd el aniquilador.*

En las ocasiones en que puedo superar el miedo, me acerco de puntillas a la habitación donde están empaquetados los volúmenes, y me asomo sin encender la luz. No pude permitir que se los llevaran. Realmente fue él quien no me lo permitió. Tan llena de cajas, la habitación parece inmensa, provocando que las siluetas angulosas formen perspectivas laberínticas. Nunca me hubiera imaginado que hiciera falta tantas cajas para guardar los libros que tenía desordenados por toda la casa, ni que apilados consiguieran que el cuarto pareciera tan enorme. Posiblemente sea la penumbra lo que cause que las dimensiones se desproporcionen y dilaten. A veces dejo que pase un poco de luz por la rendija, porque me da la impresión de que no haya paredes y de que todo se extiende en una oscuridad sin límites. He llegado a pensar, que por alguna razón que desconozco, las cajas ya estén completamente vacías, pero no me he atrevido a comprobarlo, por miedo a abrir accidentalmente la que contiene el ejemplar maldito. En el cuarto impera el más absoluto de los silencios, aunque en algunas de mis aproximaciones temerarias me ha parecido oír el sonido de ratones royendo el cartón, acompañado por unos lejanos estertores, como el aliento de una terrorífica criatura acechando desde las profundidades. En esos momentos no he podido resistir el pánico y he tenido que volver rápidamente a refugiarme a mi dormitorio, donde permanezco encogido, jadeando de miedo en un rincón sin despegar los ojos del marco de la puerta. No me cabe la menor duda de que en la caja que está el libro se está formando el agujero por el que tarde o temprano entrarán. Si buscara la caja y la abriera, seguramente adelantaría la venida. Tal vez eso sería mejor que seguir esperando lo inevitable. De momento he situado la cama pegada a un ángulo de la habitación, y allí permanezco todo el día agazapado mirando el recuadro de la puerta. Cada vez...

## **DÍA 349**

*El usurpador decreta la ley sobre las montañas de la herrumbre.*

He recibido una llamada del trabajo. Me decían que los exámenes finales ya estaban cerca y que no podía permitirme tanta demora sin dar ningún tipo de información. Colgué sin pronunciar ni una palabra. Habían destrozado el placer del aislamiento. Luego me levanté enfurecido y arranqué de un tirón el cable del teléfono. Cuando sostenía el cable en la mano, por un instante estuve tentado de colgarme del techo con él, entonces recordé que había sido previsor al desmontar el teléfono móvil y meterlo en los embalajes, mezclado con los libros.

## DÍA 4 985

*Construcción de las murallas de Niverdia y descubrimiento del paso oscuro.*

Nunca cierro las puertas de las habitaciones. Tan solo mantengo cerrada la del cuarto de los libros. Y la de la calle nunca la pierdo de vista para cuando haya que salir corriendo.

Salto asustado cada vez que advierto algún rumor, y no solo cuando se produce dentro de mi casa, sino también cuando lo oigo en otra vivienda del edificio. Los pasos de los vecinos nunca han sonado tan fuertes como los escucho ahora. Los odio a muerte. Vais a morir todos. Los nervios me consumen hasta que no se produce un mutismo total.

De tanto morderme los dedos los tengo desollados. Casi no puedo escribir. Me escuece la carne viva. Estoy seguro de que pronto entrarán. Cada vez los siento más cercanos. La más ligera corriente de aire moviendo las persianas de una ventana me espanta de tal manera que no paro de repetir la palabra *perdón* durante horas.

Los títulos de los libros embalados, que me han acompañado durante toda mi vida, se me agolpan en la cabeza e inconscientemente me obligan a buscar semejanzas. Mi casa también está siendo tomada, pero a mí ya no me queda ni reloj de pulsera para saber la hora. Siempre he gozado con los títulos y las citas geniales, pero en estos momentos odio todo eso. Quiero que mi mente pare.

## DÍA 875

*Del mes de Okamp, según el año prelunar. Triunfo de las tropas de Ófemgar contra los Nürfs.*

Hoy he recibido la visita del director del instituto. Ha insistido tocando el timbre durante casi media hora, porque sabía que yo estaba en casa, y al final no he tenido más remedio que abrir. Cuando vio mi aspecto estuvo tentado de salir corriendo. Por un momento pensé que aquel hombre no podría reprimir el grito de terror que ya empezaba a salirle por la garganta, pero al parecer venía decidido a hablar conmigo y se obligó a permanecer sereno.

Me limité a decirle que me estaba recuperando de la gripe y que al día siguiente iría a trabajar. No le sentó nada bien que tratara de disculparme con la gripe, pero comprendió que mi aspecto no era de lo más saludable para presentarme delante de los alumnos y se marchó sin insistir más. No mentí sobre la enfermedad, porque cada vez siento más frío en el cuerpo y la fiebre que padezco es peor que la que pueda causar la gripe más mortífera.

## DÍA 1 847

*Fecha aproximada del hundimiento del continente oriental.*

La noche pasada, de nuevo me pareció oír los sonidos de ratas royendo el cartón de las cajas desde su interior, como tratando de escapar, y acompañado de los extraños resuellos de fatiga. Me encontraba medio adormilado y el sobresalto me obligó a incorporarme. Afinando el oído me pellizqué para asegurarme de que estaba completamente despierto y de que no eran imaginaciones mías. Era un rumor sordo que provenía de la habitación de los libros, cuya puerta se había abierto sola. El susto me embargó de tal manera que decidí huir a la calle hasta que se me pasara la

ansiedad. Pero antes de salir, me impuse valor y me acerqué para cerrar la puerta. No lo conseguí, porque un graznido repentino y furioso me obligó a correr atropelladamente.

Mientras trataba de abrir el cerrojo de la puerta de la calle, dos sombras difuminadas vinieron flotando hacia mí. Me extendían sus manos negras de carne calcinada por un incendio. Cuando conseguí abrir la puerta, caí de espaldas sobre el descansillo de la escalera, quedando el interior de mi casa frente a mí. En el momento en que las sombras aparecieron en la puerta, me incorporé rápidamente y bajé corriendo las escaleras sin parar en ningún momento para mirar atrás.

Por suerte, cuando salí a la calle, el sol ya se había ocultado tras el horizonte y no pudo dañarme la vista. El brillo directo del día me habría abrasado los ojos debido a la cantidad de tiempo que llevaba confinado sin ver la luz, y porque mi vista se estaba adaptando de una manera misteriosa a la oscuridad total.

Las nubes, heridas por los últimos rayos mortecinos, cubrían la ciudad como un manto de sangre que empezaba a espesarse y a ennegrecer. Mientras observaba cómo los transeúntes vestían ropas livianas de época veraniega, a mí me seguía consumiéndome los huesos la misma gelidez enfermiza.

Durante toda la caminata nocturna, la luminosidad de las farolas me estuvo martirizando los ojos. Por mucho que agachaba la cerviz, con los párpados casi cerrados, el malestar crecía y se hacía cada vez más lacerante. Cuando empecé a notar que el amanecer se acercaba, no tuve más remedio que buscar el camino de vuelta para refugiarme de la luz directa del sol.

Al llegar a casa, la puerta estaba abierta tal y como la había dejado cuando hui enloquecido. Ningún vecino hizo acto de presencia para quejarse o se acercó simplemente para interesarse por el escándalo que levanté. Parecía como si yo no existiese para ellos. Entré con precaución, me acerqué a la habitación de los libros y cuidadosamente cerré la puerta. Pese a la quietud del momento, era evidente que en su interior no había solo cajas llenas de libros. Mantuve pegada la oreja a la chapa de madera durante un largo rato, pero no escuché el más mínimo rumor.

Una pestilencia indescriptible que salía por debajo de la puerta me obligó a mirar hacia el suelo. Entonces descubrí que un rastro de algo viscoso, que partía desde allí, se dirigía hacia mi cuarto. Lo seguí y observé que acababa en medio de la habitación formando una mancha irregular. No había nada más, salvo ese permanente hedor de materia putrefacta que se pegaba asquerosamente a la nariz.

En ese momento deseé volver a la calle, y morir abrasado por los rayos del sol o, si no, levantar todas las persianas y abrir las ventanas de par en par para que entrara el sol purificador. Pero súbitamente, la poderosa fuerza me removió las entrañas y caí al suelo retorciéndome de dolor. La posesión abominable, demoníaca, no me dio otra alternativa que no fuera postrarme y rendirle la pleitesía a la que sus siervos indignos están obligados.

De nuevo me vi repitiendo la letanía de perdón, perdón, perdón...; que fue la única palabra que pude mascullar durante horas.

## **DÍA 9-557 438**

*Éxodo trorps.*

La medida del tiempo ya no tiene significado para mí. No puedo hacer otra cosa que permanecer absorto sin poder cerrar los ojos, tratando de distinguir sombras en la oscuridad. Los letargos febriles en que me sumerjo posiblemente duren días, no lo sé, tal vez sean solo breves instantes. Para mí son siempre eternos. Un sufrimiento sin fin. Pero cuando pienso en la huida, sus fétidos

alientos me sobresaltan de repente, rozándome la piel, mientras una niebla espesa de vahos ponzoñosos se extienden por el suelo. Pese a no poder contenerme y ponerme a temblar igual que una alimaña acorralada, procuro quedarme quieto, petrificado como una estatua.

Me vigilan y conocen mis pensamientos...

## **DÍA DECIMONOVENO**

*Del martirio masivo. Las incontables cabezas, clavadas sobre las picas como triunfos, gotean negra sangre.*

El simple hecho de pensar en la claridad de un día despejado, que hasta hacía poco añoraba, ahora me causa un profundo malestar. En los momentos en los que las pesadillas me atrapan con sus brazos torturadores, sueño en cómo la radiación solar atraviesa mi carne y agonizo retorciéndome, ahogándome, incapaz de soportar tanto brillo. Mi cuerpo se desgarr a tiras, y corro a refugiarme en el acogedor reino de las tinieblas. Entonces respiro aliviado, arropado por la oscuridad absoluta, acogido por poderosas zarpas que me quiebran los huesos sin piedad. Aunque sufro más dolor que todo lo concebible, me siento protegido por la desgracia y la desolación.

## **DÍA 9 788**

*Después del holocausto giberliak.*

Pensé que lo primero que haría el director del instituto sería llamar a alguna clínica mental para que vinieran a recogerme. No sé el tiempo que habrá pasado desde entonces, pero nadie ha vuelto a llamar a la puerta.

De todas formas, por mucho que alguien se empeñara en salvarme, ya no podría, es demasiado tarde. Siento que está muy cerca el momento de mi condenación definitiva. Ahora no hay posible redención. Mi transmigración a la nueva vida está completamente decidida. Siento que cuanto más me oprime el pánico, más disfruta la mitad corrompida de mi espíritu.

## **DÍA 78. 347/098**

*El remoto calendario uberniano es sustituido por el de los años oblicuos.*

No sé describirlo con las palabras de esta parte del muro. Todo se esconde sin posibilidad de definición. Nadie puede resistirse ante la visión de estas pinturas execrables de lo adivinado. El que dudara de mis palabras, si me viera durante un parpadeo, se asfixiaría en el asombro y se postraría de bruces sobre el suelo. Y si aún le quedaran fuerzas para huir, jamás podría recuperarse. La única alternativa que le quedaría para salir de su locura sería la de destrozarse la cabeza contra el paredón más sólido que encontrara.

## **DÍA 9 348**

*Se descubre el cráneo del remoto rey sanguinario.*

Cuando deciden terminar su labor, no ceden más demora para las despedidas.

En estos momentos no hallo peor desdicha que la de mantenerme todavía lúcido. Garras invisibles me han guiado en la ceremonia. Jamás hubiera concebido que pudiese cometer tales atrocidades con mis propias manos. Sin embargo, no me siento horrorizado. Para mí, esas ejecuciones han sido tan sagradas como la celebración del acto más candoroso en este lado de la puerta. No me siento ni blasfemo ni asesino. Pese a todo, soy incapaz de describir los detalles del ritual con el que me entregué a los sagrados esclavizadores de mi ser. El mal nunca tiene límite en su perversidad, porque su objetivo es destruir todo rastro de inocencia. Lo poco bueno que todavía se conserva en mí, se retuerce en sufrimientos desgarradores al pensar en los despojos cubiertos por las mantas que reposan a mis pies, los pedazos de los inocentes descuartizados que han servido de ofrenda. La puerta se ha abierto ante mí. Ahora camino hacia la negrura, gozoso por ser admitido. La insoportable hediondez que me ha acompañado durante los últimos días me recibe con más intensidad todavía cuando, finalmente, abandono esta parte para siempre.

Padres ya voy a abrazarme de nuevo con vosotros. Sí, recibí el libro.

El infame librero, arrodillándose ante mí, su nuevo amo, me indica el camino.

FIN

# EL NÁUFRAGO DEL DESIERTO

## 1

Detrás de una montaña de arena apareció la ciudad. Desde la cumbre del gigantesco médano pudo ver cómo el desierto seguía extendiéndose hasta el horizonte, con una uniformidad que resultaba tan asfixiante como el calor que le reseca los labios y la garganta. A sus pies se extendían una infinidad de columnas de antiguos templos, inclinadas, partidas, vencidas por los siglos. Partes de magníficas murallas, resistiéndose a otro desplome, emergían como los rescoldos de una hoguera largo tiempo extinguida que iban siendo esparcidas por el viento. Las construcciones semienterradas daban fe de un glorioso pasado, del que ahora eran tan solo tristes recuerdos erosionados de una civilización que se hundía para siempre en el olvido.

A pesar de todo, aún se sostenía en pie una parte de la ciudad formada por casas achaparradas, de precarios muros de adobe que trataban de resistir el avance de la arena. Solo el contraste producido por los ángulos de las paredes y el corte plano de las azoteas les hacía resaltar de entre la dominante sinuosidad de las dunas.

Se arrodilló en la arena para recuperar el aliento y contempló el panorama. El sol a su espalda estaba declinando. La luz oblicua alargaba las sombras y creaba un contraste de dimensiones que hacía que las distancias se extendieran hacia el infinito. Debía moverse hacia la ciudad para comprobar que verdaderamente esta existía y no era solo un espejismo.

Esta visión despiadada obligó al pensamiento de Máñez a regresar al instante del naufragio del galeón y siguió sin encontrar ninguna explicación lógica de por qué, únicamente él, había podido salvarse del insólito hundimiento.

Recordó cómo en el último momento había saltado por la borda y caído sobre el lomo de una especie de gusano gigante. Aquel enorme tubo, rozando con su cuerpo endurecido los granos sueltos de la arena, que esparcían el olor acre del sílice triturado, lo transportó a gran velocidad lejos de allí; hasta que, para deshacerse de la molestia que llevaba encima, lanzó al marino por el aire con la suerte de que este cayó sobre unas dunas compactas. Fue la dureza de esas dunas apartadas lo que le libró de hundirse tras el monstruo, que desapareció con la misma facilidad que si se sumergiera en las claras aguas de un estanque.

## 2

Los toques huecos de un gran tambor anunciaron el cierre inminente de los portones desvencijados.

Después de superar la entrada, Máñez se quedó quieto contemplando la explanada interior y se fijó en las ciegas y angostas callejas que desembocaban allí.

Las personas que rondaban a su alrededor no mostraron ningún interés por su presencia. La mayoría eran de tez morena y vestían ropajes largos y ligeros. Las palabras se cruzaban en el aire sin que a Máñez le fuera posible entender nada.

—¿Dónde diablos estoy?! —se dijo para sí mismo. Aunque sus palabras fueron oídas por algunas personas que circulaban cerca de él y que se lo quedaron mirando mientras se alejaban, ninguno se tomó más interés por ese hombre de aspecto estrafalario, que vestía unas ropas andrajosas y poco apropiadas para el desierto.

Unos soldados cerraron las puertas tras él y las atrancaron con un pesado madero que cruzaron sobre dos sólidos soportes.

Máñez se les acercó y señaló hacia el desierto exterior. Por medio de gestos les dio a entender que había estado a punto de perecer bajo el sol y que necesitaba ayuda.

Uno de los soldados, con un aspecto aún más sucio y harapiento que el suyo, se le quedó mirando, como quien mira a una especie de insecto que no había visto nunca y, al tiempo que daba un gruñido en su extraña lengua, le golpeó en el pecho con la palma de la mano para que se apartara de su camino.

Máñez trastabilló hacia atrás y a punto estuvo de caer de espaldas. Se quejó apretando los dientes con rabia, pero no se movió por si empeoraba aún más su situación. De hecho, ese empujón le hizo darse cuenta de que cada vez le costaba más tenerse en pie.

Exhausto se fue hacia una pared, apoyó la espalda contra ella y, poco a poco, se fue deslizando hasta sentarse sobre el suelo de tierra suelta. Recostó la cabeza contra el muro, y allí permaneció cavilando acerca de qué podía hacer para sobrevivir en esa ciudad.

Conforme el sol se ocultaba, los habitantes fueron desapareciendo paulatinamente de las calles. Cuando Máñez volvió a tomar consciencia del entorno, se dio cuenta de que era la única persona que había en la explanada.

Buscó apoyo contra el muro y se incorporó con dificultad, tambaleándose a causa de su debilidad.

Cuando después de aguantar un rato, respirando con dificultad, consideró que había recuperado algo de sus fuerzas; sin saber qué dirección tomaba, se puso a caminar, arrastrando los pies, hacia el interior de una de las callejas que eligió al azar.

### 3

La sed lo estaba mortificando y Máñez se encontraba tan agotado que le resultaba casi imposible levantar la vista del suelo.

Al cabo de un rato de caminar sin rumbo, consideró que había penetrado lo suficiente en aquel enredo de calles como para estar seguro de que se había perdido por completo.

Necesitaba escuchar algún sonido por el que poder orientarse, pero todo permanecía en el más absoluto silencio. No se oía ningún rumor que saliera de las casas ni de debajo de la tierra, o que descendiera del cielo.

—Tengo que resistir como sea. Estoy vivo. Si no fuera así no sufriría como lo hago. A no ser que esta sea mi condena en el infierno.

Mientras mascullaba las palabras, se frotó el rostro para conseguir reanimarse.

Después de haber estado rodeado por la soledad y la monotonía aniquiladora de las dunas, ahora le resultaba imprescindible el calor de la compañía humana, por desconocida y extraña que esta fuera, para asegurarse de que su carne palpitaba y que no era un fantasma atrapado en la sorpresa de una muerte inesperada.

Cuando apartó las manos de la cara, vio que alguien se acercaba desde el fondo de la calleja.

El individuo vestía un largo manto y su rostro era ocultado por una capucha que hacía difícil distinguir los rasgos de la cara.

La calle era muy estrecha y alguno de los dos tenía que apartarse para dejar pasar al otro.

—Necesito que me ayude —dijo Máñez con voz quejumbrosa.

El hombre embozado, al ver que Máñez se dirigía a él cortándole el paso, agachó la cabeza y, escabulléndose como una serpiente, se alejó sin articular ninguna palabra.

—¡Maldito hijo de puta! —exclamó Máñez con intención de que el encapuchado pudiera interpretar la entonación de sus palabras, aunque no las entendiera.

El hombre aceleró la zancada y se alejó a toda prisa hasta desaparecer tras un recodo.

—Enfurecerme no me servirá de nada —se dijo a sí mismo para calmarse—. No puedo perder las pocas fuerzas que aún me quedan... Y ya no puedo más... Esta ciudad es más inhóspita que el desierto que se extiende fuera de su destartalado recinto. Ojalá se hunda como el galeón.

## 4

La posada apareció inesperadamente tras una esquina, como un edificio más de esa ciudad agonizante. Un tablero descolorido en desequilibrio precario anunciaba su existencia, diferenciándola de la monocromía del resto de casas.

Al entrar vio las mesas ocupadas por mercaderes vociferantes que hablaban resueltamente en voz alta y agitando los brazos.

En un rincón vio una banqueta y una pequeña mesa, olvidadas seguramente porque su tamaño no permitía reunir a su alrededor a los suficientes comensales. Se dirigió hacia allí y se sentó.

Al rato se acercó un sirviente joven y Máñez por señas le explicó que quería comer algo, pero que primero le trajera agua para beber, solo agua fresca.

Mientras esperaba se distrajo contemplando el lugar.

Todo estaba repleto del humo denso que salía de las pipas que fumaban los parroquianos.

Los diferentes aromas de las hierbas se mezclaban sobre las cabezas de los fumadores y se confundía con el olor de la viandas asadas y con el rancio sudor de los cuerpos.

Era el olor de la humanidad. Máñez se relajó.

El camarero servía vino continuamente en los recipientes de barro cocido cuando alguien levantaba el que terminaba de vaciar. El alboroto de las voces resonaba sin tregua como los reflujos de una marea revuelta. En las mesas en las que los comensales estaban ya servidos, con la barriga repleta de comida y bebida, cantaban satisfechos, elevando los recipientes para brindar y celebrar, con sus vozarrones desentonados, la alegría del momento.

Cuando llegó el joven criado con el agua y los alimentos, a Máñez se le ocurrió preguntarle por el nombre de aquella ciudad. El muchacho le contestó con una serie de sonidos ininteligibles y, al ver que no le entendía, se dio media vuelta y se marchó a servir a otros clientes que requerían su servicio.

—¿Qué se le va a hacer? —dijo Máñez encogiéndose de hombros.

Antes de empezar a comer, contempló el sabroso asado que tenía en su plato y, seguidamente, lo devoró con gusto, aunque tomándose el tiempo necesario para degustarlo. Con el estómago tan vacío las prisas le podían cobrar malos resultados en la digestión.

Era consciente de que sus ropas estaban tan maltrechas, que no era difícil tomarle por un miserable pordiosero, y supuso que si el sirviente no le había objetado nada a la hora de servirle, era porque todavía conservaba el porte aristocrático que le era natural.

## 5

Mientras saboreaba la comida, absorbo en las experiencias sufridas ese día, no se percató de que frente a él había un hombre anciano que le observaba con atención.

—Caballero —dijo el viejo sacando a Máñez de sus pensamientos angustiosos—. Perdona que le interrumpa en su meditación. El muchacho que le ha servido me ha informado de que quiere saber el nombre de esta ciudad y me ha pedido que viniera yo para oír las historias que usted nos pudiera contar. En esta ciudad, sus habitantes somos muy curiosos y acostumbramos a acoger a los visitantes a cambio de intercambiar historias con ellos.

Máñez se quedó desconcertado. Había entendido con total perfección cada palabra que el viejo le había dirigido.

—¿Cómo es que puedo entenderle? —le preguntó Máñez sin alterarse. Su cansancio no le permitía exteriorizar demasiado la sorpresa.

—Ya ve que soy viejo, y tal vez eso le explique que pueda tener alguna idea sobre el mundo.

—Supongo... Aunque he conocido viejos muy tontos —le contestó Máñez con escepticismo—. De todas formas, yo no he dicho al muchacho que le quería contar nada. Lo único que he hecho ha sido preguntarle por el nombre de la ciudad.

—Si usted me lo permite, me sentaré para descansar mis sufridas piernas —dijo haciendo una señal al mozo, quien le acercó un taburete en el que se sentó el anciano, mientras se quejaba de sus articulaciones—. ¡Ah...!, cuando se llega a una edad es muy difícil no acordarse de la juventud como de una época gloriosa. Entonces mis movimientos eran rápidos como el rayo. Le aseguro que en mis años de plenitud, no había nadie en toda la ciudad que tuviera unas piernas más veloces que las mías..., pero nada dura para siempre... —concluyó resignado.

A esas palabras les siguió un silencio vacío y expectante. Máñez se llevó otro trozo de carne a la boca y se dio cuenta de que realmente deseaba contar lo que le había sucedido. Fijó la mirada en el hombre y, a continuación, le narró la aventura del galeón y lo insólito del acontecimiento.

—¡Verdaderamente fantástico e interesante! No me esperaba una historia semejante. Hacía tiempo que no escuchaba algo tan singular. —En el rostro del viejo se reflejó una gran satisfacción por lo que acababa de oír—. Últimamente, por esta ciudad no vienen demasiados viajeros, aparte de toda esta chusma que se emborracha sin preocuparse en lo más mínimo del entorno por el que cruzan. Las historias que cuentan siempre son las mismas o parecidas, y sin ningún interés. Y volviendo al principio, sigo intrigado en su interés por saber el nombre de nuestra ciudad. ¿Por qué lo quiere saber realmente? —hizo una pausa meditativa—. Y por cierto, me llamo Amal, perdona que hasta ahora no me haya presentado. Desde que nos cruzamos por la calle tenía ganas de saber algo de usted, por eso decidí dar la vuelta y seguirle hasta aquí.

—O sea, que era usted... Bueno, ya da igual... Por otra parte, no encuentro tan raro el que yo quiera saber dónde me encuentro. Particularmente, lo veo muy lógico. ¿No le parece?

## 6

El viejo sonrió.

—Pues bien, se lo explicaré... —tosió, poniéndose la mano en la boca para aclararse la garganta—. Según la dirección por donde se acerquen las caravanas, la gente que viaja en ellas nombra a la ciudad de una manera diferente. Pero veo en su cara que todo eso no tiene nada que ver con su deseo de saber el nombre con el que los propios habitantes le dan, ¿no es así?

—Supongo, o eso creo que es lo que se debe suponer....

—Si primero le he contado lo del nombre con que la denominan los extranjeros, es por la dificultad de explicar a los recién llegados que el nombre que algunos de nosotros damos a la ciudad no se puede considerar en absoluto el verdadero.

»En cierta ocasión, un contable de la ciudad, que se dedicaba a llevar la relación de los impuestos por el derecho de tránsito a los mercaderes que hacían sus paradas aquí, llegó a contabilizar más de seiscientos nombres diferentes o expresiones distintas para denominar a esta ciudad. —Torció el gesto con disgusto—. Aquella lista se perdió, o tal vez el mismo amanuense la quemó al darse cuenta de su inutilidad. El contable, por otra parte, era un hombre sabio que se dedicó a recopilar cientos de historias que trataban sobre el origen de la ciudad. Le gustaba transcribir todos los relatos que oía contar a la gente, por extravagantes que estos resultasen.

»Si quiere le contaré la del individuo que se consideraba como uno de los miembros de la familia con más rancio abolengo de toda la ciudad... —el anciano hizo una pausa. Sentía la boca seca. Pidió una jarra de vino y, tras darle un largo sorbo, se secó los labios y prosiguió—: Ahora podré continuar mejor... Pues bien, como le decía, este ciudadano, considerando un derecho personal y apelando a sus antiguos ancestros, quiso imponer un nombre definitivo, el cual era, según él, el que pusieron los primeros colonos que llegaron aquí, cuando el desierto era una jungla, que fue limpiada para construir la ciudad, y cuya espesura fue muriendo con el transcurso de los siglos.

»Pero como era de esperar, ahí no terminó todo. Aquel hombre se encontró con la oposición de otros muchos ciudadanos que sostenían que venían de familias aún más antiguas, de los tiempos en que todo esto no era ni desierto ni selva, sino una isla en medio de un océano inmenso, cuyas aguas estaban pobladas por engendros diabólicos que impedían el tránsito tranquilo de los barcos, en su empeño por comerciar con continentes lejanos.

»Así fueron apareciendo multitud de individuos que reivindicaban antepasados de más antigüedad y cada uno de ellos daba un nombre distinto que se sumaba a los innumerables ya existentes.

»Llegó un momento en que el nombre que cada ciudadano había dado se defendió con gran ardor. La polémica creó algunos desórdenes, pero la agitación no pasó de simples palabras, hasta que la controversia quedó en un intercambio de opiniones sin demasiado fundamento ni valor. Al final todos se cansaron de polemizar y lo dejaron, dando la disputa por concluida.

»De todas formas, si ahora preguntara lo mismo a otro, le diría que yo soy Amal, el mentiroso, y que todo lo que acabo de contar no son más que una sarta de mentiras inventadas por mí. Por supuesto, no se marcharía sin decirle el nombre de la ciudad, que él considera el verdadero. Aunque creo que antes le marearía con otras historias interminables como acabo de hacer yo.

## 7

Máñez no quiso desesperarse, pero tampoco se atrevió a interrumpir al anciano. Sabía de sobra todo lo referente a la paradoja del mentiroso y no estaba dispuesto, ni se encontraba con ánimo, para analizar el juego de la supuesta verdad o la supuesta mentira.

Estaba claro que Amal nunca le iba a decir el nombre de la ciudad, o algún nombre de la ciudad: él mismo tendría que inventarse el suyo particular.

—La ciudad jamás ha mantenido enfrentamientos contra reinos extranjeros —prosiguió el anciano concentrado en su explicación—. Y tampoco guerras civiles para enmendar las rencillas entre sus propios habitantes.

»La explicación de esta paz tan seguida es fácil de comprender. La ciudad está claramente señalada en las rutas de los mercaderes, pero se encuentra tan perdida en medio del desierto y, a tantas jornadas de cualquier otro lugar, que ningún ejército ha encontrado beneficios suficientes como para intentar acercarse hasta aquí. A nadie le ha interesado poseerla, porque ningún brazo, por muy fuerte que sea, puede creer en la ficción de abarcar tantas leguas de nada. Tanto el inmenso desierto, como las lejanas y escarpadas cordilleras del norte, que impiden que llegue la humedad del océano, nos separa del resto del mundo. Esta ciudad es el único puesto con vida que hay en la parte del continente en que nos encontramos. Ya habrá visto las ruinas medio enterradas; ofrecen la visión de un antiguo esplendor desaparecido. Aunque realmente ha sido una cadena de esplendores y de decadencias que se han ido sucediendo a lo largo de muchos siglos...

—Sin embargo, aunque sabéis que nadie os va a atacar, seguís manteniendo las murallas y las puertas bien cerradas por la noche —opinó Máñez, algo cansado de escuchar.

—Teniendo en cuenta lo que le ha sucedido con su barco, usted conoce mejor que nadie la clase de peligros que esconde este desierto.

—Pero los muros que tiene la ciudad no se ven muy sólidos —objetó Máñez.

—No solo la fuerza ahuyenta al enemigo.

El marino fue a decir algo, para expresar lo harto que estaba de acertijos y contrasentidos, pero el viejo le hizo callar levantando la mano derecha. Se produjo un mutismo y el anciano se quedó mirando al suelo.

Máñez aún seguía sin saber en qué parte del universo se encontraba, ni de qué manera se pudo perder en esa tierra tan sorprendente. Incluso después de haber llenado el estómago para no sentir la desesperación dominadora de las necesidades primarias, seguía sin poder explicarse nada; y todo aquello no dejaba de causarle unas hondas sensaciones que le sumían en la más absoluta perplejidad. Empezaba a dudar de su propia lucidez, o de la propia realidad. Por eso decidió que mejor sería no seguir especulando sobre el tema, además de que sabía que las respuestas de Amal nunca le iban a esclarecer nada.

—Y a propósito de tanta explicación —dijo Amal—, aún no me ha dicho su nombre.

—Se lo explicaré —empezó Máñez—. Yo en realidad no tengo nombre concreto, sino que cada persona me llama con el que ella cree conveniente.

—Ya entiendo, no hace falta que siga... Creo que sería mejor que hablásemos de cualquier otro asunto.

—Sí, este juego absurdo de las indefiniciones ya me empieza a cansar. Todo el mundo que conozco me llama por mi apellido, que es Máñez.

—Duda de cuál de nosotros dos es el que está loco, y está claro que quiere saber si este mundo es el mismo del que viene —dijo el viejo mirándole afectuosamente—. Ni usted ni yo estamos muertos como puede comprobar. Aunque la verdad, yo no soy quién para poder asegurarlo.

—Por favor, no, más ambigüedades otra vez no... Está claro que igual daría que mi cara

expresara una gran sorpresa, como el simple reflejo de una mente vacía. Al parecer, he viajado a un país de ilusión y usted me empieza a parecer el demonio en persona.

Amal se rio.

—No, ni esto es el infierno ni yo tengo nada que ver con el diablo, sino todo lo contrario, y además, se lo voy a demostrar.

—La sabiduría de sus palabras están expresadas con tanta falta de significado, encierran tanta duda, tanta incertidumbre e intranquilizan de tal modo, que la verdad estoy a punto de pedirle que desaparezca de mi vista y me deje de incordiar con sus sandeces.

—Le entiendo perfectamente. Pero para que vea que no soy un enajenado, le ofrezco que venga a pasar la noche a mi casa. Yo no tengo nada que perder. No tengo nada que me puedan robar y veo que usted esta noche necesita un techo bajo el que cobijarse. En el desierto por la noche hace mucho frío. Así podremos continuar la conversación de una manera más cómoda y relajada.

Los borrachos que alborotaban se habían ido levantando y saliendo paulatinamente, medio adormilados por el cansancio y la bebida, y la fonda en esos momentos estaba casi vacía.

A pesar del principio de irritación que le había dominado, Máñez no encontró ningún inconveniente por el que pudiera rechazar la invitación. Amal le ofrecía el refugio que necesitaba. Miró los restos de la comida y comenzó a palparse para encontrar algo de valor que pudiera llevar encima. Amal se rio condescendiente.

—No se preocupe por pagar su cena. Desde un principio el tabernero sabía que no llevaba ni una moneda y le dije que yo me encargaría de todo. Olvide eso y sígame.

## 8

En la calle, caminando junto al viejo, que le iba refiriendo anécdotas sobre algunas de las casas por las que pasaban, Máñez trataba de liberarse con la uña de un inoportuno trozo de carne que se le había quedado enganchado entre los dientes.

Amal le contó cómo en la casa que acababan de dejar atrás el hombre había estado ausente durante un largo tiempo.

—Cuando la mujer se enteró de que su marido volvía se puso a temblar de miedo por si descubría que había tenido tratos amorosos con todos los varones del vecindario.

»El día que llegó el marido, lo recibió llorando y reprochándole con gran exhibición de dolor su tan dilatada ausencia. Ante ese tormento, el marido reaccionó abrazándola y acariciándola con sumo cariño. Pero al ver que su adorada esposa no quedaba satisfecha, se extrañó y, secándole las lágrimas, la trató de consolar preguntándole: “Pero amor mío, ¿tan mal te tratan los vecinos que te visitan por la noche?”

Máñez, sonriendo, al tiempo que escupía el trocito de carne, que por fin había conseguido desencajar de las muelas, dijo:

—Desde un principio pensé que me iba a decir que el marido le había pintado un cordero a la mujer en el vientre...

—¿Un cordero? ¿Y por qué le tenía que pintar un cordero?

—No sé. Me pareció. Conozco una anécdota parecida, en la que el marido le pinta un cordero en el vientre antes de irse, y que con el tiempo se va borrando de tanto roce con las barrigas de los otros hombres...

—Y, ¿cómo acaba?

—No sé, ya no me acuerdo.

Comentando este y otros sabrosos lances, mientras caminaban bajo la clara luz de la luna,

llegaron a la casa de Amal.

## 9

Al ruido de los aldabonazos acudió a abrir una mujer.

Entraron en una sala iluminada por la luz ambarina de unas lamparillas de aceite.

Máñez se quedó sorprendido ante la belleza de las dos mujeres que estaban de pie frente a él.

Amal señaló a la mujer de más edad para presentársela como su esposa y la joven como su hija.

Máñez procuró reflejar en su semblante la más absoluta discreción y las saludó con una ligera inclinación de cabeza. La hija se mantuvo a distancia sin decir nada.

La madre, de una edad notoriamente inferior a la del viejo, aunque ya entrada en la madurez, mantenía la belleza especial de esa época de la vida. La frescura de sus ojos irradiaba una aureola de tranquilidad espiritual que, al contemplarla, Máñez notó cómo se esfumaba de su alma todo rastro de preocupación y se relajaban las tiranteces acumuladas durante la larga jornada.

Al volverse hacia la hija sintió como si se sumergiera en aguas cristalinas, cálidas y fragantes.

Lo que más le sorprendió fueron las lacónica palabras que pronunció Amal mientras salía de la habitación y que Máñez no consiguió entender del todo:

—Esta es mi casa. Todo lo que hay en ella te pertenece esta noche. Haz como mejor te plazca.

Desapareció tras una cortina de arpillera sujeta al dintel de la puerta y Máñez se quedó sin saber qué hacer, no esperaba que aquel hombre fuera tan breve al poco tiempo de entrar en casa. Él no dejaba de ser un simple desconocido con una apariencia deleznable.

Encogiéndose de hombros miró a las mujeres, les sonrió y les preguntó dónde se podía lavar para quitarse el sudor, la arena y el polvo que llevaba pegado por todo el cuerpo.

La madre le sonrió, le cogió de la mano y lo condujo a otro cuarto donde había una tina del tamaño de un tonel grande.

Máñez esperó, observando cómo, entre las dos mujeres, llenaban el depósito con cubos de agua caliente, cuyo vapor se elevaba creando una niebla tibia que abría placenteramente los poros de la piel.

—Así, sí que vale la pena perderse por el mundo —dijo en voz alta, sin importarle si le entendían o no.

Cuando las mujeres terminaron con su trabajo, se retiraron y lo dejaron solo.

—En esta casa la concisión es la norma. Me gusta.

Se deshizo de sus harapos, se introdujo en la bañera y lentamente se fue sumergiendo en la tibieza del agua, sintiendo en la piel un gozo indescriptible.

Flotó olvidándose del cansancio y el agua se encargó de ir disolviendo, junto con toda la angustia del día, la costra de sudor y tierra que le cuarteaba la piel.

## 10

Unas pisadas casi inaudibles le hicieron salir de la nube de algodones en la que flotaba y vio cómo la esposa del viejo se introducía desnuda en la bañera. Sorprendido y confuso, durante un instante no supo de qué manera debía reaccionar.

Si ya en ese momento disfrutaba del mayor de los anhelos que todo peregrino puede desear después de una larga andadura, lo que le estaba sucediendo a continuación le demostró que la vida igual puede dar sorpresas terribles, como sorprenderte con otras bien diferentes y placenteras.

—Bueno, no sé si debo —dijo Máñez en tono mordaz—. No quiero que mañana te quejes a tu marido porque no he sabido otorgarte la atención debida como agradecimiento a vuestros favores. Voy a procurar ser un buen huésped y cumplir lo mejor posible con las normas de la casa.

A ella le dio igual entender sus palabras y empezó a frotarle el cuerpo con una esponja. Máñez cerró los ojos y se dejó hacer. Hasta que no pasara el suficiente tiempo para considerarse limpio y relajado, no iba a salir de la bañera por nada del mundo. A partir de ahí sintió que todo transcurría tan indefinidamente como en un sueño.

Cuando más tarde se sintió completamente limpio, salieron del tonel, se secaron, se abrazaron, se concentraron en una intensa lucha amorosa y, después de terminar completamente agotados, se durmieron profundamente.

## 11

Máñez se despertó alterado de un sueño profundo y vio el cuerpo femenino durmiendo apaciblemente a su lado. La mujer dormía relajada y no se daba cuenta de que la claridad del día empezaba a entrar en la estancia. El entramado de finas tiras de madera que formaban la celosía de un ventanuco tamizaban la claridad. Se quedó mirando cómo los recuadros de luz iluminaban el bello rostro de la mujer, los brazos, las piernas y los senos que se ondulaban hundiéndose en depresiones suaves y que creaban un paisaje aún más excepcional que el del desierto del que había conseguido sobrevivir. Aunque aquellas sinuosidades recordaran las alabeadas dunas amarillas, el contraste de vida que originaba su respiración sosegada ahuyentaba de la imaginación cualquier hado maligno.

Máñez inspiró hondamente complacido y recostó la nuca sobre las palmas cruzadas de la mano. En ese momento se acordó de Amal, el viejo. Durante un instante se azaró, pero rápidamente recordó lo que le había dicho la noche anterior sobre disfrutar de su casa como si fuera la suya propia. «¡Maldito bastardo!», pensó, «nunca encontraré un anfitrión más maravilloso que tú». Y se volvió a dormir.

## 12

Al abrir de nuevo los ojos, la mujer no estaba allí. Se incorporó y, bostezando, se desperezó para estirar los músculos con auténtico placer.

Atraído por la pura luminosidad del día se acercó al ventanuco, pero no pudo ver nada, porque el resplandor era demasiado fuerte para sus ojos recién abiertos.

La cortina de la puerta de la habitación, movida por una ligera corriente de aire, rozó el suelo a sus espaldas. Se volvió y caminó hacia allí. Apartó la tela y vio que a la derecha de la puerta había una escalera. La claridad ennegrecedora del sol se colaba por el hueco que descendía desde la azotea de la casa. Pensó que sería una buena idea subir para descubrir qué se podía observar desde esa altura.

Las cuadrículas amarillo rojizas de las terrazas, enmarcadas por la encrucijada irregular de callejas estrechas y retorcidas, se extendían por todo su alrededor. Más allá de ese laberinto se podían ver las antiguas ruinas de piedra atrapadas en su agónico y lento naufragio y, a continuación, venía el vasto océano de dunas que se perdía en la fluctuante línea del horizonte. La silueta fantasmal, gris azulada, que se elevaba lejos hacia el norte, era la cordillera que Amal había mencionado la noche pasada.

Examinando ese infinito se preguntó la manera de salir de allí. Le costaba creer que aquello no tuviera fin y que al mismo tiempo le causara claustrofobia. Los sucesos del día anterior le comenzaron a resonar en la mente igual que si fueran truenos de tormenta, perdiéndose tras aquella árida perspectiva: el sol inamovible, las cuadernas del galeón crujiendo mientras se hundía, él mismo corriendo y saltando ciegamente hacia la arena...

Pero de repente le vino a la mente la noche pasada y pensó si esa serie de acontecimientos era lo que cualquier viajero, cazador de mundos, busca encontrar.

Notó humedad en el ambiente, y descubrió que desde el jardín que cubría la parte trasera de la casa, subía la humedad de las plantas y el perfume de las flores mezclándose en el aire fresco de la mañana. El patio estaba aislado de la calle por unas altas tapias de adobe. Absorto, se quedó contemplando la idílica mañana en el oasis más perdido, pero a la vez más extraordinario de lo que hubiera podido imaginar antes.

## 13

Atrapado por la belleza del paisaje, no se percató de que tras él había aparecido Amal. Al volverse, el viejo le sonrió y le dijo:

—Posiblemente encuentres lo que buscas en la biblioteca.

—Yo realmente no busco nada en concreto. Es mejor dejarse llevar por las maravillas de lo inesperado. A no ser que se refiera a mapas o libros que me expliquen dónde estoy.

—Estás perdido en un mundo desconocido para ti. Si quieres seguir tu viaje, en la biblioteca puedes encontrar a alguien que te señale una ruta.

Máñez se mantuvo en silencio, caviloso.

—Pero de momento podemos dejar eso —añadió Amal cambiando de tema—. He subido para decirte que las mujeres te han preparado algo de comida.

—¿Comida? Estupendo, tengo bastante hambre. Pero antes me tendré que vestir del todo.

Bajaron al cuarto donde había pasado la noche, pero Máñez no vio su ropa por ninguna parte.

—Sí, tu ropa no está. Estaba muy estropeada y te he traído esta nueva.

Al ponerse las prendas se dio cuenta de que la tela era muy suave y ligera. Luego fueron a la cocina y se sentaron a una tosca mesa para comer lo que les habían preparado las mujeres.

## 14

—Ya nos podemos ir —dijo Amal cuando terminaron de comer.

Se levantaron y se dirigieron al exterior.

Las calles estrechas y retorcidas no tenían el aspecto de túneles sellados, que causaban las tinieblas de la noche. Ahora la luz del día permitía ver claramente los detalles y mostraba la sencillez de las fachadas lisas y uniformes. La dirección errática de esos pasillos por donde caminaban, parecía no dirigirles a ninguna parte. Más adelante cruzaron varias plazoletas cubiertas por unas lonas agujereadas que resguardaban de los rayos directos del sol, y que al mismo tiempo dejaban circular la brisa ligera que se movía a través de los orificios.

Entraron en una plaza algo más grande donde había tal diversidad de productos, que Máñez se dio cuenta de que podría pasar todo el día recorriendo el mercado sin terminar de verlas por completo. Los vendedores habían instalado sus tenderetes de buena mañana, y ofrecían los productos más diversos que imaginar se pudiera. Mecanismos metálicos de extraña hechura se

vendían junto con organismos vivos de lo más raro y exótico, especies que no se sabía distinguir muy a las claras si eran plantas o animales, y que a Máñez le resultaron imposibles de identificar.

A Amal no se le oía articular palabra. Pasaba de largo sin fijarse en nada, porque su destino era otro y no tenía intención de comprar ningún objeto de los que se ofrecían.

Máñez, trastabillando, se limitó a seguir sus pasos mientras trataba de no distraerse demasiado, para no quedar rezagado y acabar perdido entre aquel caos de prodigios.

Después de dar multitud de vueltas y torcer incontables recodos, llegaron a una casa de aspecto todavía más ruinoso que las otras de su alrededor. Amal empujó la puerta y entró sin preocuparse de si Máñez aún le seguía o no.

Dentro, agarró un candil que colgaba de un gancho clavado en la pared y descendió seguido del marino por unas escaleras oscuras hacia los sótanos del edificio.

Llegaron a una estancia amplia y a la trémula luz de la lámpara, Máñez pudo ver las paredes de la sala cubiertas de anaqueles repletos de libros, desde el suelo hasta el techo. El viejo, que continuaba haciendo caso omiso de todo lo que les rodeaba, continuó hasta llegar a la parte opuesta de la sala, donde había otra escalera que bajaba a un sótano más profundo y comenzó a descender.

Máñez trató de no distraerse, pero los lomos de los libros atrajeron su atención e intentó leer alguna de sus inscripciones. Tuvo que apresurar el paso para no perder de vista a Amal, porque vio que la luz de la lámpara se iba hundiendo en las profundidades sin aguardarle.

Fueron bajando y torciendo, unas veces a la derecha y otras hacia la izquierda, hasta que Máñez perdió totalmente la orientación.

Súbitamente el anciano se paró y se volvió hacia él. Le hizo un gesto para que esperara, se aproximó a un hombre que estaba sentado ante un voluminoso libro de hojas excepcionalmente grandes y le tocó el hombro con suavidad mientras le susurraba unas palabras al oído.

## 15

El hombre, al notar la mano, se volvió algo molesto para ver quién era el que lo distraía de su lectura.

—Ah, eres tú, Amal. Me alegro de verte. ¿Qué te trae por aquí?

—Hola Nar. Te traigo a este amigo que anda perdido por nuestra ciudad y quiere volver al mundo al que pertenece.

El hombre tenía un aspecto de ser mucho más viejo que Amal. La luz de la lámpara iluminó las páginas del libro que tenía ante él, pero Máñez no pudo entender nada. Estaba escrito con unos caracteres completamente desconocidos. Mostrando unos ojos cansados y casi sin expresión, Nar echó un vistazo a Máñez por encima de las antiparras. Luego se acarició la lacia barba pensativamente y dijo:

—Uhm... Acérquese, joven, acérquese un poco más.

Máñez dio un paso adelante y Amal se apartó hacia un lado.

—En esta biblioteca puede que haya muchos libros, pero la verdad, aquí no vas a encontrar la solución de lo que buscas. En este nivel en que nos encontramos, se guardan los libros cartográficos, pero están mezclados con otros sobre los que nadie puede asegurar que describan mundos verdaderos. Incluso muchos de ellos son simplemente volúmenes de esoterismo, que no hablan de otra cosa que de quimeras escritas por mentes enajenadas sobre tierras de imposible existencia.

Nar se quedó en silencio, meditando un instante.

—Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que salí de entre estas paredes —dijo señalando entorno suyo—, por eso, te recomiendo que salgas cuanto antes. Estos libros te engañarán y te darán pistas falsas para que busques la ayuda en otros libros, y así hasta que te pase como a mí, que me he quedado encerrado en un laberinto sin posibilidad de salida. De un libro irás a otro, y así indefinidamente hasta perderte sin remedio. Por eso, hazme caso y vete. Sal de aquí cuanto antes. Busca en las tabernas, habla con otros viajeros que se hallen perdidos como tú y, tal vez, encuentres algunos que conozcan cómo atravesar las rasgaduras del aire. Fuera al menos sobrevivirás. Aquí dentro no, tú no; aquí te condenarás como me ha pasado a mí. Si te preguntas por qué he permanecido tanto tiempo en este lugar, la respuesta es porque mi búsqueda es totalmente diferente a la tuya. Yo lo acepto porque lo elegí. Sin embargo, tú tienes la apariencia y, seguramente la suerte, de ser un hombre que busca la acción, y no de preguntarse inútilmente por el sentido de las cosas imposibles, sino de buscarlas y atraparlas sin más.

Miró fijamente el rostro impávido de Máñez, y no dio más explicaciones. Luego se dio la vuelta y volvió a sumergir la vista en la lectura del gran libro.

Durante un rato, Máñez permaneció sin moverse, mirando la espalda encorvada del hombre sabio. No supo claramente si lo contemplaba por respeto o por pura compasión. Fossilizado sobre su asiento apenas podía distinguirse dónde comenzaba la silla y dónde las ropas. Máñez no había tenido la oportunidad de contestar nada, pero después de aquel monólogo abrumador resultaban innecesarias más palabras, y comprendió que aquel hombre tenía razón. Era preferible morir en el exterior, que convertirse en un bulto frente a una pared ciega.

## 16

Empezaba a sentirse una rata atrapada dentro de ese recinto totalmente cerrado, cuyo olor a cuero viejo y a papel apolillado impedía respirar con desahogo. A cada pestañeo, más le aterrorizaba la inquietud de que el techo de la cueva se le desplomara encima y lo sepultara vivo para siempre. Vivo. Permanecer vivo, inmóvil, sería la condena más cruel. Sin duda Máñez preferiría que el derrumbe lo matara.

—Sí, mejor será salir de aquí cuanto antes —se dijo para sí mismo.

Al volverse no encontró a Amal.

Temió no poder encontrar la salida por sí solo, hasta que, al fondo del recinto, destacándose en la penumbra macilenta, una rendija vertical de luz atrajo su atención.

Se dirigió hacia allí y vio que se trataba de una puerta entreabierta. La abrió, la traspuso y entró en otra sala que estaba completamente vacía. La luz parecía provenir de ninguna parte, porque se fijó en que las paredes y el techo estaban simplemente cubiertas de una capa de cal cuarteada y desconchada. Frente a él vio otra puerta.

Atravesó la habitación para llegar hasta ella, pero antes de poderla abrir se volvió sobresaltado. La puerta de la biblioteca en la que se hallaba Nar había sido cerrada desde el interior con un rotundo golpe de cerrojo.

Por un momento se alarmó al pensar que tal vez era una trampa para encerrarlo en aquella sala vacía. Movié el picaporte de la puerta a la que se había acercado y consiguió abrirla sin dificultad.

Sus temores se esfumaron al ver que esa puerta daba directamente al exterior. La repentina luz del sol le obligó a cerrar los ojos y a protegerlos con el antebrazo.

Le pareció que había bajado al fondo de la tierra y, sin embargo, ahora se encontraba en la calle sin haber subido ni un solo escalón.

Mientras recuperaba la visión normal, se alejó de allí sin tomar ningún rumbo determinado, porque no sabía en qué parte de la ciudad se encontraba.

Debía de ser ya mediodía, porque el sol lo iluminaba todo, sin permitir un pedazo de sombra en la que poderse resguardar. El resplandor se reflejaba en la paredes amarillas y en el polvo de la calle. Tanta intensidad de luz le recordó el contraste de la cara pálida y mortecina de Nar, sentenciado paradójicamente a la oscuridad de la sabiduría.

Necesitaba beber una jarra de vino fresco para mitigar la sed y darse ánimos. Se le había quedado pegado en el paladar un áspero regusto a cuero mal curtido. Seguramente le iba a costar tanto como le costó la noche anterior encontrar una taberna, pero se resignó y siguió adelante, porque de nuevo todo volvía a ser cuestión de caminar y buscar.

Cuando dobló una esquina, se sorprendió al toparse de frente con los muelles de un puerto repleto de barcos cuyos mástiles y jarcias se elevaban rectos hacia el cielo, y fue recibido por la repentina algarabía que creaban los graznidos de las gaviotas revoloteando en el aire. Ruidos metálicos de martilleo se mezclaban con el griterío y el bullicio de las gentes que se afanaban en sus trabajos. Un grupo de niños, que jugaban a atraparse entre ellos, pasó corriendo y riendo por delante de él.

FIN

*Escribir es como mostrar una huella digital del alma.*

Mario Bellatín

# EL REFUGIO DE LA MONTAÑA

## *LA MARCHA*

Ese día había caminado sin prisas, porque no se había propuesto ninguna meta, solo el placer de pisar la piedra viva. El sol, el único compañero que Mario había tenido durante el camino, en esos momentos le empezaba a abandonar. Después de una intensa expedición a través de lo más escarpado de la montaña, la claridad diurna se fue hundiendo por detrás de las cumbres y la tarde avanzó paulatinamente hacia su final.

Mario se empezó a dar cuenta de que andaba totalmente perdido en un paisaje por el que no recordaba haber pasado con anterioridad. Buenas noticias para él. Eso era lo que en definitiva buscaba. Nuevos territorios que explorar.

El horizonte, cada vez más oscuro, le hizo pensar en que debía buscarse cuanto antes un refugio para no tener que soportar la noche al raso. Una cueva o un simple entrante en las rocas le valdría de igual modo. La incertidumbre de esos desafíos era lo que le apasionaba cuando salía a la aventura. Era un apasionado de las excursiones en solitario. Caminar y más caminar era su verdadero objetivo. Escalar riscos y ascender siempre hacia lo más alto, hasta que se lo impidiera el agotamiento, o el límite de los picos más elevados.

Aunque ese día había hecho las convenientes paradas en los momentos en que se sintió fatigado, para beber y comer algo, y así recuperar fuerzas; ahora ya se encontraba demasiado cansado por la larga marcha. Las correas de la mochila, por muy bien acolchadas que estuvieran, cada vez le resultaban más incómodas de aguantar sobre los hombros.

A pesar de moverse sin rumbo, tuvo la suerte de encontrar una trocha que, debido a lo frondoso de los matorrales y de los arbustos, solo se podía llegar por casualidad. El angosto sendero, casi cubierto por los hierbajos que crecían a lo largo de sus lindes, daba a entender que poca gente se aventuraba por allí. Pero ya que no tenía ninguna otra referencia con la que poder orientarse, decidió seguir esa senda de cabras hasta ver adónde lo conducía.

Después de casi media hora de camino, al doblar uno de tantos recodos, descubrió, perdida entre el ramaje del bosque, la silueta de una casa que se adivinaba todavía bastante lejana. Aún tenía que continuar subiendo un buen trozo del empinado sendero hasta pisar el llano donde se encontraba. Lo primero que sobresalía era el tejado de pizarra, que formaba un ángulo de dos vertientes pronunciadas, asentado a ambos lados de la casa sobre unos muros de roca sólida. Aunque la casa parecía encontrarse aislada del resto del mundo, no se veía que estuviera en ruinas como pudo observar conforme se fue aproximando.

En el último tramo del camino sintió que inadvertidamente las fuerzas le abandonaban y resbaló al pisar unos pedruscos sueltos. Un arbusto espinoso, que crecía junto al sendero, le arañó el

envés de la mano derecha cuando trató de sujetarse. Le salió un poco de sangre, pero sin más consecuencia. Tan solo era un rasguño superficial en la piel. Miró la herida y vio que no era nada grave. Se chupó el corte y la sangre paró de salir. Luego, al reanudar la marcha, vio que la casa ya estaba cerca y se animó.

Había tenido una gran suerte por haber hallado ese refugio salvador. Además de que el sol ya se había ocultado por completo, unos nubarrones oscuros comenzaron a cernirse sobre las cimas de las montañas, las cuales empezaron a desaparecer engullidas entre relámpagos y truenos.

Los pinos, que poblaban densamente las laderas, comenzaron a retorcerse y a ulular impelidos por el viento. Aquello presagiaba una tormenta de las de verdad, pensó.

Al salir al claro donde estaba la casa, le pareció oír voces dentro. Posiblemente serían excursionistas como él. Le alegró encontrar compañía después de haberse hecho a la idea de pasar la noche solo y a la intemperie.

Era cierto que le gustaba perderse durante días sin ver a nadie, pero también le gustaba charlar con gente nueva cuando la ocasión se lo ofrecía.

Justo en el momento en que Mario abrió la puerta, su silueta se recortó majestuosa en el marco, al contraluz de los destellos cegadores de un relámpago, que fue acompañado por el estrepitoso desgarró de un trueno. El estampido rugió tan fuerte entre los barrancos y las cañadas, que pareció que las montañas se empezaban a desplomar. La tormenta se había levantado con tanta rapidez, que no había dado tiempo a que encendieran ninguna luz en el interior de la casa. Casi sin poder ver dónde pisaba, Mario entró dejando afuera el torbellino de la borrasca. Los de dentro se volvieron para mirarle y, tras la sorpresa de la cegadora intrusión, las miradas se buscaron en la penumbra.

## ***DENTRO***

Alguien se levantó y le tendió la mano para saludarlo, hablándole en un idioma que Mario no pudo entender. Luego el hombre cerró la puerta y cruzó una tranca para asegurarla contra el viento y la lluvia que ya empezaba a caer.

—Sí, yo también me alegro de saludarte. Y con este tiempo, además de verdad —dijo Mario devolviendo el gesto de bienvenida, que extendió a las otras sombras enseñando la palma de la mano—. Hola a todos.

Se descolgó la mochila y la dejó a un lado sobre el suelo. Contó que había tres personas en total. El tipo joven que le había dado la bienvenida y dos mujeres, también jóvenes, que se lo quedaron mirando sin mostrar ademán de ningún tipo.

Una de ellas se levantó del suelo en donde estaba sentada y, metódicamente, se dedicó a encender unas lamparillas de aceite que había sobre unas repisas. Una tras otra fueron adquiriendo brillo y, así, con la luz, Mario pudo ver que efectivamente esa gente eran unos montañeros que, como a él, les gustaba organizar expediciones para disfrutar plenamente de la naturaleza.

Ambas mujeres tenían el pelo largo. Pero mientras que una lo tenía recogido en una larga cola de caballo, la otra lo llevaba suelto y abultado. Fue la del pelo recogido la que se acercó a la chimenea para prender fuego a unos leños, al tiempo que la otra acababa de encender la última lamparilla.

Fue precisamente la primera impresión que le causó las siluetas en la penumbra, antes de que pudiera distinguir sus rasgos faciales con claridad, lo que le sirvió a Mario para definir las a partir

de entonces. Una solución tan sencilla como: «la que tenía el pelo recogido» y «la que tenía el pelo suelto».

Vio por el suelo linternas de pilas, pero pensó que seguramente las querrían conservar para una necesidad mayor.

La descarga de otro trueno hizo temblar los vidrios de la única ventana que tenía la casa. De tan mal sujetos que estaban los cristales al carcomido marco de madera, pareció que estos fueran a quebrarse en mil pedazos. De repente una lluvia atronadora empezó a precipitarse sobre la casa.

La chica del pelo recogido se puso a temblar de miedo. A Mario le extrañó que nadie comentara nada, y que ni siquiera se dirigieran la palabra entre ellos. Desde su llegada tan solo había oído murmullos esporádicos en la lengua desconocida, que nunca llegaban a formar una conversación de verdad, como si temieran que Mario los pudiera entender.

Después del desgaste que le había causado la caminata de la ascensión, se dio cuenta de que lo que más necesitaba en esos momentos era echar algo al estómago. Descubrió una rústica banqueta que nadie ocupaba y se sentó en ella. Sacó un bote de la mochila, tiró de la anilla para destaparlo y se puso a comer sin que le importara la escasa locuacidad de los otros. Tenía hambre, y ni se preocupó de acercar el bote al fuego de la chimenea para calentarlo. Daba igual, así estaba también bueno. Mientras masticaba se fijó en la distribución de la casa. La luz de las lamparillas, junto con las llamas del fuego de la chimenea, proporcionaban una luminiscencia ambarina que oscilaba acentuando los contornos.

Conforme se entraba desde el exterior, en la pared de la derecha se encontraba la chimenea, y a la izquierda el ventanuco de los cristales sueltos. En el fondo había unos peldaños hechos de troncos cortados longitudinalmente por la mitad, con la parte lisa colocada mirando hacia arriba y empotrados entre las piedras que formaban el muro. La escalera subía desde el ángulo inferior derecho y llegaba a un hueco que se abría en el rincón izquierdo del techo, donde parecía haber una buhardilla.

Después de que Mario terminara de rebañar el bote con la cuchara, lo dejó en el suelo. Bebió un trago de la cantimplora, se levantó y se dirigió hacia la ventana. Era una abertura pequeña, a la altura de su cara, con dos maderas cruzadas para sujetar a duras penas los sucios cristales. Trató de atisbar algo allí afuera, pero no pudo ver nada, solo había oscuridad y el agua chocando contra los cristales.

El joven que le había estrechado la mano a Mario cuando entró se le acercó por la espalda y le susurró unas palabras que no entendió, pero que le sonaron como un aviso de peligro. Aquel individuo era más alto que él y de complexión fuerte. Tenía el cabello largo, rubio y lacio, y su edad aparentaba estar por la mitad de la veintena.

A Mario no se le ocurrió nada que contestarle, pero las palabras susurradas le habían infundido una sensación de incertidumbre que le empezó a preocupar. Eso le hizo fijarse aún más en el profundo y prolongado silencio en el que continuaban sumidos los ocupantes de la estancia. El mutismo le impedía también a él pronunciar ninguna palabra. El joven y la chica del pelo suelto se mostraban completamente desinteresados por lo que sucedía en el exterior, aunque en esos instantes se oía chocar sobre el tejado el bramido de los océanos desprendiéndose del cielo. Los miró con discreción y notó en sus rostros, en sus miradas..., algo que no supo explicarse. Allí se escondía algo que no le gustaba nada. Contrariamente a esos dos, la chica del pelo recogido seguía temblando de miedo hecha un ovillo en la penumbra del rincón donde buscaba refugio.

Para añadir más dramatismo a la situación, de vez en cuando entraban por la oquedad de la ventana los destellos de los relámpagos en ráfagas breves y deslumbrantes, que iluminaban las

caras de una forma espectral, y que rápidamente volvían al matiz tenue, resinoso, de las lamparillas y del fuego de la chimenea.

Ese ambiente misterioso empezaba a alterar los nervios de Mario y prefirió tranquilizarse pensando que su desazón no era más que el resultado de su fantasía, producido por el cansancio. Si a esa noche tan tétrica, le sumaba el agotamiento que llevaba encima, tales consideraciones no debían ser tomadas demasiado en serio. Era la iluminación, en la que ninguna sombra se mantenía quieta, lo que afectaba la percepción del entorno llenándolo de incertidumbres siniestras.

Aun así no podía aguantar más ese mutismo absurdo. Necesitaba articular algunas palabras para desahogarse aunque nadie lo entendiera. Al abrir la boca para romper el silencio sonó otro trueno descomunal. Se resignó y se dijo para sí mismo: «vale, de acuerdo, la naturaleza tampoco quiere que diga nada».

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su camisa y se encendió un cigarrillo. Procuró que el pitillo le durara lo máximo posible para mantenerse ocupado en algo que le impidiera ponerse a dar gritos. En una de las caladas se atragantó con el humo y empezó a toser involuntariamente expulsando el humo que, ocultándole en una espesa nube, le privó durante unos segundos de toda visión.

Aunque llevaba el paquete de tabaco encima para fumarse un cigarrillo en los momentos en que hacía una parada, ahora había tragado el humo tan profundamente y con tanto nerviosismo, que la nicotina le empezaba a marear. Entre el nerviosismo y el mareo, le entró ganas de coger la cajetilla de tabaco y tirarla al fuego para mirar cómo las llamas la consumían de una vez.

Mientras duró la breve neblina, oyó unas risas entrecortadas. Al desaparecer la molestia del humo, vio que los que celebraban su espontánea felicidad eran la chica del pelo suelto, que se había recostado sobre su saco de dormir junto al fuego, y el otro tipo que se había acercado para acompañarla. Mario observó cómo entrelazaban las manos y cómo, acto seguido, ella ladeaba la cabeza en posición receptiva. El muchacho levantó la mano hacia el pelo castaño oscuro de la chica para acariciarlo. Empezaron a besarse, y al poco rato se levantaron y se encaminaron hacia la escalera de troncos. Peldaño a peldaño, sus piernas fueron desapareciendo en la abertura del techo.

Quedaron solos él y la chica del pelo recogido. Era sorprendente el tremendo miedo que tenía a los truenos. Permanecía en una esquina, sentada con las piernas encogidas y abrazada sobre sí misma. Aunque ahora solo estaban ellos dos, la situación no había cambiado sustancialmente en nada, puesto que el silencio continuó de la misma manera. A Mario le pareció todo tan ridículo, que empezó a apostar consigo mismo para ver quién sería el primero en decidirse a pronunciar algo. Mientras tanto, al rumor de la lluvia seguían sobreponiéndose los truenos que retumbaban con estallidos secos, seguidos de los destellos de los relámpagos que entraban por el ventanuco.

Durante el rato que permanecieron absortos mirando al fuego no ocurrió nada, solo la hipnótica danza de las llamas, acompañadas por el crepitar de los leños, a cuyos chasquidos se sumaban los susurros entrecortados de placer que se colaban por los gruesos travesaños del suelo de la buhardilla.

A Mario no le habría importado emparejarse con la muchacha que permanecía callada. La chica era verdaderamente guapa, de hecho, la empezaba a ver bellísima. No era tímido con las mujeres, pero sentía que la situación era extremadamente forzada. Se sentía tan estúpido que no sabía qué paso debía de dar para atraerla, por si se daba el caso de que, al contrario de sus deseos, la espantara todavía más de lo que estaba.

Cerró los ojos con fuerza para decidirse, pero al oír el roce de tela permaneció con los

párpados apretados. Decidió no moverse cuando supo que la chica se había despojado de su vestido.

Al volver a abrir los ojos, la vio subir por las escaleras y cómo las piernas y sus pies delgados y pequeños desaparecían por la oscuridad del techo. Había dejado la ropa tirada por el suelo, para decirle claramente que quería que la siguiera, pero Mario seguía sin ver todo aquello tan claro. Continuaba sintiendo dentro de él una incertidumbre extraña que no sabía cómo explicarla. «Déjalo, ahora no tienes que cuestionarte nada», se reprochó a sí mismo. Pero si se trataba de una orgía, le parecía más cómodo hacerlo ahí abajo, al calor del fuego. «Idiota, deja de pensar...» Decidido se levantó y se empezó a desabotonar la camisa camino de la escalera.

Al apoyar el pie sobre el primer escalón, vio que por el hueco bajaba, retrocediendo, la muchacha del pelo suelto que había subido en compañía del otro. Mientras descendía de espaldas, Mario pudo admirar sus redondas y tersas nalgas.

Pero la visión de ese cuerpo perfecto fue rotundamente malogrado cuando la chica se volvió tratando de mantener un precario equilibrio sobre los escalones. Mario vio los ojos desorbitados de la chica, cuyo rostro mostraba una expresión de profundo terror. Lo miró con desesperación, pidiéndole auxilio, porque la vida se le escapaba con rapidez. Se desangraba a pesar de que apretara fuertemente las manos contra su vientre. Los intestinos palpitaban en el tremendo corte por donde parecían querer escaparse. La sangre manaba abundantemente, chorreándole por el pubis y las pierna hasta manchar los peldaños de madera. Mario se había quedado completamente helado, inmóvil, sin poder reaccionar. No lograba creer lo que tenía ante sus ojos y agitó la cabeza para salir de la incomprensible sorpresa. Antes de que le diera tiempo de reaccionar para sujetar a la chica, a esta le fallaron las piernas y se desplomó escaleras abajo, ya sin conocimiento.

Mario pudo llegar a tiempo para que no se golpeará la cabeza contra el suelo, pero de poco sirvió. La sujetó entre sus brazos y se la quedó mirando con lástima. Los ojos claros, grandes y brillantes le miraban ya sin vida. Sus pechos redondos y turgentes ya no se movían para respirar.

Permaneció allí, quieto, sin saber qué hacer, sujetando la cabeza y mirando hacia el agujero del techo. Tenía que subir.

Dejó a la muchacha con cuidado y se fue a por el cuchillo de monte que llevaba en la mochila. Así podría tener una oportunidad para defenderse.

Se sintió algo más seguro, aunque no más tranquilo, cuando empuñó el machete. El acero brilló a la luz de la chimenea. Era una hoja ancha y bien afilada. Nunca imaginó que se vería obligado a utilizarlo en una circunstancia como esa.

Se acercó de nuevo y se quedó mirando el final de la escalera, pero no se oía nada. La muchacha yacía inerte a sus pies, con los párpados abiertos. Apretó con fuerza la empuñadura para infundirse coraje y comenzó a subir pisando unos escalones que crujían como si se fueran a partir. Tuvo que asegurar con extremo cuidado las suelas de las botas sobre los maderos, por lo resbaladizo que estaban a causa de la cantidad de sangre derramada. Sin perder de vista el recuadro del techo, ascendió lentamente, afinando el oído en prevención de un ataque por sorpresa.

Cuando estuvo a la altura de la cavidad, introdujo la cabeza con sumo cuidado. Empezó a sudar por el miedo de que alguien le asiera del cuello y le rajara la garganta. Por suerte para él, nadie le atacó. Entonces pudo ver el interior de la buhardilla y todo lo que allí había sucedido.

***ARRIBA***

El cuerpo del muchacho estaba tirado en el suelo, cubierto completamente de sangre. Reposaba sobre la espalda y tenía los miembros separados en forma de estrella de mar. Sus entrañas habían sido sacadas salvajemente del vientre y esparcidas por todas partes. Todo era una mezcla repulsiva de órganos y de carne abierta sobre un charco espeso. Por las paredes se deslizaban los chorretones mezclados con la fibra que había saltado. En el aire se respiraba el denso y salobre olor de la sangre.

Sobre la pared del fondo se encontraba la chica del pelo recogido. Una linterna caída en el suelo le enfocaba la cara desde abajo, creando sombras fantasmagóricas. Estaba sentada a horcajadas, con el cuerpo desnudo y cubierto de sangre. Contemplaba el espectáculo con mirada lasciva y satisfecha. En su mano empuñaba un machete como el de Mario. Fijó su mirada desafiante sobre él y le sonrió mientras se relamía los labios. A continuación, levantó el cuchillo y le apuntó con la hoja chorreante.

Un nudo en la garganta impidió que Mario pudiera tragar saliva. La angustia le oprimió el pecho. Estaba a punto de vomitar. Tenía el cuerpo paralizado solo de pensar en el tipo de monstruo que anidaba bajo esa apariencia de mujer. En ningún momento de su vida se había considerado valiente, por muy emprendedor que le gustaba ser. Y de hecho, esa situación inesperada superaba cualquier tipo de coraje que pudiera esconder.

Ella siguió sin moverse, pero sin apartar la mirada penetrante, increíble en una joven aparentemente débil. Esa locura desencajada, mezcla de hermosura y bestialidad, le añadía incluso más perfección a sus ojos almendrados. Los globos oculares le latían como membranas a punto de reventar. Un trueno sonó con fuerza y, junto con ese crujido que provenía del cielo, de la garganta de la chica salió un alarido que no pareció humano. Regurgitó unos espesos cuajos de sangre mezclados con tiras de carne, y sus labios carnosos, enloquecedoramente sensuales, desaparecieron bajo la masa del tejido desgarrado que le colgaban entre los dientes.

Empezó a incorporarse con lentitud dispuesta para acometer contra la nueva víctima. Mario, temblando como un cordero a punto de ser degollado, se dio ánimos y se preparó para el choque, seguro de su derrota. La chica avanzó con el cuerpo echado hacia adelante en posición de ataque, sujetando el cuchillo en la mano derecha. Las vísceras chapotearon bajo sus pies descalzos. El techo del cobertizo era bajo y, como la estatura de Mario era bastante mayor que la de ella, se dio cuenta de que no podría defenderse adecuadamente.

Cuando había poca distancia entre ellos, la chica saltó como un resorte impelido por una fuerza maléfica. El cuchillo iba dirigido directamente al pecho de Mario, pero este, sacando reflejos de su terror, se apartó y consiguió atezarle la muñeca lo más fuerte que pudo, con el codo y el costado izquierdo. No sabía gran cosa de llaves de lucha, pero consiguió doblarle el brazo y pegárselo a la espalda. La inercia del movimiento los desequilibró y ambos se precipitaron al suelo. El resbalón llevó a Mario a caer hacia atrás, sobre el cuerpo del muchacho muerto, que le amortiguó el golpe. En la caída arrastró consigo a la chica, a la que había conseguido pegar de espaldas contra su pecho. Forcejeando para retenerla, Mario perdió su cuchillo y, mientras trataba de impedir que ella se pudiera soltar, estuvo tentando a ciegas por el suelo hasta que consiguió recuperarlo. Le puso la hoja pegada en la tráquea y le gritó:

—¡Quieta o te corto el cuello!

Ella no hizo caso y se revolvió de una manera salvaje, gritando y pataleando. En el forcejeo crujieron las articulaciones del brazo doblado de la chica, lo que provocó que por fin soltara el cuchillo que todavía empuñaba. Dio un grito terrorífico de dolor, que se clavó en los oídos de

Mario como astillas. Este, creyendo que ya la había neutralizado, aflojó la presa. Pero la chica, al verse libre, se revolvió contra él y con la mano izquierda trató de arrancarle los ojos. Le arañaba la cara por todas las partes, donde conseguía clavarle las uñas. Mario se vio perdido. Era imposible quitársela de encima si no actuaba con decisión y, sin pensarlo, le hundió el machete en el centro del abdomen.

Aunque el cuchillo entró con una facilidad pasmosa, ella se resistía a morir y le siguió arañando la cara cada vez con más fuerza. Mario comenzó a remover la hoja del cuchillo en el interior de la muchacha, hasta que a ella se le fue definitivamente la vida. En ese momento la cabeza de la chica cayó sobre su cara, como si le quisiera dar el último beso.

Permanecieron abrazados de esa forma durante un rato, mientras Mario trataba de recuperar el aliento, respirando aceleradamente presa de una excitación delirante. Procuró tranquilizarse, aunque no sabía cómo conseguirlo. Solo trataba de tomar desesperadas bocanadas de aire, como si la buhardilla se hubiera quedado completamente hermética y no se percibiera la mínima corriente. La chica, que le empapaba con la sangre que no paraba de manar de su cuerpo, ya era un peso inerte sin ningún amago de vida.

Cuando se hubo recuperado, la apartó hacia un lado y se incorporó. La chica cayó boca arriba, con la nuca hundida en el nauseabundo miasma. Estaba tan cubierta de rojo, que era imposible distinguir el color natural de su piel. En medio de su vientre se mostraba la gran llaga del corte que Mario le había causado con el machete. Aunque él también estaba completamente empapado por toda esa viscosidad sanguinolenta, al menos había conseguido no morir destripado como un animal.

Se sentía totalmente agotado y asqueado. Era una circunstancia tan angustiada, que no la habría podido imaginar ni en el delirio más terrorífico. Ni en la más horrible de las pesadillas. Debía marcharse de aquel lugar cuanto antes. Pero salir al exterior, con la tormenta tan espantosa que estaba cayendo, le iba a resultar imposible. El viento y la lluvia sonaban en esos momentos más atronadores e implacables que nunca y, con toda seguridad, las torrenteras bajarían llenas de agua desbocada, mezclada con barro, rocas y troncos sueltos.

Sin soltar el machete, se dirigió hacia la trampilla de la escalera para bajar. Por lo menos abandonaría esa carnicería de cuerpos retorcidos y esperaría abajo hasta que se viera clarear el día. Ahora no hacía falta darse prisa, porque no había nada de qué huir.

Para no resbalar en la sangre y caer rodando escaleras abajo, descendió con el máximo cuidado, pegando bien la base del calzado en cada peldaño. No se apercibió de la nueva situación que le esperaba, hasta que no llegó al final de la escalera y pisó el suelo de la planta baja.

Por si lo sucedido en la buhardilla no hubiera resultado lo suficientemente insólito, otra repentina sorpresa hizo que le diera un vuelco el corazón. Toda su anatomía comenzó a temblar, ahora incluso con más virulencia que nunca, y se vio obligado a recostar la espalda contra la pared para no caer desplomado. Resultaba inadmisibile dar crédito a lo que tenía delante de sus ojos. No era posible que algo así fuera cierto.

## ***ABAJO***

La chica del cabello suelto, que había abandonado sin vida momentos antes de subir a la terrible masacre, estaba vestida con toda normalidad y permanecía tranquilamente relajada, sentada sobre su saco de dormir frente al fuego. Los otros dos también estaban plácidamente recostados, cada uno en un rincón, y con sus vestimentas completamente impolutas.

Los tres volvieron sus miradas hacia Mario con una serenidad insultante. Allí, el único ser con gesto de espanto era él. Se miró su ropa y vio que la sangre de la repulsiva representación del piso superior no había desaparecido. Su corazón no paraba de latir alocadamente y apretó el mango del machete con toda la rabia del mundo.

Los miró a la cara uno por uno, pero ellos rehuieron su mirada. Tan solo la chica con la que había luchado continuó mirándole, aunque con la vista caída, como avergonzada. Le transmitió un ademán de complicidad y de felicitación. Más que dolorida por haber sido atravesada por un puñal, parecía agradecida por haber perdido la virginidad en el encuentro con Mario.

—Es increíble... —dijo lacónicamente Mario—. ¿Puedo añadir algo más...? —preguntó en voz alta para ser oídos por los otros, entendieran o no sus palabras.

Por el ventanuco empezaron a entrar los primeros rayos de la mañana. Mario instintivamente levantó la muñeca izquierda para mirar su reloj... Pero después de lo sucedido, ¿qué le podía importar la hora que fuera?

Agarró la mochila, se la echó sobre los hombros y se dirigió hacia la puerta. La abrió y salió al exterior. Ya no llovía. El sol había amanecido esplendoroso.

## *FUERA*

Cuando se hubo alejado varios metros de la casa, oyó un golpe ligero de la puerta al cerrarse a sus espaldas, pero no se volvió.

Apresuró el paso y se alejó lo más rápido posible del refugio. Quería llegar, antes de que se secara la sangre, a un arroyo que recordaba haber cruzado el día anterior. Allí podría deshacerse de la inmundicia que llevaba pegado por todo el cuerpo.

Por extraño que le resultara el recuerdo de la matanza, lo único que le provocaba eran unas ganas sinceras de reír. Como si saliera de una fiesta divertida y no de una experiencia aterradora. Se mostraba incluso agradecido, sin saber exactamente por qué. No sentía ni rencor ni miedo por aquella gente, o aquellos seres, o lo que diablos, nunca mejor dicho, fueran. Si lo sucedido no se lo podía explicar a sí mismo, estaba completamente seguro de que nadie lo iba a creer.

De hecho, cuando se lo contara a Julia, su novia, seguro que le iba a decir que ya estaba con otro de sus divertimentos imaginados cuando se aburría por el monte. Pensó que seguramente se iba a poner celosa y por eso mismo decidió que lo mejor era no comentarle nada. Con toda seguridad lo interpretaría como un intento de enmascarar un encuentro amoroso con alguna excursionista, porque esas clases de coitos sangrientos no resultan ni fáciles ni convincentes de explicar.

La senda era un puro barrizal y, por eso, se vio obligado a concentrarse en el camino para afirmar bien las botas. Aunque pensándolo bien, se dijo, tampoco era necesario guardar tanta precaución. Si caía sobre el barro, solo se iba a emparar con limpia agua de lluvia.

Envuelto por la frescura del amanecer, avanzó respirando profundamente el reconfortante olor a tierra mojada que inundaba el aire de los bosques y disfrutó con la contemplación del intenso verde del paisaje montañoso, humedecido por la tormenta. Era el prelude perfecto de un hermoso día soleado.

FIN

*Yo no quiero sobrevivir, quiero vivir.*

*Wall-e*

## ESTÍMULOS RETROSPECTIVOS

Siguió su camino pensativo hasta llegar al final de la calle. A sus espaldas dejó la casa del profesor que había abandonado hacía breves momentos. Pensó por un instante en volver. Algo no le encajaba desde hacía tiempo en sus más íntimos pensamientos, pero no estaba seguro de si sería correcto planteárselo al profesor, que tenía un programa muy estricto en su trabajo nada especulativo. Solo ordenar documentos y nada más que ordenar. Por otra parte, últimamente sufría unos lapsus en la mente que no sabía a qué causa atribuir. Su pensamiento se quedaba completamente inmovilizado. Le habría gustado saber si aquello le pasaría a otro como le pasaba a él, pero no había nadie más..., bueno, aparte de su maestro.

Su mecanismo chirrió cuando por fin se volvió resuelto. Quería saber de una vez por todas si era verdad lo que le inquietaba durante tanto tiempo, pero que no terminaba por decidirse a confesarlo al profesor.

Lo había oído desde siempre, e incluso lo contaban los libros antiguos, que los de su especie fueron creados por unas criaturas biológicas. Había visto, en algunos grabados que trataban sobre ciencias ocultas, animales que se les consideraba parecidos a sus creadores. Al parecer aún existían ese tipo de animales viviendo encaramados en los árboles de las selvas ecuatoriales. Pero eran datos que no ofrecían mucha veracidad, pues otras fuentes emparentaban a los creadores con los pequeños animales grises que pululaban por las bibliotecas y se alimentaban del papel de los libros. Nadie lo podía saber con exactitud. Hacía siglos que no se aventuraba ninguna expedición por las selvas inexploradas, ni nadie que se dedicara a investigar a los animales grises que se movían entre los libros y otros desechos.

Eran los libros más primitivos, los que se perdían en los tiempos de la historia pretecnológica los que decían que sus fabricantes, a su vez, fueron creados por un ser supremo inmaterial. Le resultaba imposible descifrar ese lenguaje ininteligible para su programación. ¿Qué querría decir *ente metafísico*...?

Cuando llegaba a cuestiones de este tipo, sus circuitos y demás conexiones se le recalentaban, por lo que se veía obligado a guardar esos pensamientos en la memoria adicional. Una memoria que últimamente le empezaba a funcionar cada vez de manera más defectuosa.

Las juntas de su mecanismo crujieron de nuevo, mientras se aproximaba a la puerta de la casa del profesor para llamar. «Tendré que cambiar algunas piezas antes de que me fastidien seriamente. Mañana, sin más demora, iré al depósito de chatarra para ver qué encuentro por allí», se dijo a sí mismo, a la vez que golpeaba la puerta.

A pesar de sus esfuerzos no podía dejar de pensar en sus obsesiones. Cuestionar sus orígenes. Temía la ira del profesor. Eso le causó un repentino recalentamiento del sistema analítico, lo que produjo un chispazo en algún enlace del cerebro electrónico. Los primeros datos de sus

programaciones más antiguas le vinieron a causa de una especie de estímulos retrospectivos que creó la defectuosa corriente de energía.

El conferenciante, subido al estrado, se dirigía a la concurrencia que atendía con interés. Hablaba sobre los orígenes del teatro occidental en Grecia. «La conclusión que podemos sacar del sentido originario de la representación dramática, es la necesidad de fabricar para contemplarnos en todas las dimensiones posibles, un espejo del ser humano. El nacimiento de esta voluntad de observación, lo podemos entender si utilizamos dos verbos que han sido el principio fundamental de la práctica totalidad de las reflexiones, o sea: la consciencia de que el ser humano se diferencia de los animales y de la naturaleza en general, en que el hombre *es* y la naturaleza simplemente *está*».

De nuevo, otro desequilibrio de energía produjo descargas y chispazos sonoros, que moviendo las bloqueadas juntas del cuello, le devolvieron al presente. «¿Eh, qué pasa? Me estoy volviendo viejo», se quejó para sus adentros, consciente de los continuos y peligrosos fallos que le sucedían cada vez con más frecuencia. Desde la desaparición de los recambios de fundas fabricadas con los derivados de hidrocarburos, todo el material se componía del rígido metal reciclado, que impedía una más fácil movilidad.

El profesor le abrió la puerta, dándole de nuevo la bienvenida. Con amabilidad, le invitó a que pasara otra vez, pero extrañado por su rápido regreso, le preguntó si le sucedía algo malo. A pesar de que cuando el discípulo se marchó la noche ya estaba avanzada; no le molestó en absoluto su vuelta. De hecho, cada vez le gustaba menos quedarse solo en casa y, además, últimamente padecía de un insomnio que le producía largas horas de soledad. Se le hacía imposible encontrar la clave para la iniciar la programación de desconexión temporal, y eso le estaba produciendo una pérdida de energía cada vez más imprescindible para su funcionamiento vital.

—Bien —dijo por fin el discípulo, después de un silencio en el que trató de organizar lo que quería contarle—. Es que tengo una duda desde hace tiempo que no me deja tranquilo. ¿Puede ser verdad las viejas supersticiones, de que nos crearon seres biológicos? Por lo que he llegado a saber en mis investigaciones, incluso convivimos en una época con ellos. Pero al parecer, a causa de algún acontecimiento desconocido, se extinguieron. Es extraño que desaparecieran todos, porque por lo visto tenían un sistema muy sencillo y rápido de reproducirse, con el que no les costaba demasiado tiempo en llegar a poblar continentes enteros, en cualquier clase de clima.

—Mi joven amigo —le contestó el androide más experimentado, aunque era difícil distinguir cuál de las dos máquinas estaba más oxidada— en las extracciones de los cerebros electrónicos de antiguos robots que se pueden recuperar de los depósitos de chatarra, al estudiar sus bancos de memoria, me he ido dando cuenta de que ese es un tema que nosotros no podemos comprender a causa de nuestra propia naturaleza mecánica. Aunque, sobre otros temas, —se quedó durante un rato pensativo— sí que he llegado a la conclusión de que, por ejemplo, el universo es curvo e ilimitado, y no creo que nadie antes llegara a deducir algo semejante...

Se produjo un prolongado silencio en el que ambos se quedaron meditando para sus adentros.

—Bueno... —se decidió a decir por fin el profesor—, en cuanto a la extinción de nuestros presuntos creadores, según mis conocimientos, intervinieron muchos factores... —hizo una especie de sonido gutural para aclarar el sistema fónico.

El enfoque de sus visores denotaba una mirada profunda y sabia. Era el semblante que mostraba su larga experiencia de siglos dedicados a la comprensión del cosmos. Parecía como si de súbito se le agolpara todo su conocimiento en la mente. Tras esa breve pausa que le llevó la meditación electrónica, prosiguió:

—Al parecer las causas fueron múltiples. Epidemias, radiaciones, emigraciones en masa al espacio... No quedan datos fidedignos. Solo leyendas cogidas de otras historias, que incluso parecen menos verídicas conforme se profundiza en el tiempo. —Se volvió para mirar directamente al alumno—. Y no creas que eres el único que medita sobre el tema. Muchas veces yo también me pregunto, en el caso de que esas historias sean reales, si aún quedará alguno de ellos por ahí afuera, perdido en la inmensidad de las estrellas sin saber cómo volver a casa y, en el caso de que quisiera regresar, de qué manera se las iba a apañar para reconocer su planeta originario.

—Y eso de las epidemias, ¿de qué se podría tratar, profesor? —preguntó el alumno, ignorante de ese tipo de asuntos biológicos.

—Verás..., se trataba de algún elemento que afectaba a su organismo. Algo así como este maldito óxido que nos corroe a nosotros —dijo sacudiéndose el polvo rojizo de la herrumbre que le cubría el cuerpo por completo. Mientras realizaba la acción de limpieza, sus engranajes rechinaron con quejidos agudos—. Por mis pesquisas en esas memorias electrónicas abandonadas, en los libros de papel y películas grabadas en distintos materiales..., deduzco que... —Un repentino sonido ronco que salió de su transmisor de voz, como una tos insana, le interrumpió por un momento—. Perdón —se disculpó—. Este tiempo húmedo me está matando... —miró al alumno con gesto de desesperación, pero no le pudo comunicar nada más porque en ese momento su transmisor dejó de funcionar irremisiblemente.

También ignoraban que en otros tiempos se podrían haber comunicado por ondas de radio, sin necesidad de utilizar el dispositivo sonoro, que no era más que un simple mecanismo de emergencia. Por eso ya no podría terminar de exponer su teoría, pues a ese silencio se añadió el paro generalizado de los dispositivos que le proporcionaban la movilidad.

Fuera empezó a llover.

Ahora pasaría a ser otra de tantas memorias electrónicas olvidadas. El alumno se le quedó mirando fijamente, tal vez con lástima, y con una tristeza mecánica que resultaba tan fría como el posible dolor que debería sentir en esos momentos por la pérdida del profesor. Este modelo de máquina decadente no había sabido utilizar sus conocimientos para evolucionar. Eran unos robots efectivos en el arte de recopilar conocimiento, pero poco efectivos en usarlos para su beneficio. No pudieron comprender que muchos de sus males se habrían solucionado de haber utilizado la grasa que se consumía en las lámparas que pendían del techo y les proporcionaban luz por las noches.

La última acción que todavía pudo hacer el profesor fue llevarse el dedo herrumbroso a la supuesta nariz y estornudar.

FIN

*¿Qué sería el relato de la felicidad? Solo se cuenta aquello que la prepara, luego aquello que la destruye.*

*André Gide*

## FUERA DE TEMPORADA

Recuerdo cómo en invierno la playa de Gandía se convertía en un lugar completamente desolado. Cuando terminaba la temporada de verano, tan solo se podía ver ocasionalmente la sórdida figura de alguien paseando con su perro por la orilla del mar.

Un domingo desapacible de invierno, cuando yo aún era un muchacho que empezaba los estudios en el instituto, me junté con mi amigo Juan, y ambos nos fuimos a merodear por las calles solitarias. El frío era húmedo y gélido, del que cala hasta los huesos, pero aquello era mejor que estar encerrado en casa sin saber qué hacer.

Deambulamos sin rumbo por las calles rectas y solitarias, hasta que, sin que lo hubiéramos podido imaginar ni en nuestros más fantásticos sueños, de repente, allí, a la altura de la tercera línea de los altos bloques de la playa, casi perdido entre los altos cañaverales del marjal, apareció delante de nosotros la maravillosa imagen de un pueblo del Oeste americano.

A la entrada de aquel poblado había un cartel con las letras escritas en el más puro estilo wéstern, que decía: «Kentucky Town». Todos los rótulos de las fachadas de los edificios estaban escritos en inglés y con el mismo estilo que el cartel de la entrada, para que así no se perdiera la pura autenticidad del género: *Saloon, Bank, General Store, Blacksmith, Jail, Sheriff* y todo lo demás...

Nos quedamos entusiasmados, con los ojos abiertos como platos. Una foto de nuestras caras tomada en ese momento habría servido perfectamente para crear un anuncio promocional de aquellos majestuosos edificios. Nos miramos y nos dimos cuenta de los grandes exploradores que éramos.

Desgraciadamente, el entusiasmo que causó la primera impresión se fue disolviendo paulatinamente conforme empezamos a fijarnos en los detalles, y nos dimos cuenta de que aquello más parecía un pueblo fantasma que otra cosa. En realidad la ciudad no era tal y, aunque en ella se encontraban todos los detalles esperados de las películas del *Far West*, realmente era un montaje que consistía en una única calle.

En la época en la que habíamos llegado Juan y yo, el pueblo estaba completamente abandonado y en ruinas. Prácticamente eran unos escombros que se sostenían a duras penas, llenos de astillas y clavos salientes por todas partes.

Ya éramos lo suficientemente mayores para darnos cuenta de que aquello había sido un proyecto fallido de traer a la playa de Gandía el espectáculo de los rodajes de los *spaghetti western*, con los especialistas cayéndose de los caballos, los tiroteos de los ladrones saliendo del banco o los duelos de los pistoleros en medio de la calle.

La lluvia del día anterior había llenado la calle de charcos. Todo el suelo estaba embarrado y, por esa razón, nos vimos obligados a caminar haciendo equilibrio sobre las maderas sueltas. Pero,

ni aun así, dejábamos de correr el riesgo de resbalar y acabar metiendo los zapatos en el agua fría de algún charco o quedarnos atascados en el espeso fango. La fe ciega impulsó nuestra valentía y nos obligó a meternos por dentro de las casas para inspeccionar qué había por allí escondido. De nuevo el resultado fue decepcionante. Todo era pura fachada. Detrás de los andamios las tablas no estaban ni pintadas. Ese descubrimiento de trastienda mohosa no tuvo demasiada importancia para nosotros, ni consiguió que nos rindiéramos, porque nuestra imaginación nos siguió empujando para que examináramos afanosamente todo aquello, hasta el último rincón. No había duda de que terminaríamos encontrando lo que..., bueno, no sabíamos qué, pero estaba allí, oculto en alguna parte. El asunto consistía simplemente en no abandonar la investigación.

Nos movimos de allá para acá sin un objetivo claro; cuando, de repente, una madera se partió debajo de mi pie y un clavo atravesó la suela de mi zapato. Sentí el pinchazo, pero no noté un dolor demasiado fuerte.

Cuando me quité el zapato y el calcetín, vi que me salía un poco de sangre. Tuve suerte, se trataba de una herida superficial. La suela era dura y la punta no había llegado a penetrar hasta dentro de la carne, tan solo había conseguido rasgar la piel levemente. Al principio, me alegré de que hubiera sido solo un rasguño sin demasiada importancia, pero me entró miedo cuando vi que la herida se podía infectar, porque aquel clavo estaba completamente oxidado.

No nos habíamos llevado agua ni siquiera para beber y por eso no me pude lavar la herida. La única agua que se podía encontrar por los alrededores era la de los charcos sucios.

En ese punto la expedición llegó a su fin, y no nos quedó otro remedio que volvernos para casa.

Juan era un buen amigo y me acompañó hasta donde yo vivía para asegurarse de que llegaba bien. Yo temí una regañina por parte de mi madre, pero ella, suspirando para sus adentros, se limitó a curarme: me lavó, me desinfectó la herida con agua oxigenada y yodo y, a continuación, me puso una única tirita y un calcetín limpio, porque con aquella cura sobraba para el daño que realmente me había hecho el clavo. Luego nos dijo a los dos que fuéramos a sentarnos delante de la televisión y que nos comiéramos los bocadillos que nos había preparado. Mientras mirábamos el programa infantil, mi madre se dirigió a Juan y le dijo que no se preocupara, porque ya había llamado a su casa para que supieran que estaba allí merendando conmigo y que, más tarde, ella misma lo acompañaría.

Poco tiempo después, aquel pueblo fantástico terminó demolido y las excavadoras lo hicieron desaparecer para siempre del mapa. En el solar que ocupaba, construyeron una urbanización de chalets veraniegos. A pesar de aquella limpieza total, el nombre del «pueblo del Oeste» pasó a ser la denominación de la edificación nueva, que, tácitamente, pasó a llamarse Urbanización Kentucky, aunque nadie levantó un cartel que lo indicara.

Con el tiempo, y de una manera increíblemente paradójica, el recuerdo del poblado americano desapareció para siempre de la memoria de la gente. Ninguna de las personas, con las que hablé años después, había oído hablar jamás de tal poblado del Oeste americano.

De hecho, cuando tiempo después, en una conversación que mantuve con unos amigos, los cuales, por cierto, eran viejos habitantes del complejo, salió el tema de por qué se le había puesto aquel nombre, la situación llegó a ponerse un poco tensa.

Un profesor de Historia, conocido por ser muy versado en las leyendas míticas de la ciudad, soltó, con una sonrisa de savia seguridad, que aquel nombre se debía a que allí hubo en su tiempo una casa de mujeres con el nombre de Kentucky. Lo dijo así, de soslayo, casi acercándose a nuestros oídos, como tratando de descubrirnos algo clandestino, y dibujó el gesto de las comillas

con los dedos índice y el corazón de ambas manos para dar más significado al eufemismo de «¡oh, una casa de mujeres!»

Yo primero lo negué con la cabeza y, cuando terminó de hablar, les dije que aquello no era como el profesor lo había explicado. Les aclaré, que la verdadera razón de que se llamara así era porque en aquel lugar habían construido un pueblo turístico del *Wild West* con el nombre de Kentucky Town; y que, como el espectáculo no había conseguido el éxito que esperado, lo abandonaron a su suerte y, al final, una empresa constructora terminó desmantelándolo para levantar seguidamente el complejo actual.

Cuando acabé mi explicación, todos me miraron con cara de compasión y, de repente, estallaron en risas, como si yo hubiera contado el chiste más gracioso del mundo. Me dieron a entender que me comprendían, que estábamos entre amigos, y que si yo tenía algún interés púdico en ocultar que allí había existido alguna vez una casa de putas, pues que estuviera tranquilo, que con ellos no pasaba nada.

De la rabia que me entró en aquel momento, deseé que el clavo oxidado me hubiera atravesado el pie de parte a parte para, por lo menos, tener así la cicatriz con que pudiera probar que yo no decía ninguna tontería, que aquella cicatriz era una prueba de que yo había pisado las ruinas de aquel escenario.

—¿Lo veis? ¡Tocad las costuras! ¡De parte a parte me pasó!

Pero aquel maldito clavo, aquel clavo del diablo, tan solo me había levantado la piel un poco y no había dejado ninguna marca por la que se pudiera apreciar ni tan siquiera el más leve rasguño.

O lo que habría sido mucho mejor, si se me hubiera gangrenado el pie, seguramente me lo habrían tenido que amputar, y así la gente no habría parado de preguntarme, Francisco: «¿Qué te pasó, fue con el coche? ¿Un accidente de trabajo? ¿En qué guerra fue?»

Pero yo lo negaría con orgullo y les contaría la verdadera razón y, de esa forma, nadie se habría atrevido jamás a reírse de mí, como lo hicieron ese día.

—¿No veis el muñón? ¡Fue por el clavo oxidado, pedazo de idiotas! —les habría gritado ese día con gusto a aquel historiador y al resto de la panda de ignorantes.

Pero ahora todo aquello ya da igual, porque eso sucedió mucho antes de que el gran maremoto arrasara toda la costa y dejara esa parte del litoral bajo decenas de metros de lodo.

FIN

## UN ENCUENTRO INSÓLITO

La historia me la contó un desconocido que se sentó en el mismo banco donde yo aguardaba la salida de mi tren, en la estación de Valencia. Hay ocasiones, en las que sin saber cómo, de repente te encuentras hablando con una persona a la que no conoces de nada y que nunca antes has visto.

Aquel hombre empezó diciendo que iba hacia Barcelona para visitar a uno de sus hijos, que trabajaba en esa ciudad. Luego me comentó que era de Sevilla. Yo por el acento me lo creí. Hablaba con parsimonia, de una manera natural, enlazando unas palabras con otras sin vacilar por si pronunciaba o no el término correcto, aunque la verdad era que tampoco dejaba mucha oportunidad a la otra persona para que expresara alguna opinión al respecto. Por eso, cuando vi que lo que realmente quería, era ser escuchado, me limité a asentir con la cabeza, o a afirmar con sonidos guturales, para darle a entender que le seguía en lo que me quería explicar. Si alguna vez he vuelto a pensar en ese encuentro, siempre se me ha venido a la mente la frase de que, como suele acontecer, «cuanto mayor es la ignorancia, más pomposa es la verbosidad destinada a enmascararla».

Me contó que hacía ya tres años que se había jubilado y que ahora no tenía ninguna ocupación que le obligara a levantarse de buena mañana para enfrentarse a la rutina diaria de siempre. Fue por esa razón por la que enfatizó tanto el hecho de que no le gustaba viajar en avión y de que prefería el tren. Necesitaba sentir el cansancio del traqueteo al viajar por la superficie de la Tierra.

—Además, ya he alcanzado una edad, en la que la gente deja de tener prisa por llegar a ninguna parte —aclaró sonriendo. En realidad, en ningún momento llegué a saber si lo que hacía era sonreír o, simplemente, era una manera particular que tenía de encoger los músculos de la cara para subrayar sus palabras.

Su mujer había muerto hacía año y medio, y no le quedaba más remedio que moverse de un sitio para otro para, según dijo, mantenerse a flote. De hecho, regresaba de pasar unos días en Gandía, en donde había estado con un amigo al que llevaba algunos años sin ver. Al referirse a ese tema, una idea fugaz se le cruzó súbitamente por la cabeza y paró de hablar durante unos segundos. Pensar en ese recuerdo le produjo una intensa presión en la cabeza. Su confusión y su tristeza estaban más cerca de la angustia por una incertidumbre maligna que torturaba su interior, que de la nostalgia por alguien querido, del que hacía poco tiempo se había despedido. Como si un espectro atrapado dentro de su cabeza se removiera y no lo dejara descansar ni un momento. Para aliviarse de la congoja que le atormentaba, pegó los dedos en las sienes, y luego se frotó con la palma de la mano los párpados y la cara.

Yo había enderezado la espalda inconscientemente, con la intención de comentarle que el destino de mi viaje era la misma ciudad de donde él venía, porque justamente iba hacia allá para

aprovechar lo que aún quedaba de verano y pasar así unas vacaciones en compañía de mi familia. Pero ni él me dio ocasión ni tampoco yo tuve valor de mostrarme descortés e interrumpirle. Porque, tras la breve pausa, siguió manteniendo el vigor de su discurso y explicó que aquel malestar era consecuencia de una experiencia que le era imposible borrar de la mente. El suceso tuvo lugar en una taberna apartadas de la zona de veraneo, que se encontraba por los alrededores del puerto, aunque no podía precisar exactamente dónde porque desconocía los rincones perdidos de esas callejuelas. La historia que me narró comenzaba, más o menos, con las siguientes palabras:

*Mi amigo se llama Marcos, o se llamaba, porque ya no estoy seguro de que el zoquete haya existido realmente alguna vez. Resulta un poco ridículo expresarlo ahora de esta manera, pero si le digo la verdad, cuanto más lo pienso, menos seguro estoy de si realmente he pasado en Gandía una semana entera o, simplemente, llegué ayer y me he vuelto a marchar hoy en el primer tren de la mañana.*

*Entré a la taberna, en la que me había citado con mi amigo, ya pasadas las once de la noche. Él es también de Sevilla como yo, pero cuando se hizo mozo salió a buscarse la vida por el mundo y, después de habernos encontrado y separado millones de veces, al final decidió quedarse a vivir en Gandía. Cuando aparece el amor, ya se sabe... —inspiró profundamente y continuó—. Si me pusiera en serio, nunca terminaría de contar lo que hemos recorrido, lo mismo cuando hemos viajado juntos, como cuando cada uno tomó el camino por su cuenta... Bueno, el caso es que me dijo que, ya que era verano y anocheecía tarde, prefería que nos viéramos a una hora en la que hubiera pasado tiempo suficiente desde la puesta del sol para, de esa manera, disfrutar mejor de la frescura de la noche. No me pareció mala idea, y así fue como llegué a la hora que acordamos.*

*El local estaba vacío. Únicamente en la barra, de espaldas a la puerta, un hombre solitario bebía cerveza de un vaso largo que sujetaba entre los dedos. Permanecía quieto, casi inmóvil, y se limitaba a contemplar las botellas de la estantería que tenía frente a él, en la pared de dentro del mostrador. Al principio no lo reconocí por detrás, porque vi un individuo delgado, un ser tan carente de vitalidad que se hacía imposible relacionarlo con mi amigo. Resultaba un contraste demasiado drástico desde la última vez que estuvimos juntos. Siempre habíamos tenido el mismo nervio, que nos empujaba a comernos el mundo en cuantas ocasiones este se nos había cruzado por delante.*

*—Hola, Marcos. Cacho cabrón. ¿Qué pasa hombre? Aquí estoy... —le saludé, como siempre lo habíamos hecho, de la única manera abierta y franca que conocíamos. Naturalmente por eso, yo esperaba que él también correspondiera con el saludo que se brindan dos colegas que han vivido un pasado de incontables andanzas y peripecias, y que, al volverse a encontrar, se abrazan con las palmas bien abiertas, propinándose recios talegazos en la espalda. Sin embargo, él se volvió de una manera tan lenta, que parecía como si le hubiera molestado uno de esos representantes pelmazos que buscan endilgarte su producto al precio que sea. Yo me quedé muy cortado, inmóvil, allí, con la mano extendida saludando al aire. Ninguno de los dos había tenido noticias del otro, desde yo qué sé cuánto tiempo, y no me esperaba aquella reacción, tan carente del afecto que yo recordaba. De hecho, consiguió que me sintiera tan ofendido, que a punto estuve de dar media vuelta y largarme de allí.*

*No hacía ni un mes que había recibido una carta suya, en la que pedía que me acercara a verle, porque quería mostrarme algo importante, pero que con las contadas palabras que podía*

*utilizar en un papel, le resultaba imposible explicármelo. La única manera de que yo lo pudiera entender era que me presentara personalmente en el lugar. Por eso mismo mi sorpresa fue doble, porque precisamente él no era de los que tenían por costumbre comunicarse en términos semejantes, como para que ahora se comportara tan presuntuosamente.*

*Nos dirigimos a una mesa, con el mismo protocolo aséptico de dos extraños que se acababan de conocer. Una vez nos sentamos, traté de mantener una conversación intrascendente de cortesía, a la espera del momento en el que se decidiera a desvelarme el asunto, tan inenarrable, por el que me había hecho venir. Tan solo se me ocurrieron banalidades, sin demasiado sentido... No sé..., recordé alguna aventura graciosa de la infancia, que pudiera servir para romper la rigidez del momento, pero noté que toda aquella palabrería le resultaba completamente indiferente y no pareció que le ablandara ninguna fibra nostálgica en su interior. Al principio, a mí me daba igual, porque no dejaba de ser un buen amigo al que yo siempre había querido, y estaba dispuesto a conservar toda la paciencia que fuera necesaria para ayudarlo. Sin embargo, la situación se fue alargando y convirtiéndose en algo tan insufrible, que cada vez me costaba más hablar de aquella manera falsa y artificial.*

*Se había convertido en una persona completamente ajena al camarada que yo conocía. Porque yo recordaba a un hombre absolutamente práctico. Por ejemplo, cuando era niño, le encantaba comprar herramientas con las que arreglaba los engranajes de su bicicleta y, cuando creció, lo único que de verdad le empezó a interesar fue que el rugido de su moto sonara como algo exclusivo en el mundo entero. Pero la actitud de esos momentos...; después de casi media hora de permanecer cara a cara como dos pasmarotes, comenzaba a ser más que chocante, y empezó a crisar el temple apacible que tanto me estaba costando mantener. Observaba sus ojos perdidos, de iluminado, de extraviado por algo que se encontraba muy dentro de él, o tal vez, muy por encima, allá en las nubes..., o vete tú a saber en qué maldito planeta de por ahí.*

*Por eso, cuando ya me había cansado de mis circunloquios absurdos e inútiles, le pregunté su opinión sobre un tema del que ahora mismo ni me acuerdo. La única reacción que conseguí de él fue que se sobresaltara, como asombrándose por haberle distraído de un pensamiento trascendental, inaplazable. Me dejó sin poder articular ninguna palabra más, porque lo primero que pensé fue que se le había ido la olla de una manera seria, y eso me deprimió. Aún así le dije:*

*—No estoy comentando nada que valga la pena. Lo único que quiero es, simplemente, tener una conversación natural, como todas las que hemos mantenido a lo largo de nuestra vida. Pero, macho, sí que debes estar mal, porque tu comportamiento nunca ha sido este —hice una pausa para beber un trago de cerveza sin apartar mi mirada de sus ojos y continué—. Mira, ahora que parece que me escuchas, solo quiero que me hables de lo que, según tú, era de tan suma importancia, para haberme hecho venir hasta este sitio. Además, en mi vida me hubiera imaginado toparme con esta cara de necio que tengo delante de mí.*

*Si mis palabras hubieran sonado a ofensa para otro, no vi que su semblante se alterara en lo más mínimo. Durante un largo rato permanecimos mudos, sin que saliera de nuestras bocas ni el más mínimo monosílabo o gruñido. Simplemente seguimos aguantando allí sentados como dos desconocidos, compartiendo la misma mesa en una taberna en la que no había más clientes que nosotros. Yo lo miraba de reojo, cada vez más extrañado y más decepcionado. A partir de ahí, me relajé y me dediqué a ir vaciando los botellines de cerveza que el camarero, que se*

*movía como una sombra sin materia, nos iba acercando, hasta que llegó el momento en el que había bebido la suficiente cantidad de cerveza como para que me viniera la necesidad de visitar los lavabos.*

*—Ahora vuelvo —le dije. Y sin dar más explicación, me levanté y me dirigí hacia el fondo del bar, en donde se encontraban las dos puertas con sus correspondientes iconos genéricos medio despintados. Cuando abrí la que me correspondía, apareció ante mi vista un panorama tan sumamente devastador que no invitaba a otra cosa que a girar sobre tus propios talones y no volver a pisar ese antro en la vida. Pero no me quedaba otro remedio. En el apuro en el que me encontraba, buscar otro sitio habría resultado imposible. Así que, me demoré lo justo y finalicé la tarea lo más rápido que mi organismo me lo permitió.*

*Cuando volví a salir, mi amigo ya no estaba. Me supo muy mal que se hubiera marchado sin despedirse, y más después de dejarme sin saber el significado que ocultaban las tan misteriosas palabras de su carta. Pero intenté no ofenderme y me volví a repetir unas cuantas veces más, que un amigo de verdad siempre es un amigo de verdad. Si hizo aquello era porque, obviamente, se encontraba en una situación difícil. Bueno, sus razones tendría, suspiré con resignación.*

*Dirigí la mirada hacia la calle y me di cuenta de que allí afuera todo estaba completamente oscuro. El alumbrado público no estaba encendido. Pensé que se habría producido un apagón y no le di más importancia. Con toda seguridad la luz no tardaría en volver. Mientras tanto, lo mejor que podía hacer era pedir la última cerveza y, cuando me la hubiera terminado, estaba claro que me iba a ir pitando al hotel a descansar. Aquello ya me estaba agobiando demasiado.*

*Volví a mirar a mi alrededor, pero en aquel tugurio no quedaba otra presencia de vida que la mía. Hasta el camarero se había esfumado.*

*Me acerqué a la barra para llamar la atención, golpeando sobre su superficie polvorienta, cuando me llevé tal susto que casi me caigo para atrás. «¡Joder!» Fue lo primero que me salió. En el suelo, detrás del mostrador, reposaban los restos de un esqueleto cuyos huesos aparecían en el desorden que quedan las cosas olvidadas, cuando el tiempo ha ido pasando y no ha habido ninguna mano que se haya acercado para tocarlas. Entré en el mostrador procurando no aplastar con mis zapatos el esqueleto del camarero y pasé la mano sobre la pátina de polvo que cubría las botellas. Comprobé que, efectivamente, era un sedimento que tuvo que haberse ido depositando allí a lo largo de no pocos años. Yo no soy un hombre que se acobarde por cualquier tontería y, ahora, a mi edad, no me espantaría ni aunque me dijeran que la Tierra estallará dentro de una hora, pero sinceramente aquello jamás me lo hubiera esperado.*

*Cualquier persona en su sano juicio hubiera pensado, al igual que hice yo, que aquello no podía ser otra cosa que una broma para celebrar una fiesta sorpresa. Ahora lo entendía. Me habían preparado la gran juerga nocturna, de la que no íbamos a parar de reírnos cuando la recordáramos en el futuro.*

*Pero, reflexioné... Yo tenía la plena certeza de que, ese día, no cumplía años ninguna persona que yo conociera. Y que yo recordase, tampoco era el cumpleaños de mi amigo. Pero aparte de eso, lo verdaderamente extraordinario fue cuando me di cuenta de que todo aquello había cambiado de una manera tan rápida, que se hacía imposible de creer. Resultaba prodigioso que lo hubieran montado en los escasos minutos que permanecí en el lavabo, porque, aunque pareciera la tosca ambientación de un Halloween para niños, resultaba difícil no convencerse de que aquello era completamente real. El decorado causaba una hormigueante desazón, que no cuadraba como una broma por ridículo que yo me empeñara en verlo.*

*Me acerqué a la puerta de la calle, limpié con la mano la ubicua capa de suciedad adherida a*

los cristales y me asomé, tratando de vislumbrar algún movimiento. Se hacía imposible distinguir nada. Forcé la vista para localizar las ventanas en las que hubieran encendido una vela, pero aquello se mostraba tan negro como la cueva más insondable de la Tierra. No se podía ver ningún coche estacionado, ni tampoco los árboles que decoraban las aceras. Esa profunda oscuridad que me esperaba en el exterior tenía un aspecto incluso más aterrador e inhóspito que el aderezo grotesco que me rodeaba. Por lo menos, dentro de lo malo, el apagón no había afectado a la taberna.

Proveniente de la trastienda, súbitamente me sobresaltó el ruido de una cacerola, o de algún otro cacharro, al golpear contra el suelo. En esos momentos estuve a punto de empezar a gritar e insultar a los que estuvieran detrás de la burla, pero preferí aguantar sin despegar los labios y ver si pillaba al listo que se ocultaba allí adentro. Con cautela, apartando las cortinas de cintas plastificadas, me introduje en el almacén.

—¡No te escondas, gilipollas, que ya me tenéis hasta los cojones! —exclamé, pero no vi a nadie. Tan solo había trastos viejos y oxidados por todas partes. Retrocedí cautelosamente sin perder de vista el almacén y preparado por si me sorprendía a traición el miserable que se camuflaba entre las pilas de cajones de bebidas. Aparte de las ganas que tenía de retorcerle el pescuezo al primero que atrapara, en esos momentos ya empecé a preocuparme en serio.

—Las mismas puertas del averno —oí que decían a mis espaldas.

Estremecido, me volví con rapidez. Mi amigo me esperaba, sentado en la misma silla donde lo dejé cuando me fui a los lavabos y ante una mesa que se sostenía a duras penas sobre las patas carcomidas.

—Vaya, aún estás aquí. Creía que te habías ido a dormir... Además, en la vida me hubiera imaginado que emplearas un vocabulario tan alejado del que te conocía —le dije—. Bueno, supongo que ya me podrás decir a qué viene esta mierda. ¿Ves? Yo sigo utilizando el de siempre.

Tan solo se limitó a observar el contenido del vaso que tenía entre las manos. Pasados unos segundos levantó la cara y me dirigió una mirada en la que no pude distinguir ningún resquicio de luz interior, solo el vacío de dos pozos sin fondo. Daba la impresión de estar tan seco como la osamenta que yacía detrás el mostrador. Aun así tuvo el atrevimiento de decirme:

—Estás pálido. Se te nota alterado.

Impotente de no encontrar las palabras adecuadas con las que poderle contestar, hice un amago de levantar el brazo derecho y, suspirando, saqué ánimos para bromear:

—No te preocupes, hombre, me encuentro perfectamente. Qué tontería. ¿Por qué me preguntas eso? ¿Acaso pasa algo raro o fuera de lo común? Tiene guasa la cosa..., ¿eh? Como si, precisamente a ti, la energía te rebosara hasta por las orejas —la sorna con la que le contesté no me alivió en absoluto, y apreté las mandíbulas por la rabia que me daba el tener que reprimirme para no explotar.

Me pareció verle afligido. Bueno, tampoco puedo decir que aquello fuera una mueca que tuviera mucho sentido, pero por lo menos me hice la ilusión de que se acercaba a un gesto de normalidad.

En ese momento comprendí, que la única alternativa que me quedaba era seguirle el juego para ver hasta dónde llegaba la pantomima. Por eso añadí:

—Mira, Marcos, esto ya empieza a resultar un poco patético. Si tienes ganas de cachondeo, ya va siendo hora de que me expliques el final. Jamás en mi vida he visto un cambio de escenario tan rápido como este. Sí, reconozco que es muy eficaz. Tiene su mérito. Ciertamente

*admirable. Pero, hombre, esta situación tiene huevos, ¿eh? Venga, hombre, ya está bien, tú sabes que a mí nunca me ha gustado el cinismo...*

*No me contestó, tan solo se limitó a levantar el vaso, beber un trago, supongo que sería cerveza, y nuevamente lo volvió a posar sobre la mesa polvorienta. Mirándome fijamente con aquellos ojos sin expresión, dijo:*

*—Sin embargo, tienes la completa certeza de que no se trata de ningún decorado, de que esto no es una broma y de que es tan real como lo puedas ser tú.*

*El nerviosismo y la cólera contenida me llevaron a mirar inconscientemente la hora en mi reloj de pulsera. Había pasado poco más de una hora desde que entré en la taberna.*

*—¿Te parece que haya transcurrido mucho tiempo? —me preguntó.*

*—Yo ya no sé nada. Dímelo tú. Me gustaría irme de una vez de aquí. Ya estoy harto. Pero vuelvo a insistir..., si es una broma, ya me empieza a cansar, ¡y mucho! —le recalqué—. No aguanto más este lugar. Si lo que me querías explicar es la situación absurda que tengo delante, me parece que he perdido el tiempo viniendo a verte. Así que yo me voy...*

*—Eso no es posible —me advirtió— date cuenta, y piensa lo que te espera ahí afuera... — concluyó enigmáticamente, sin ofrecer más aclaraciones.*

*—Es lo que ahora mismo voy a averiguar.*

*Me acerqué a la salida, así el picaporte, pero la puerta estaba cerrada con llave. Por mucho que forcé la manivela, me resultó imposible abrirla.*

*—¿Tú tienes la llave? —le pregunté.*

*Permaneció sin inmutarse durante unos segundos. Luego dijo:*

*—¿La llave? Una llave no te va a solucionar nada.*

*No me paré a reflexionar sobre este nuevo enigma, que tenía todo el aspecto de ser igualmente indescifrable. Cogí una silla y la estampé contra la puerta que, decorada con cuarterones de cristal, se rompió en mil pedazos. El aire fresco del exterior inundó el bar de forma brusca. Agradecí el cambio. Me volví para mirar a mi amigo, que permaneció allí sentado, inmóvil, sin inmutarse, pero no se me ocurrió nada más que decirle. A esas horas yo estaba tan aburrido de semejante insensatez que, sin que se me ocurriera ninguna palabra de despedida, me apresuré a salir a la calle porque no vi la necesidad de demorarme más.*

*La luz del bar me acompañó hasta que conseguí volver la primera esquina. Bueno, no sé si fue una esquina, pero hubo un momento en el que me quedé completamente a ciegas. A partir de entonces tuve que avanzar pegado a un muro que me resultaba imposible ver. Ni tan siquiera se apreciaba la más agonizante estrella sobre mi cabeza. La ceguera era abismal. Pero no me quedaba otra opción que continuar avanzando, aunque no supiera ni en dónde ponía los pies, ni adónde iba. En esos momentos comprendí que si mi amigo no se extrañaba de nada, era porque él ya formaba parte de aquel mundo tan lúgubre.*

*La verdad, es que aún me sigo preguntando, qué diablos había que comprender de todo aquello... O es que, tal vez, soy tan tonto que no comprendo nada. Bueno, si quiere que le sea sincero, espero que al habérselo contado por fin a otra persona, consiga ahuyentar de mi cabeza esta mala experiencia para siempre...*

Justo en el momento en que terminó de pronunciar estas últimas palabras, los altavoces de la estación comenzaron a anunciar la salida inminente de su tren. Miró los paneles luminosos, que se pusieron a destellar de manera intermitente, y dijo:

*—Ese es el mío.*

Se levantó, agarró su maleta y se despidió muy amablemente, deseándome que tuviera unas

estupendas vacaciones con mi familia en Gandía. A continuación, me dio la espalda y, con paso tranquilo, se fue alejando por el andén hacia el convoy que le esperaba.

Mientras lo veía subir a su vagón, caí en la cuenta de que no había terminado de explicar de qué manera se las había ingeniado para salir de la absoluta oscuridad. En principio, todo aquello me hizo dudar mucho de su salud mental, aunque, la verdad sea dicha, tampoco me costó mucho encontrar una respuesta que casaba perfectamente con el desatino que me había relatado. Seguramente, sin que lo hubiera notado, le echaron una buena cantidad de sustancia alucinógena en la bebida, cuyos efectos todavía arrastraba, y que se manifestaba claramente en el malestar que la desintoxicación le producía.

En los días sucesivos en que yo mismo paseé por las calles de aquel barrio portuario, junto con mis familiares y mis amigos, no encontré nada que se pudiera relacionar con las exageraciones macabras que me había narrado. Aunque también tengo que reconocer, que no puse ningún interés en absoluto por indagar el paradero del siniestro local que me describió. La población mostraba al visitante el aspecto más cordial que se pudiera esperar. Era un rincón pintoresco, arreglado con esmero para que los turistas pasearan apreciando relajadamente los muelles de carga y descarga, observaran los barcos pesqueros amarrados frente a la lonja y luego se encaminaran hacia el paseo marítimo, donde se balanceaban los yates de recreo, o al espigón del puerto que se adentraba poderosamente en el mar azul.

Unos minutos más tarde, cuando observaba cómo su tren partía de la estación y rodaba hacia su destino, fue cuando me di cuenta de que aquel caradura, que ni siquiera se había tomado la molestia en decirme su nombre; había logrado que me quedara allí paralizado, embobado, con una incertidumbre que provocó que me riera de mi naciente credulidad, porque no podía parar de preguntarme cómo demonios pudo averiguar que me dirigía a Gandía, si no me había dejado abrir la boca ni un instante.

La turbación que me empezó a recorrer el cuerpo me obligó a levantarme del banco y no pude parar de moverme, paseando de un sitio para otro de forma obsesiva, porque quería asegurarme de que a ninguna otra persona se le ocurriera acercarse a mí. Mientras el hombre me estuvo contando la historia, había conseguido que me olvidara de tal manera del agitado tumulto de la estación, que el tren que yo esperaba se había marchado sin mí, y no me quedó otro remedio que aguantar una hora más hasta la salida del siguiente.

FIN

## UN SECRETO BRILLANTE

¿Qué puedo hacer yo ahora? Ella me hizo prometerle que no se lo diría a nadie. Pero es un secreto muy difícil de mantener, como verán a continuación:

Yo trabajo en un laboratorio de una fábrica de pinturas, en donde, desde hace tiempo, llevamos investigando una nueva clase de pintura que pueda brillar en la oscuridad. Es un proyecto pensado para las pistas de aeropuertos, las carreteras o infraestructuras similares, pero que puedan mantener la misma intensidad lumínica durante diez años o incluso más.

Sucedió que un día, conseguimos algo parecido a lo que estábamos buscando, pero que curiosamente, tenía el mismo color y el mismo olor que el zumo de naranja.

Una noche, cuando cerramos el laboratorio, me llevé una muestra a casa. Quería controlar todo el proceso en cada uno de sus pasos para asegurarme del éxito. Lo dejé sobre la mesa de la cocina y me fui a dormir.

Al día siguiente por la mañana, cuando volví para recoger la muestra, el frasco estaba completamente vacío. Casi me muero del susto. Mi hija de ocho años, que se había levantado antes que yo, se había bebido el líquido hasta no dejar ni una gota.

—¡Ummm..., papi! —me dijo relamiéndose los labios—. ¡Estaba delicioso el zumo que has traído, gracias! —me dijo, dándome un beso.

Esa mañana aún no había amanecido y, al apagar la luz para salir de casa, vi que mi hija brillaba como un fluorescente.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Sí, ¿por qué lo dices?

—Mírate en el espejo.

—Ella, al verse brillar, en vez de asustarse, se puso a reír y a dar vueltas con los brazos abiertos. ¡Yújuuu..., brillo como una luciérnaga!

Rápidamente la monté en el coche y la llevé a urgencias. Le hicieron toda clase de pruebas pero no encontraron nada dañino. Ni siquiera se dieron cuenta de que brillaba, a causa de la cantidad de luz que había por los pasillos del hospital y de que, además, cuando llegamos, ya había amanecido. Afortunadamente, la pintura no resultó venenosa, y mi hija no sufrió ningún tipo de daño.

Esa misma noche, cuando volvimos a casa, me dijo algo asustada:

—Papá, por favor, no se lo digas a mami para que no se enfade.

Mi mujer sale del trabajo después de que nosotros hayamos llegado a casa y hasta ahora no ha notado nada, pero, desde ese día, no para de quejarse de que la niña nunca apaga las luces de ninguna habitación, ni siquiera cuando se va a dormir, porque dice que le da miedo la oscuridad.

—Mimas a tus hijos y te arruinas con la factura de la luz. —Y, luego, dirigiéndose a mí con cara de ogro me dice—: Sí, y tú no digas nada, como somos millonarios, qué más da, que haga lo que le dé la gana, ¿no?

FIN

## LA ISLA

El profesor llegó a la playa con el grupo de alumnos y les dijo:

—Colocaos a mi alrededor, porque vamos a estudiar uno de los fragmentos perdidos de una historia legendaria que se escribió sobre esta isla. Pero, en primer lugar, empezaré por leeros una cita de un autor de novelas de terror, del que ya os hablaré otro día, y que tiene bastante relación con el relato —se aclaró la voz con un leve carraspeo, y continuó—. Dice así: «El lugar lógico para encontrar una voz de otros tiempos es un cementerio de otros tiempos». Sí, ya sé que da un poco de miedo, pero tampoco es para tanto. Ahora sacad de las mochilas las fotocopias que os he repartido y así podréis seguir mi lectura:

*La claridad de la luna se filtraba entre los esporádicos claros de las nubes, mientras las olas no cesaban de golpear monótonamente sobre la costa tenebrosa. La humedad de los últimos coletazos de la borrasca empapaba las peñas inhóspitas y hacía que resaltara el contraluz del abrupto relieve. Entre las brumas semiopacas que lo envolvían, se recortaba, de manera difuminada, la figura del imponente castillo sobre las desnudas y afiladas rocas. Los cimientos de sus murallas se aferraban, como uñas de ave rapaz, al borde del desfiladero y, así, encaramada en lo alto del precipicio sombrío, la mole negra se asomaba majestuosa sobre el mar, causando una visión de incertidumbre.*

*Una pequeña embarcación, tras haberse enfrentado al terror del temporal, se acercaba lentamente a la costa con las velas recogidas. Chapoteando sobre las densas olas, los remeros bogaban con un ritmo acompasado. El timonel no perdía de vista el acantilado de engañosa perspectiva y mantenía el rumbo, con firmeza y cautela, por el temor de rozar las cortantes piedras que les señalaban de manera desafiante, como lanzas, como índices de piedra, acusadores.*

*El principio de un amanecer penumbroso, enigmático, fue sustituyendo la fosforescencia lunar, y reveló el profundo desasosiego en el semblante de los marinos que apretaban las mandíbulas expectantes... A través de las borrosas cortinas de la atmósfera pudieron atisbar una pequeña cala, donde las olas se enrollaban con mansedumbre hasta acabar disolviéndose sobre la arena inerte. Aquel era el lugar apropiado para el desembarco.*

*Dirigieron la nave hacia la orilla, y los audaces navegantes, endurecidos por las singladuras interminables, se lanzaron a las frías aguas que les cubrió hasta las rodillas. Cuando pisaron la playa firme, notaron los guijarros crujir bajo sus pies, mientras el agua fría les resbalaba, en forma de delgadas serpientes, por las desnudas y musculosas piernas. Firmemente ceñidas*

*en la cintura y dispuestas para el degüello, llevaban las largas y afiladas espadas de acero resplandeciente.*

*Súbitamente, una voz, que retumbó en la cerrada atmósfera, proveniente de las alturas amuralladas, se precipitó sobre sus cabezas, como el graznido de un pájaro agorero. Las palabras sonaron firmes e impasibles. Denotaban la costumbre del mando y la molestia por haber sido sacadas de una profunda apatía:*

*«...solo una advertencia extranjeros. Escuchad. Si estáis extenuados, descansad tranquilos. Si no tenéis agua que beber, tomadla del fresco arroyo que tenéis próximo a vosotros. Vuestra sangre se renovará dándoos nuevo vigor para continuar el viaje. Pero no tratéis de avanzar más. No os acerquéis más, ni intentéis subir hasta la cima. No podréis superar la distancia que nos separa, porque entonces descubriréis el límite entre los vivos y los muertos...»*

*Los guerreros levantaron las miradas enfurecidas para contemplar el final del agreste acantilado, que se alzaba vertical hasta fundirse con los basamentos de las murallas ciclópeas del castillo. Las gotas de la fina lluvia les mojó el rostro, haciendo brillar las retadoras barbas. No pudieron entender aquel idioma desconocido, pero entendieron perfectamente la advertencia que únicamente se podía comprender con los huesos, y que estremeció sus templados músculos hasta lo más profundo del espíritu. Los ecos reverberantes se fueron desvaneciendo en una multitud de hebras luctuosas, sobre aquel ambiente tupido de sensaciones estremecedoras.*

*Observadas desde abajo, la fortaleza se desvanecía entre la espesa niebla. Nada del terrible paraje podía ser contemplado de una manera completa para, de esa manera, poder comprender sus magníficas proporciones. Pero no habían navegado hasta allí para huir como ratas atemorizadas.*

*—¡No te podemos entender, perro miserable, pero vamos a hacer que calles para siempre!*

*La réplica del capitán sonó decidida y segura. Aquellas palabras chocaron contra las piedras del farallón, potentes como truenos, y fueron coreadas por los gritos salvajes de su hueste.*

*Los pasos de los asaltantes se hundieron con más firmeza sobre las piedras de la playa. Aquellos audaces guerreros no temían amenazas de ningún tipo y empezaron a trepar, sujetándose, con una destreza imposible, sobre los salientes resbaladizos. No eran invasores. Regresaban después de haberse afanado en perseguir ilusiones fugitivas que nunca se dejaron alcanzar. Ahora solo tenían aquellas rocas, que no eran otra cosa que su hogar profanado.*

*Cuando los atacantes coronaron las infranqueables murallas, envueltas en aquella luctuosa nube espesa, el enfrentamiento se hizo inevitable. Un rugido atronador de abominables bestias se entremezcló con los gritos bélicos de los aguerridos hombres que vinieron del mar. Aquel día se habían cruzado dos amenazas extrañas, que no llegaron a entenderse, y que una de ellas jamás volvería a ser oída.*

*El único ruido que sonó después del choque de locura fue el de las olas incesantes del mar. De las amargas aguas que siguieron enredándose en ondulaciones sin firmeza y que continuaron su indiferente vaivén, formándose y deshaciéndose, mientras topaban contra el viejo casco del navío que había quedado varado sobre la playa.*

*—Y así acaba el texto. Demasiados adjetivos para mi gusto personal, pero ese tema ahora no nos interesa... Según algunos historiadores, los detalles más terroríficos se han perdido, porque las páginas donde estaban escritos fueron quemadas a causa de la delirante locura que causaba a quienes leían el libro. Para otros, nada de lo narrado es real y el encuentro no fue más que una*

pura invención. El desvarío de un loco que mezcló en su cabeza imágenes disparatadas para crear la leyenda y seguir así una tradición de relatos macabros. Bueno, así podemos encontrar miles de opiniones sobre el tema... Muy bien y, ahora, que ya hemos terminado aquí, nos volvemos para coger el transbordador. Los envoltorios de los chicles y de las golosinas los vais metiendo en esta bolsa. Y el que haya tirado esas hojas de la leyenda que os he repartido, que las recoja. No quiero ver porquería ni papeles por la arena.

FIN

*El peligro es el gran remedio para el aburrimiento.*

Graham Greene

## CRÍMENES

### *EL ENCUENTRO DE DOS VIEJOS AMIGOS*

Las tarjetas de presentación de David Bataller mostraban claramente la categoría del importante cargo que detentaba en una de las empresas petrolíferas más poderosas del mundo. Era ingeniero y trabajaba desde hacía varios años en los Emiratos Árabes Unidos.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y apretó el cuadradito donde estaba anotado el nombre de su amigo Javier Miralles. Una voz de mujer sonó al otro lado del teléfono. David se presentó y preguntó por Javier.

—Un momento, por favor, enseguida le pongo con el señor Miralles —le contestó la secretaria.

Javier no tardó en ponerse al teléfono y, dada la sorpresa repentina del encuentro, se tomaron un momento para intercambiar amistosamente una serie de saludos rituales.

—Sí, es verdad que ha pasado un montón de tiempo que no me acercaba por Gandía —explicó David—, y por eso se me ocurrió que, aprovechando unas breves vacaciones que me han concedido, podría llamarte con la esperanza de que todavía conservaras el número de teléfono de tu despacho que me diste la última vez.

—Pues efectivamente, como has podido comprobar, la oficina continúa funcionando con el mismo número —afirmó Javier—. Y además de que sigo ejerciendo la abogacía, el negocio afortunadamente va viento en popa y ahora tengo un considerable grupo de empleados bajo mi dirección.

—De verdad que me alegra mucho oír cómo utilizas los términos de vientos y las partes de los barcos para definir tu negocio. Ahora recuerdo cómo siempre te ha encantado salir a navegar y todo lo que tuviera que ver con los términos marineros.

Se citaron por la tarde, a una hora en la que Javier ya estuviera libre de sus tareas en la oficina y fue él mismo quien eligió El Parque Central.

—Es un bar nuevo, reformado e inaugurado no hace mucho, que es fácil de encontrar. Está en el edificio que hace chaflán entre el paseo Germanías y la calle Rausell. No está mal. A media mañana solemos ir los colegas de la oficina para tomarnos un café.

—De acuerdo, a las seis pues.

Al verse horas después, se saludaron con un emotivo abrazo. Se sentaron cómodamente en la terraza del bar y pidieron unas cervezas. Javier sacó un paquete de tabaco e invitó a David, que lo rechazó amablemente arguyendo que no fumaba.

—Leí una historia —dijo David— en la que a un reo, al que iban a ahorcar cuando pasaran un par de horas, le ofrecieron un último cigarro de cortesía. Este lo rechazó alegando que era de la estricta opinión, que el tabaco a la larga produce cáncer. Sabían los verdugos que el tipo que

custodiaban carecía completamente de sentido del humor. Por eso les causó tal repelús a esos gigantes oírle pronunciar, tan seriamente, esas necias palabras, que lo levantaron por los sobacos, lo subieron al cadalso y lo colgaron sin esperar un segundo más.

—Está graciosa la historia.

—Y por eso yo pienso vivir eternamente.

—No le veo la relación directa, pero hay que admitir que cada uno interpreta el mundo según le conviene.

Siguieron y, en el intercambio de las novedades y rutinas de sus vidas, Javier puntualizó que su trabajo nunca terminaba, «porque te lo llevas detrás de ti a casa», y añadió:

—Eso sin contar las veces que pasas las noches en vela dándole vueltas a la cabeza, porque te resulta imposible quitarte de encima el maldito juicio del día siguiente.

Se relajaron dando varios tragos a las cervezas y se pusieron a recordar las aficiones comunes del pasado, rememorando cómo les gustaban las novelas y el cine negro, de investigación policial. Los ambientes poco recomendables a los que en la vida real era mejor no acercarse.

—¿Te acuerdas de Víctor? —comenzó Javier, expulsando una bocanada de humo—. ¿Cómo un invierno lo hallaron en las playas de Tarragona, después de un temporal, comido por los cangrejos?

—Sí, le gustaba viajar a Barcelona y meterse en ambientes de delincuentes, chulos y asesinos, y así terminó la vida del pobre —añadió David—. Era un pijo riquito que cuando se cansaba o terminaba una de sus aventurillas, siempre tenía su casa cómoda y lujosa a donde volver.

—Este fue otro que confundió la imaginación con la realidad.

—Delante de un libro o de una pantalla, uno siempre está a salvo. Pero Víctor se creyó, que ese mundo recreado por escritores y guionistas, y que él buscó en la realidad, le tenía reservada una puerta entre los bastidores del decorado por la que podía escapar siempre que le hiciera falta y así salir ileso en el último momento.

—Como en el característico giro final de las películas de acción, con espía o detective guapo y repeinado.

—Y sí que le aplicaron una salida definitiva de verdad, sin ficción añadida. Le cortaron la vida al poco de haber cumplido los... veintidós, veintitrés o veinticuatro años, para que no tuviera que preocuparse más por encontrar otro episodio que sumar a su serie particular.

—Fíjate, me pasa como a ti, que tampoco recuerdo ya con exactitud a qué edad murió.

—¡Qué cabrones, le habían abierto la barriga para que se hundiera como el plomo en el agua del mar, y que luego no pudiera flotar cuando el cuerpo empezara a descomponerse! —se quejó David con un sentimiento de amargura que Javier notó un tanto forzado, y que atribuyó a la cantidad de tiempo que ya había transcurrido desde el suceso.

—Pero a causa de la corriente y la resaca del temporal, acabó arrastrado hasta la orilla. Un trabajo de novatos e incompetentes. Aunque en las condiciones en que fue encontrado el cuerpo, busca tú a ver quién te lo ha hecho.

Javier notó rabia y odio en la cara de David.

—Hay que reconocer —siguió David— que Víctor no era el único que opinaba que, quieras que no, esas historias espeluznantes te tientan. Prácticamente a todo el mundo le gustan las novelas de crímenes e intriga. Si no para vivirlas directamente, ateniéndote a las consecuencias como le sucedió a él mismo, por lo menos para escribirlas desde una distancia literaria que a nada te compromete. Y precisamente por eso, a veces, cuando encuentro algún tiempo libre, también me

entran ganas de ponerme al teclado. Un día me decido a investigar y, con todo el material que recoja, escribo un libro de por lo menos trescientas páginas.

—Pero seguro que enseguida viene el problema de la continuidad, porque sin duda, a ti también te pasará lo mismo que a mí. Entre el poco tiempo y las pocas ganas... ¿verdad? Porque una cosa es decirlo y otra muy diferente ponerse.

—Efectivamente así es, en especial cuando intento escribir la primera palabra. Tan solo pensar en eso se me van las ganas, lo dejo rápidamente y me concentro en mi propio trabajo para que se me pase la desazón.

—Sí, a mí a veces también me gustaría sacar y disfrazar algún expediente de los más escabrosos, pero al final lo dejo para mañana, para cuando pase el juicio que tengo entre manos... De todas formas, angustias y agonías aparte, si es por falta de temas, yo te puedo proporcionar material hasta que te aburras —le dijo Javier, dándole a entender los entresijos ocultos que se amalgamaban en su profesión—. Solamente con que la acción la pusieras en otro contexto y cambiaras los nombres, para que no me pudieran acusar de romper el secreto profesional, me parece que no íbas a parar de escribir novelas en toda tu vida. Nos creemos que todos los crímenes o asuntos interesantes suceden en Londres o Nueva York, pero si me pusiera a relatar los acontecimientos sucios que ocurren por estos alrededores, parecería que vivimos en la capital mundial del crimen.

—Y la depravación.

—Eso, y la depravación. Ni Las Vegas.

—Es verdad, sí... Algo de eso hay... —afirmó David—. ¿Te acuerdas de aquella matanza que hubo en Beniopa? Creo que sucedió a principios de los años setenta.

—En alguna ocasión oí hablar del tema, sí, pero ese crimen sucedió cuando nosotros aún no habíamos ni nacido —dijo Javier a la vez que dibujaba un círculo en el aire con el humo del cigarrillo para explicar lo lejano que le resultaba aquel desatino.

## ***EL CASO DE BENIOPA***

—En esas historias del pasado, a la hora de escribirlas como un relato, el mismo valor llega a tener lo que aconteció de verdad, como lo que tú mismo puedas inventarte por el camino —aseguró David, llevándose el vaso a los labios para tomar un trago de cerveza.

—Seguramente —le secundó Javier—. Lo que yo oí de todo ese asunto fue que encontraron a la chica y a su madre descuartizadas por la mañana, sobre un charco de sangre que cubría todo el suelo de la sala de estar y salpicaduras esparcidas por todas partes. Fueron atacadas y despedazadas con el hacha que tenían en la casa para cortar los maderos de la chimenea. Comentaban que observar esa escena tan espeluznante, más que miedo daba profunda pena.

—El horror que causa ese tipo de situaciones dispara la imaginación de la gente; y también corrió otra versión que aseguraba, que el instrumento que utilizaron para despedazar a las mujeres no había sido un hacha, sino un legón con el que el padre trabajaba en el huerto situado en la parte trasera del corral y que, por ese motivo, fue sobre el pobre hombre, sobre el primero que vinieron a recaer las sospechas.

—Pero no fue él. El padre había viajado a Valencia por asuntos de una compraventa de terrenos y se vio obligado a pasar allí la noche. Cuando volvió al día siguiente y se enteró de lo ocurrido, casi se vuelve loco de la desesperación.

—Efectivamente —siguió David—. Como los temas económicos que lo llevaron a la ciudad resultaron fácilmente demostrables, la policía tuvo que derivar las sospechas rápidamente hacia otro lado. Durante una semana nadie supo quién había sido el autor del crimen y, mientras tanto, se empezó a pensar que el asesino rondaba por la ciudad, en busca de nuevas víctimas, saltando de azotea en azotea con el hacha, o la herramienta que fuera, al hombro, chorreando sangre fresca. Las existencias de cerrojos de seguridad se agotaron rápidamente en todas las ferreterías.

—De hecho, recuerdo que, en cierta ocasión, mi padre, que vivió los acontecimientos siendo niño, contaba cómo mi abuelo, que era cazador, cargaba la escopeta antes de irse a dormir y la colocaba junto a la mesilla de noche, por si al asesino se le ocurría asaltar la casa de madrugada. «Descansad tranquilos hijos míos que con esta no puede», decía a la familia palpando el arma con cariño para transmitirles seguridad. Y ya ves, al final, como en casi todos los casos, el asunto resultó ser tan sencillo como vulgar. El novio de la chica estaba haciendo la mili y cuando le dieron un permiso se vino pitando para Gandía, porque los amigos le habían chivado que su novia se veía con otro...

—Espera un momento —cortó de nuevo David—, porque como siempre pasa, opiniones y versiones hay para todos los gustos. Se comentó por otra parte, que todo fue pura imaginación del novio, que al estar en el cuartel, lejos de su chica, los celos acabaron por trastornarlo sin que la muchacha hubiera hecho otra cosa que suspirar para que se acabara el regreso de su amado guerrero.

—Lo que sí se demostró claramente fue, que la noche del crimen el pringado se coló por la parte de detrás, por el corral que daba al huerto. Se subió a la valla y, agarrándose a las ramas y luego deslizándose por el tronco de la higuera que crecía en el centro, entró en la casa sin mucha dificultad. Las dos mujeres se debieron de llevar un buen susto al verle aparecer así, de repente. Él y la chica se pusieron a discutir. La madre tomó parte en la riña y le empezó a gritar y a insultar para que se largara de su casa. La tensión hizo que al tío se le cruzaran los cables y al descubrir el hacha, o la azada, se le subió la sangre a la cabeza y a continuación vino el desastre. Ya ves, un asesinato pasional, simple, tan sórdido como primitivo.

—En las declaraciones el muchacho decía que él nunca había premeditado hacerles daño, y mucho menos aún matarlas, y por supuesto menos todavía de esa manera. Al estar bajo la jurisdicción castrense lo juzgaron por el código militar y, al terminar el juicio, lo condenaron a muerte. A la semana, más o menos, lo condujeron al paredón y allí lo dejaron patas arriba, crac, fusilado de una única y seca descarga.

—Se llegó a comentar, que dado que estaba haciendo la mili, lo pillaron porque encontraron pisadas de botas militares sobre la sangre.

—Ya, eso lo dijeron los listos cuando ya se sabía de sobra quién había sido el asesino —siguió explicando David—. Pero eso tampoco resultó así de fácil. Él entró en la casa de las mujeres vestido de civil y luego, al volver a su casa, se lavó bien y quemó la ropa y las zapatillas deportivas en su chimenea para eliminar cualquier rastro. Al día siguiente, sin despedirse de nadie, cogió el primer tren de la mañana y se largó al cuartel de Bétera. Por eso tardaron todo ese tiempo en dar con él.

—De todas formas, la investigación tampoco tuvo que llegar demasiado lejos para relacionar a todas las personas que tuvieran algún vínculo con las víctimas. En los interrogatorios, debido al propio nerviosismo del muchacho, aparte de que con toda seguridad le darían un buen repaso, terminó por confesarlo todo y se acabó.

—Y cambiando un poco de tercio, que ya estoy harto de contradecir versiones, ¡vaya que se está

bien aquí sentado, no crees? —añadió David, mirando el cielo que se iba paulatinamente oscureciendo.

## ***EL SUCESO DE LA CALLE MARQUÉS DE NEROS N.º 27***

Ambos mantuvieron un tácito silencio durante unos segundos, mientras mascaban los crujientes frutos secos que les habían puesto de aperitivo en un cuenco pequeño.

—El crimen que sí fue premeditado fue el que se produjo en la calle Marqués de Neros —soltó súbitamente Javier. La burbuja del mutismo se esparció en infinidad de partículas volátiles que se mezclaron con el humo del tabaco, mientras este se difuminaba en el aire formando remolinos—. De pronto la gente empezó a ver cómo de la cochera subterránea del portal número veintisiete salía un humo negro, espeso y maloliente y, alarmados, llamaron a los bomberos. Cuando lograron extinguir el incendio, vieron que la causa había sido un coche que quedó calcinado por completo. Pero la verdadera sorpresa llegó la descubrir, entre las cenizas y los hierros retorcidos, una figura humana tan carbonizada como todo lo demás. Los informes periciales del forense revelaron que el cuerpo pertenecía a una mujer joven. Los padres, que vivían en el segundo piso, fueron los primeros en darse cuenta de que el coche era el de su hija y que el cadáver era ella misma.

—Como cabía esperar, en este caso también se desmadraron las suposiciones —intervino David—. Lo siento. No lo he podido remediar. Enseguida se corrió la voz de que era una venganza de mafiosos, porque la chica estaba metida en asuntos de droga y habían ido a por ella. Es una de las explicaciones más socorridas cuando no se tiene ni idea de nada. Pero que conste que yo tampoco me la he inventado, porque esta versión corrió como si la gente ya hubiera resuelto el caso el primer día.

—En lo que sí que acertaron las malas lenguas fue en que el móvil, efectivamente, había sido el dinero. La chica trabajaba en una boutique en la playa de Gandía, y como en verano cerraban tarde, ella se llevaba el dinero a casa para ingresarlo al día siguiente, cuando abrieran los bancos. Se descubrió que quien la mató era un vecino del portal de al lado, el cual tenía conocimiento de que la chica era la encargada de la recaudación de la tienda de moda. La edad del asesino estaría entre los dieciséis o diecisiete años. El edificio donde vivía el chico era de tiempos en los que una cochera o un ascensor aún no se contemplaban como utilidades necesarias que merecieran tenerse en cuenta; y, por esa razón, para guardar la moto por la noche, tenía alquilada una plaza de garaje en el número veintisiete, y era por ese motivo por el que el muchacho también tenía un dispositivo de control remoto para poder abrir la puerta. La estuvo esperando escondido entre los pilares y, cuando vio que la chica bajaba del coche, se encaminó hacia ella. No le costó acercarse porque ambos se conocían de verse entrar y salir todos los días.

—Seguramente el primer pensamiento que tuvo ella sería que el vecino se le aproximaba para preguntarle algún detalle sobre las plazas del garaje, o simplemente para pedirle fuego para encender un cigarrillo. Durante un segundo ella lo miraría con una sonrisa amable, de saludo, sin imaginarse lo que segundos después le iba a suceder. Pobre muchacha.

—En efecto —asintió Javier—. La muchacha, cuando se dio cuenta de que lo que quería ese tipo era su bolso, se resistió y empezó a pedir auxilio. El otro, que era alto y fuerte, no supo controlar su fuerza. En el forcejeo la empujó y le golpeó la cabeza contra el borde afilado de una columna de hormigón. Le abrió la frente como una sandía. La chica calló al suelo muerta al instante. El cráneo quemado apareció así, con el hueso frontal partido por la mitad. Cuando el agresor se dio

cuenta de lo que había hecho, la metió en el coche y, con la moto, se fue rápidamente a una estación de servicio donde compró un bidón de gasolina. A la vuelta lo empapó todo bien, prendió fuego al coche y salió pitando del garaje.

—¿Tú te acuerdas de Emilio Faus?

—Sí, claro. No paraba de levantar turbinas eólicas por todos los países del mundo, hasta que un día, mientras construían una torre nueva en La Patagonia, le cayó un rayo que lo dejó seco —le contestó Javier—. Sí que tuvo una muerte absurda el pobre. La electricidad era su vida y la electricidad se lo cargó.

—De repente le cayeron encima todas las acepciones del verbo cargar.

—Va, no nos riamos así, que queda feo. Mejor bebamos en su memoria —Javier levantó el vaso de cerveza.

—Tienes razón —David levantó también su vaso y, tras darle un sorbo, continuó—: Emilio vivía en el mismo portal que el asesino. Un día, después de que el caso ya estuviera resuelto, me acerqué por su casa a pedirle un DVD de un programa de ingeniería, y entonces me contó lo que había sucedido mientras duraron las investigaciones. Una tarde que a Emilio se le ocurrió ir a la biblioteca, cuando abrió la puerta del zaguán para salir a la calle, de repente se fijó en que un hombre bajito se le quedaba mirando fijamente desde la acera de enfrente. La calle no era muy ancha y por eso se dio cuenta enseguida. Emilio le devolvió la mirada desafiante al desconocido, como diciéndole: «y tú por qué cojones me miras así, capullo». Entonces el tipo desvió la mirada y disimuló como si no hubiera pasado nada. Cuando Emilio había caminado varios pasos, dejando su portal y al tipejo a su espalda, cayó en la cuenta. Obviamente aquel hombre era un agente de la policía y por eso mismo lo había mirado de esa manera tan escrutadora. Estaba apostado allí para ver los movimientos de la gente y registrar todo lo extraño que pudiera descubrir. La anécdota a Emilio se le olvidó sin más, porque le resultó graciosa y de novela «clasicota». Solo hubiera faltado la niebla, el poli con la gorra de Holmes y la pipa colgando de sus labios. Pero cuando el caso se solucionó definitivamente, se puso a pensar que, con toda certeza, su foto habría estado en el organigrama del tablón, que pone la policía para ir seleccionando y relacionando a los sospechosos. No le cabía la menor duda de que le habían estado siguiendo los pasos sin que se enterara, hasta que descubrieron quién era realmente el asesino. El vecindario se volvió a alarmar otra vez, cuando una mañana, con un majestuoso despliegue de sirenas y destellos azules, se presentaron de repente en la calle varios autos patrulla. Los agentes entraron atropelladamente en el piso, justo debajo de donde vivía Emilio, se metieron directamente en la habitación del muchacho de la moto y la pusieron patas arriba para buscar cualquier indicio que les pudiera proporcionar pruebas definitivas. Pillaron al chico roncando a pierna suelta. Le colocaron las esposas, no sé si aquí en España se le leen los derechos como lo hacen en las películas americanas, y a la comisaría que se lo llevaron. Un preso tan joven no tardó en confesarlo todo, sin necesidad de que lo presionaran demasiado.

—Recuerdo que las televisiones de toda España pulularon durante una semana por el barrio para recoger noticias y testimonios. Se movían como depredadores con el micrófono por delante y las cámaras al hombro.

—Como era de esperar, durante el juicio los padres lo pasaron fatal. Se quisieron mudar a otro sitio, pero no tenían dinero. Como es natural, nadie les quiso comprar el piso que pusieron rápidamente en venta.

—Hombre, imagínate, un asesino en la familia y de esa clase. Frío y sanguinario.

—Emilio me explicó que sufrieron vergüenza durante mucho tiempo y que no paraban de decir

que ellos no tenían culpa de lo que había sucedido. De todas formas a ningún vecino se les ocurrió reprocharles nunca nada. Cada uno se dedicó a sus asuntos, y punto final. Los que sí que se fueron a vivir a otra ciudad fueron los padres de la víctima. Poner tierra de por medio siempre alivia algo...

## ***LA CABEZA CORTADA DE LA MADRE***

—Otro crimen que resultó de película de horror fue el que sucedió en una calle que está precisamente por la zona de los juzgados —dijo Javier con cara reflexiva—. Los vecinos llamaron a la policía porque de una casa, no salía el humo de un incendio como en el caso anterior, pero sí que se escapaba una peste que ya resultaba imposible de soportar. Llegó la policía, forzaron la puerta y se encontraron al hijo arrodillado y llorando ante la cabeza de su madre, que la había colocado sobre el tocador de la alcoba. La puso delante del espejo y construyó un altar de verdadero delirio, rodeándola de velas y estampitas de todo tipo, de vírgenes, de santos, de naipes españoles e ingleses, y de cromos de jugadores de fútbol que seguramente guardaría en una caja de cartón de cuando era niño. Un cúmulo de gusanos y moscas la estaban devorando ferozmente. El cuerpo decapitado yacía en la cama, negro y putrefacto. El loco lo había tratado de embalsamar de forma chapucera, sin conseguirlo, y por la habitación pululaban bichos de mil especies, colores y tamaños diferentes, que se arrastraban por el suelo, se subían por las paredes y se retorcían por todos los rincones. Al hijo se le diagnosticó lo típico, esquizofrenia, que según los informes médicos fue producida, o agravada, por el exceso de droga que se chutaba. Seguramente en un arrebató pidió dinero a su madre y, al ver que no había posibilidad de conseguirlo, se la cargó y le cortó la cabeza.

—Ves, un argumento de las historias del género de terror, que no puede ser más esquemático, que lo ves en cientos de películas americanas, y va y resulta que sucede en los alrededores de donde tú vives o en tu misma escalera, como le pasó a Emilio en lo de Marqués de Neros.

—Así de simple resulta; sí, señor.

—Fíjate... —David acercó sus labios con complicidad al oído de Javier y murmuró—. Observa a tu alrededor y dime tú si no habrá gente en este bar que no sea sospechoso de algo malo.

—Nos hemos animado, ¿eh?

Ambos rieron.

## ***EL OBRERO DE LA CONSTRUCCIÓN***

—Ahora escucha tú esta otra que te voy a contar. Aunque realmente no tuvo nada que ver con todo aquel desmadre, coincidió con la época en que las edificaciones crecían como champiñones —siguió Javier, con cara aún sonriente.

—Durante esos años yo vivía..., bueno, como ahora, muy lejos de aquí.

—El desenlace de la historia aconteció en uno de los bloques que construyeron por los alrededores del colegio Gregori Mayans. En este caso no hubo asesinato, aunque sí una muerte.

—Vaya, empieza interesante la historia y, además, ahora le quieres añadir la guinda de la intriga.

—Fíjate que redonda resulta esta historia. Un joven, de unos veinticinco años, secuestró a una chica de la que se había enamorado y se la llevó para encerrarla en su casa de campo. La construcción tenía una sola planta y estaba rodeada de huertos de naranjos, completamente oculta entre sus copas perennes. A esa vivienda se llegaba entrando por un camino que hay a la derecha,

cuando tomas la carretera que conduce al Grao. La chica, cuando se pudo soltar de las ligaduras a las que estaba sometida, salió de la casa y se fue corriendo directamente a la policía. Pero espera un momento, que eso fue casi al final. Mientras el albañil la tuvo en su poder, siempre se aseguraba de atarla bien con bridas de esas de plástico duro, para que no se pudiera escapar y estuviera tranquila, le inyectaba un tranquilizante que la mantenía en trance hasta que él volviera por la tarde del trabajo. Se podían contar los días que la tuvo prisionera, por los pinchazos que la chica tenía en el cuerpo. Al preguntar la policía si en alguna ocasión la había violado, ella contestó que sí, que todos los días. Cuando llegaba, lo primero que hacía era ponerse encima de ella y, hasta bien pasada una hora o más, no paraba. «Tenía mucha fuerza y no me dejaba casi ni respirar», se quejaba la chica llorando. Luego, cuando el joven ya se había desahogado, actuaba como que la trataba con respeto y cariño y se ponían a cenar juntos. Veían la tele durante un rato y, cuando el hombre empezaba a bostezar de cansancio, la volvía a amarrar y se iba dormir, asegurándose de que ella no se la fuera a jugar mientras resoplaba. Por la mañana, una vez había terminado de desayunar, le ponía la inyección, le daba un beso para despedirse y se marchaba de nuevo a trabajar a la obra. El día en que la chica consiguió escapar, con la excusa de que las bridas le cortaban la circulación de la sangre, lo que era evidente después de tantos días de tener las muñecas aprisionadas por el plástico afilado, le rogó para que no se las apretara demasiado fuerte y, también, se puso a vomitar para aparentar que estaba enferma, y así lograr que no le pinchara el somnífero. Aunque terminó con las muñecas completamente despellejadas, consiguió desligarse y salir, con mucha dificultad, por el ventanuco del baño, que gracias a su tamaño pequeño, lo habían dejado sin enrejar. ¿Ya te he dicho que en este caso no hubo ni detención ni juicio, no? Bueno, pues cuando el joven vio desde lo alto del edificio cómo aparcaban los coches de la policía, no se lo pensó dos veces y se lanzó contra los hierros y escombros que había siete plantas más abajo.

—¡Joder con el albañil! ¡Además de violador, volador! —exclamó David—. Quedaría hecho una mierda.

—Imagínate...

## ***EL RESTAURANTE CHINO***

—¿Y a ti qué opinión te merece el caso de los chinos que encontraron en la cámara frigorífica del restaurante que abrieron en la Avenida de Valencia? —intervino rápidamente David.

—Ese sí que fue un asesinato múltiple de los de verdad.

—Y tanto. Lo menos había seis cadáveres embutidos entre los alimentos del congelador. Y encima los cuerpos los encontraron descuartizados y bien empaquetados en bolsas de plástico a las que se le había hecho el vacío. Así se habrían conservado durante años sin que nadie se hubiera enterado.

—Siempre se ha dicho que el mundo de los chinos es un universo cerrado y que resulta imposible penetrar en sus abismos.

—Por lo visto todo se descubrió por una denuncia anónima a la policía. Seguramente la hicieron los familiares de alguna de las víctimas.

—Algo así fue —afirmó Javier—. Pero yo conozco un comisario, ya sabes que en los asuntos de la legislación al final terminamos conociéndonos todos, que me explicó que aquello tampoco les pilló tan de sorpresa, porque el restaurante y otros locales estaban bajo vigilancia desde hacía tiempo.

—¿Cuál fue el móvil? Supongo que como siempre el dinero, ¿no?  
—Con toda seguridad. La verdad es que yo tampoco lo sé, pero si además añadimos posibles asuntos de drogas, que viene a ser lo mismo que el dinero, pues ya está todo solucionado...  
—También podría haberse tratado de tráfico clandestino de personas.  
—Toda suposición, en principio, es aceptable. De todas formas, de aquello no se pudieron sacar demasiadas cosas en claro. Que yo sepa, claro está.  
—Ya... Y date cuenta, y otra vez volvemos con lo mismo, que si esto te lo cuentan que sucedió en el Chinatown de San Francisco o en el de Nueva York, dirías: «normal como siempre».  
—Claro. ¿Dónde si no? ¿Dónde está la sorpresa? ¿Qué hay de nuevo en eso, viejo...?  
—Menos mal que por lo menos descubrieron los muertos, que si no habrían sido capaces de ir poniéndolos poco a poco en las comidas —dijo David sonriendo.  
—Ja, ja, sí que es verdad, que esa es otra que enseguida se piensa.  
—Perfectamente condimentados para los amantes de la cocina oriental.  
—Servidos, así, tac, tac, tac; todo bien troceadito, como les gusta cocinar a esa gente.  
—Y ni te enteras.

## ***EL ENFERMERO HOMICIDA***

Picaron del platito de cacahuets salados y le dieron otro trago a las cervezas para ahuyentar el estímulo inducido por las recetas caníbales.

—El que se me viene ahora a la memoria es también un caso curioso, que tiene algún parecido con el del hijo que descabezó a la madre, pero en esta ocasión fue un sobrino quien se encargó de liquidar a su tío. Esta vez el asesino trató de ser más sofisticado, no lo hizo tan a lo bestia como el esquizofrénico —dijo Javier.

—Seguro que aquí otra vez interviene el dinero como móvil.

—Sí, por supuesto. Eso ya se sobreentiende como el aire que respiramos. Pero ahora el sobrino no mató a su tío para conseguir droga, esta vez la adicción que padecía el asesino era el juego. Era uno de esos jugadores empedernidos sin cura posible. Todo empezó cuando el propio sobrino llamó a una ambulancia para que vinieran a ver lo que le había pasado a su tío. El sobrino declaró que al entrar al salón lo encontró allí quieto, sentado en el sofá, cara al televisor, sin dar signos de vida. Guardaban muy buena relación y por eso llevaba con él una copia de la llave de la casa, por lo que pudiera pasar, porque además de vivir solo, el hombre era ya bastante anciano. Los sanitarios examinaron el cadáver y no advirtieron nada raro. Todo indicaba una muerte natural. Hicieron el atestado y se lo llevaron al depósito de cadáveres. En la autopsia, en principio, tampoco encontraron nada que indicase que hubiera habido violencia ni nada extraño, nada que no indicara la típica muerte por una súbita parada cardiorrespiratoria. El sobrino también trabajaba de enfermero en el hospital y sabía qué componente podía introducir en cualquiera de las bebidas que el tío guardaba en el frigorífico, para que se supusiera ese tipo de fallecimiento. Y también sabía de sobra que no podía inyectarle directamente la sustancia, porque por pequeño que fuera el pinchazo, este siempre iba a dejar marca.

—Pero el asesino tuvo mala suerte y por eso lo pillaron, ¿no?

—Sí. Dijeron que fue por un error del forense o por unos trámites mal llevados por los administrativos, lo que hizo que se revisara algo extraño sobre el historial del muerto, o porque seguramente ya desde el principio encontraron algo que no cuadraba con los análisis y lo reservaron para un segundo examen. Volvieron a hacer más pruebas y entonces fue cuando

descubrieron claramente la sustancia con la que se les había tratado de engañar. El forense me explicó que admitía que habían tardado algún tiempo en dar con la sustancia con la que había sido envenenado el interfecto, pero añadió que a ver si el asesino se pensaba que los médicos estaban allí solo para chuparse el dedo, como si fueran tontos. Era el doctor Ferri. También lo conocía. Tenía una personalidad muy sincera, muy directa y muy campechana. Como ya te he dicho, en estos ámbitos, tarde o temprano todo el mundo termina conociéndose. Me explicó varios detalles sobre los procesos de la autopsia que me resultaron complicados de entender, y que fueron precisamente los que le llevaron a descubrir la intentona de tomadura de pelo.

—Y a partir de ahí, todas las sospechas se volvieron claramente en contra del sobrino, como es obvio.

—Efectivamente. Sin embargo, entre que este no mostraba el nerviosismo típico del asesino que trata de ocultar su mentira, no encontraban un móvil claro ni pruebas acusatorias directas; la policía no tuvo más remedio que dejar que el sobrino siguiera trabajando con total normalidad. Pero conforme pasaba el tiempo, la investigación nunca dejaba de encauzarse a otro sospechoso que no fuera el enfermero. Los detectives afinaron aún más las indagaciones y, finalmente, consiguieron pruebas definitivas e irrefutables. Entonces al sobrino no le cupo otra opción que admitir los cargos, y otro más que fue conducido a engrosar las hordas que saturan los intestinos del centro penitenciario de Picasent.

—Y ahora vendría la letanía de siempre, de cómo los compañeros de trabajo dirían acojonados: «Leches, hemos convivido con un asesino».

—«Quién se iba a imaginar que un hombre tan simpático como Alberto pudiera llegar a ese extremo. Pero si no se le veía mala persona, todo lo contrario, si parecía un ser de lo más amable e inofensivo... Ya ves, si ayer almorzamos todos juntos tan ricamente en el bar del hospital, y...».

—El asesino siempre termina siendo el personaje de la trama de quien menos se ha sospechado desde el principio de la película.

—Bueno, en este caso no lo sé, porque el sobrino era un medio mayordomo del tío. Y ya sabemos cómo se las gastan los mayordomos. Esa clase de sirvientes nunca van a parar de ser los culpables, porque se enteran de todo y al final la tentación les mueve a actuar mal.

## ***EL CADÁVER DESCUARTIZADO QUE FUE HALLADO EN UN CONTENEDOR DE BASURA***

—Lo del cuerpo que encontraron en la basura fue por celos entre homosexuales —intervino David—. Esto ha sucedido más recientemente. Y con esto ya casi completamos la lista de los móviles de los asesinatos.

—No te creas porque móviles hay uno por cada habitante de la Tierra. Mira, están los básicos como: el dinero, las drogas, los celos...; pero luego te encuentras con otros tan raros, que casi parece imposible que la policía los pueda resolver —opinó Javier.

—Sin resolver se quedan un montón.

—Y efectivamente, esos son los crímenes perfectos. Como profesional de la jurisprudencia es algo que me lo sé de sobra —dijo Javier.

—Por lo visto fueron esa clase de indigentes que van por ahí rebuscando entre la basura los que descubrieron el cuerpo descuartizado en el contenedor. Sucedió por donde están los edificios del Mirador del Serpis. Los miembros estaban separados y tirados allí dentro de cualquier manera, con rapidez, como si no les importara, como si no hubieran tenido ganas de ocultar nada. La

policía, al igual que siempre, empezó a investigar las amistades del muerto y, cuando ya tenían claro de quién se trataba el homicida, fueron a detenerlo. Mira por dónde el asesino era peluquero.

—No, el peluquero no era el asesino, el peluquero era el muerto. El asesino era un delincuente profesional que se movía por la vida metiéndose en todos los fregados que tuvieran algo malo: ladrón, traficante, matón, chulo de maricones. Lo que hiciera falta.

—Sí, supongo que era así. El caso fue muy sonado, es normal que tú también estés enterado — David dudó si merecía la pena seguir contándolo.

—Hombre, en este en concreto solo sé lo que leí en los periódicos.

—Da igual, voy a continuar. El espabilado, cuando vio a una pareja de policías que venían a detenerlo, salió pitando, pies para qué os quiero. Sin embargo, en plena persecución, el tipo, que efectivamente le importaba todo una mierda, se volvió de repente, pilló a contrapié al policía que casi estaba por tirarse a su espalda para esposarlo, lo engañó, le hizo una finta que el agente no se esperaba y lo apuñaló en pleno vientre.

—Sí, el policía era un subteniente que se encargaba de la investigación. El subteniente Orduño, creo recordar.

—Yo esos detalles los desconozco. ¿No decías que solo estabas informado del caso por los periódicos?

—Perdona que te haya interrumpido. Tú sigue como ibas. Lo que yo haya dicho da igual.

—Bueno, vale... Pero ahora tendré que seguir como lo hacen los niños cuando cuentan una película. Entonces, el compañero del subteniente apuñalado frena la carrera y da el alto al asesino: «¡Suelta el puñal o te abraso!». Pero el malote no le hace caso y se lanza también contra su persona. Cuando el policía ve que se le encara empuñando el cuchillo ensangrentado, pum, pum, pum; lo abate, acertándole varios tiros en el pecho

—El asesino era un sueco y el cacho cabronazo tenía publicadas varias novelas de género negro —intervino de nuevo Javier—. Las escribía mientras cumplía las condenas. Salía, encontraba tema, lo volvían a detener y se ponía a escribir hasta que lo soltaban de nuevo.

—Lo de cometer asesinatos ya iba muy ligado a su persona por lo visto... Hombre, con eso no quiero decir que por el mero hecho de que alguien se dedique a escribir novelas de ese género ya tenga que ser un asesino.

—Ya, ya, eso se entiende. Pero ya que estamos en el tema, yo creo que hay gente que nace predestinada a ser víctimas, como el pobre Víctor; mientras que otros son los que se encargan del trabajo de exterminio sin poderlo remediar, como el sueco.

—Los humanos estamos como cabras.

—Las pobres cabras son inofensivas. —ambos sonrieron. Luego Javier continuó—. Y qué, ¿en los Emiratos Árabes cómo funcionan estas cuestiones?

—Pues igual que en cualquier parte del mundo, supongo.

De repente, se produjo un silencio que indicaba que sus argumentos estaban lo suficientemente agotados como para que a ninguno de los dos se les viniera a la mente nada con que continuar la charla y se dedicaron a terminarse las cervezas; y Javier a apurar su último cigarrillo.

—Pues mira, a lo tonto y sin darnos cuenta, hemos pasado un buen rato, ¿no te parece? —opinó David.

—Sí, muy cierto.

A ambos pareció escapárseles un leve suspiro de melancolía.

—Fumas un montón

—Lo sé, pero es un vicio que debido a una profesión como la mía, me parece que no voy a conseguir abandonarlo nunca —comentó Javier—. Y ahora de repente me doy cuenta de que con tanta cerveza casi que no me puedo aguantar. Enseguida vuelvo.

David, después de recoger con una servilleta de papel un par de colillas del cenicero y meterlas en una bolsita de plástico, que guardó en el bolsillo de su chaqueta, llamó al camarero y le hizo acercarse para que se cobrara lo que habían consumido.

—Ya está todo pagado —dijo David, cuando Javier regresó de los lavabos.

—Ah, vaya, pues entonces la siguiente me tocará a mí.

El mutismo continuó de manera molesta durante un rato, hasta que, al no ocurrírseles a ninguno de los dos más tramas que reseñar, se levantaron, se despidieron con el mayor cariño que dos viejos amigos se puedan profesar y se desearon toda la suerte del mundo a la espera de la próxima vez en que se volvieran a encontrar.

## ***UN ABOGADO ASESINO EN SERIE***

Cuando David volvió a su trabajo en Dubái, repasando en el teléfono móvil los periódicos de España y del mundo, como acostumbraba a hacer todas las mañanas mientras se tomaba el desayuno, fue cuando se enteró de que habían detenido, enjuiciado y condenado a su amigo Javier Miralles por haber cometido una serie de asesinatos contra mujeres. Mataba a las clientes, asegurándose sobre todo de que nadie se iba a preocupar por buscar sus paraderos. La prueba que lo delató fue el ADN que encontraron en la colilla de un cigarrillo, que estaba cerca de donde unos jabalíes habían desenterrado el cuerpo de una de sus víctimas.

—Siempre se termina por cometer estupideces y errores absurdos de este tipo. ¿Ahora quién es el novato incompetente, listo? —comentó David—. Quién iba a pensarlo de un abogado tan investido de honradez como lo era Javier. Y encima no lo hacías por dinero. No eras más que el típico psicópata desalmado.

Los periódicos relataban que invitaba a las mujeres a su yate, las mataba y luego se las llevaba para tirarlas, con lastres de plomo atados por todo el cuerpo, a las profundidades del Mediterráneo. Comprobaba metódicamente, con el sonar y con las cartas de navegación, que los sitios en donde las arrojaba fueran bien profundos y lo suficientemente alejados los unos de los otros. El cuerpo que descubrieron en el monte lo tuvo que enterrar rápidamente, porque nunca se puede predecir cuándo el motor de un barco se va a estropear en el momento en que más lo necesitas.

## ***MUERTE EN DUBÁI***

En la capital de los Emiratos, David debía mucho dinero a gente a la que no se les puede deber, ya que si no lo devuelves en el plazo acordado, tarde o temprano lo vas a tener que pagar con tu propia vida.

Fue en la cárcel, en el rato que los presos tenían para ver la televisión, cuando Javier vio la noticia de que un ciudadano español había sido arrojado desde un rascacielos en la ciudad de Dubái. El periodista informaba de que las causas más probables del asesinato eran, por una parte, porque David Bataller debía grandes sumas de dinero a la mafia de aquel país, además de que habían sido descubiertas las actividades ocultas a las que se dedicaba. Bajo el disfraz de trabajar como ingeniero especializado en prospecciones petrolíferas, se escondía un sicario sin

escrúpulos, cuya dedicación era ejecutar trabajos como el que finalmente habían utilizado para quitarlo también a él de en medio.

—¡Eh, ese era amigo mío! ¡Seguro que cuando vino a verme era porque se estaba escondiendo durante una temporada! —exclamó Javier a la vez que señalaba a la pantalla. Pero repentinamente se quedó pensativo y añadió—: ¡Eh, espera un momento, ese cabrón seguro que fue capaz de haber matado a Víctor! Lo odiabas, nunca lo tragaste. Te lo noté en la cara cuando llamé incompetente a su asesino, pero no interpreté que la rabia era contra mí, sino contra su supuesto asesino, que no era otro más que tú. Seguramente fue tu primer trabajo, o uno de tus primeros. Y, además, y además..., no vino a España a verme porque estaba de vacaciones. Seguro que cobró por informar de cómo averiar el motor de mi barco, si es que no fue él mismo quien se encargó de hacerlo. Claro, qué astuto, te hiciste con la colilla para jugármela. La colilla la pusiste tú. Sí, fuiste tú. Por lo visto cometí el gran error de pensar que todas las chicas estaban desamparadas, sin nadie que las quisiera, y por eso te contrataron. Además, lo planeaste de esta manera porque querías que me fuera dando cuenta de la jugada, poco a poco, conforme pasara el tiempo. ¡Maldito seas! ¡Pero, ja, mírate ahora! ¡Toma, tú también has recibido tu merecido, perro! —Y dirigiéndose a los otros presos añadió—: ¡Seguro que quedó peor que el albañil!

Se lo quedaron mirando con desprecio, preguntándose de qué mierda de albañil hablaba aquel inútil, cuyo gonzate tenía los días contados desde el momento en que puso por primera vez los pies en esa prisión.